



BOLETIN DE PASTORAL

Revista Diocesana Mensual



San Juan de los Lagos, Jal.

Abril de 2010

Nº 333

“Verdaderamente ha resucitado el Señor. Aleluya”

II Semana de Formación y Animación Litúrgica



“LA LITURGIA, EPIFANÍA DE LA IGLESIA”

SUMARIO

Presentación	1
Mensaje del Sr. Obispo Felipe Salazar Villagrana	2
2ª Semana de Formación y Animación Litúrgica	4

TEMAS:

1. La participación activa en la Liturgia	6
2. «La formación Litúrgica»	12
3. La Liturgia, epifanía de la Iglesia	17
4. «De la adaptación a la inculturación de la Liturgia»	22
5. «La dimensión evangelizadora y misionera de la Liturgia»	27
Evaluación de la semana de formación y animación litúrgica	34

INFORMES:

Comisión diocesana de pastoral litúrgica	35
Vocalía de música litúrgica	36
Vocalía de causas de los santos	37

DOCUMENTOS DE ESTUDIO:

El ministerio del presidente	38
XX Aniversario de la visita de SS Juan Pablo II	45

EDICION DIGITAL:

Principios operativos del RICA para la pastoral orgánica	46
Vía Lucis	50
Vía Gloríae	60

Centro Diocesano de Pastoral

Morelos 34. A. P. 21

Tel. (395) 785-0020 Fax. (395) 785-0171

Correo-E: cpastoral@gmail.com

Messenger: cpastoral@hotmail.com

47000 San Juan de los Lagos, Jal.

Responsable:

Comisión de Pastoral Litúrgica

Diócesis de San Juan de los Lagos.

Presentación

«Éste es el día en que actúo el Señor, sea nuestra alegría y nuestro gozo. Aleluya».

(Salmo 117, 24; aclamación al Evangelio del lunes de la Octava de Pascua)

En las narraciones de las apariciones de Jesús Resucitado, mostraba las manos y el costado herido, signos de su Pasión, a unos discípulos tristes y llenos de miedo que lloraban la pérdida del Maestro; sin embargo su presencia en medio de ellos los llenó de paz y alegría (cfr. Jn 20, 10-21; Lc 24, 13-35).

Celebramos el Tiempo Pascual, y tanto ayer como hoy el Señor Jesús se manifiesta a cada uno de sus discípulos, respetando lo que él o ella es, y se encuentra con cada uno en su situación humana y espiritual, desde el fondo de su tristeza, su decepción, su repliegue sobre sí mismo.

Las diferentes apariciones manifiestan las diversas maneras en que Cristo sale al encuentro de sus discípulos, y les concede descubrir su presencia de Resucitado, su intimidad, su vida en el corazón de su existencia.

Las apariciones son un momento de transición, una educación en esta manera de ser de Cristo Resucitado, «siempre con nosotros». Con su Resurrección inaugura una presencia nueva entre nosotros. Cristo ya no está limitado por el espacio y el tiempo. Su cuerpo Resucitado llena el mundo.

Jesús ha muerto, es verdad, y tiene los signos de la Pasión, pero también ha Resucitado, Él está vivo y presente en medio de nosotros, y tiene los signos de su Resurrección. Tenemos fe en su persona y en su obra, nos ha dejado su Palabra, está la Iglesia, celebramos el memorial de su Pascua y el servicio de la caridad fraterna hace más llevadero nuestro caminar.

Cristo Resucitado vive en el corazón de la Iglesia, y gracias a la liturgia, su persona y su obra se proclama, se celebra y se actualiza. Por la liturgia y sus signos sacramentales, sigue trayendo la paz y la alegría a todos los hombres y mujeres del mundo, sin importar su condición social, su sexo o su color,

en especial a quienes todavía hoy recorren con tristeza y desconsuelo el camino de Emaús, para que puedan dar razón de su ser y de su existir en medio de un mundo muchas veces difícil.

Uniéndonos a toda la Iglesia para celebrar la Pascua de Cristo, en el «Año de la Misión» y el «Año del Sacerdocio», la Comisión Diocesana de Pastoral Litúrgica (CODIPAL), les pone en sus manos este Boletín de Pastoral, con el contenido siguiente:

- «II Semana de formación y animación litúrgica»: Presentación, indicaciones metodológicas, cinco temas, ficha de evaluación.
- Informe de actividades de la CODIPAL y sus vocalías en el presente año pastoral.
- Artículo sobre la Presidencia litúrgica.

Por Internet, en la página de la Diócesis, subimos dos subsidios litúrgicos para el Tiempo Pascual (Via lucis y Via Gloríe de la Misión) y un interesante artículo para hacer operativo el RICA.

Junto con el Boletín de Pastoral se ofrece un CD por comunidad parroquial, que

contiene: un poster para hacer la publicidad a la «II Semana», los temas en power point, la ficha de evaluación, un archivo de audio con los cantos y a Carta Magna de la Inculturación (SC 37-40).

Agradezco a todos los que han elaborado y valorarán este subsidio, deseo que pueda responder a sus inquietudes y necesidades, para juntos continuar animando y promoviendo la pastoral litúrgica y la piedad popular en nuestras comunidades parroquiales.

Que Cristo Resucitado y la fuerza de su Espíritu nos renueven y nos impulsen con un renovado entusiasmo en nuestro trabajo pastoral. ¡Felices Pascuas!

Pbro. Antonio Ramírez Márquez.
Coordinador de la CODIPAL.
codipal@dsanjuan.org

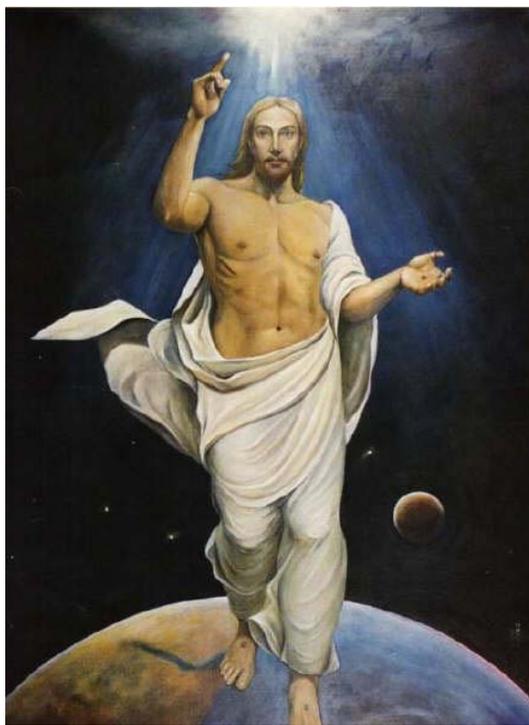
«Verdaderamente ha resucitado el Señor, Aleluya»

MENSAJE DEL SR. OBISPO FELIPE SALAZAR VILLAGRANA

Con la antífona del Invitatorio de las Laudes, la Liturgia de las Horas abre la invitación a la alabanza matutina para santificar el día que inicia celebrando el misterio de Cristo Resucitado, anuncio gozoso por el triunfo de Cristo que resucitando ha destruido el dolor, el sufrimiento, la enfermedad, el pecado, la muerte y al Maligno; anuncio que se proclama de manera especial en el tiempo pascual y que inunda e impregna todo el año litúrgico y toda la vida de la Iglesia.

Ha pasado el tiempo de la purificación e iluminación, el tiempo de la Cuaresma, donde «la gracia y amor de Jesucristo» nos ha llamado a la conversión, y ahora estamos entrando en el tiempo de la alegría, de la paz porque el Señor ha resucitado, espero que lo hayamos aprovechado, y que ahora Cristo Resucitado nos encuentre transformados.

Agradezco a la Comisión Diocesana de Pastoral Litúrgica (CODIPAL), que nos ha preparado nuevamente para el mes de abril el Boletín de Pastoral, en cual se nos propone que celebremos la II Semana de formación y animación litúrgica, especialmente dedicada a los sacerdotes y a los equipos de pastoral litúrgica parroquial, pero no sólo para ellos; que sea la oportunidad para invitar a más personas de la comunidad.



Se nos propone como objetivo para esta II Semana de formación y animación litúrgica el siguiente: «Continuar con la formación litúrgica en el «Año de la Misión» y el «Año del Sacerdocio», para que explotando la dimensión evangelizadora y misionera de la liturgia, ésta contribuya en la realización de tales acontecimientos y siga animando la celebración y participación del misterio de nuestra fe».

Los invito, pues, a vivir este tiempo pascual, tiempo del Resucitado, en espera de su Espíritu, don pascual de Cristo a su Iglesia, quien nos acompaña, nos ayuda y viene en auxilio de nuestra debilidad, para que aprovechemos este tiempo y sigamos celebrando el «Año de la Misión» y el «Año del Sacerdocio».

Además de hacerles esta cordial invitación, quiero expresarles una inquietud: Que el tiempo pascual nos impulse, con la luz y la fuerza de Cristo Resucitado y de su Espíritu, a que nos entusiasmemos en nuestra tarea evangelizadora. En este «Año de la Misión con los cercanos» debemos tener muy presentes a los que acuden día a día, domingo a domingo, a nuestras celebraciones litúrgicas; ellas y ellos son de «los más cercanos», con los que podemos contar para muchas tareas pastorales.

La pastoral litúrgica a través de las celebraciones, especialmente de la Eucaristía diaria y sobretodo la dominical, ofrece un espacio privilegiado en su formación continua y permanente para llegar a ser auténticos discípulos y misioneros de Jesucristo, porque la liturgia es «escuela de vida cristiana»; por ello, qué importante es que preparemos bien nuestras celebraciones litúrgicas.

Bajo esta tónica me permito hacerles algunas consideraciones. Les quiero recordar que la pastoral litúrgica es parte del triple ministerio de Jesucristo, es una de las tres tareas fundamentales de la Iglesia, lugar de encuentro con Jesucristo (cfr. DA 250-254), con una tarea permanente en la misión evangelizadora de la Iglesia. Es por esto que los invito a que revisemos cómo se encuentra la pastoral litúrgica en nuestra diócesis, en cada parroquia, en cada comunidad; revisemos nuestras programaciones de pastoral litúrgica para ver si realmente reflejan las necesidades de nuestro pueblo, para detectar si estamos promoviendo una educación y formación litúrgica adecuada a cada cristiano, desde el niño hasta el anciano; constatemos si están funcionando los tres momentos de la pastoral litúrgica, el «antes», el «en» y el «después» de la celebración. Nuestras celebraciones litúrgicas, y dentro de ellas la homilía, qué calidad tiene, qué tanto están respondiendo a las necesidades e inquietudes de nuestro pueblo: a sus necesidades y situaciones existenciales, situaciones tales como la crisis económica, la ola de violencia, de inseguridad, la falta de sentido de la vida; a sus inquietudes espirituales, es decir, qué tanto

alimentan y fortalecen su fe; a sus inquietudes intelectuales, lo cual quiere decir, qué elementos le aportan para que sepa discernir entre lo



que es esencial y secundario en su vida y en las decisiones que tienen que tomar, qué tanto le orientan en la búsqueda de la verdad; por otro lado, qué tanto impulsan y comprometen al laico con las realidades temporales; hoy es una urgencia pastoral promover la santidad social. Finalmente, revisemos si estamos promoviendo y dando espacio a los ministerios litúrgicos. Mi deseo es que al celebrar el Misterio de la Vida, éste nos devuelva a la vida más comprometidos con la vida misma.

Los exhorto, pues, a que evaluemos con atención esta tarea tan importante dentro de la vida de la Iglesia; porque si la celebración litúrgica no es significativa para los sacerdotes, menos lo será para nuestro pueblo; depende mucho de nosotros qué rostro le queremos dar a la pastoral litúrgica. Las cosas no funcionan automáticamente, funcionan si nosotros las hacemos funcionar.

Gracias nuevamente a la CODIPAL por el servicio que está prestando a la diócesis.

Los bendigo a todos de corazón, y les deseo que tengan ¡felices fiestas pascuales!



San Juan de los Lagos, Jal.,
a 1º de abril de 2010.

+ Felipe SALAZAR VILLAGRANA
Obispo de San Juan de los Lagos

2ª Semana de Formación y Animación Litúrgica

PRESENTACIÓN E INDICACIONES METODOLÓGICAS

Introducción:

Nos llena de alegría, satisfacción y esperanza presentar a nuestra diócesis la II Semana de formación y animación litúrgica para este año pastoral 2009-2010. El primer paso, el más difícil, ya lo dimos el año pasado, ojalá que esta iniciativa se vaya consolidado cada día más.

Con esta Semana queremos seguir contribuyendo a la formación litúrgica de todo el pueblo de Dios que peregrina en nuestra diócesis y más allá de la misma, tanto pastores como fieles laicos, pues de ella depende, decía Juan Pablo II, «el futuro de la renovación litúrgica», sólo así se podrá también continuar animando la pastoral litúrgica de nuestras comunidades.

1. Objetivo:

«Continuar con la formación litúrgica en el «Año de la Misión» y el «Año del Sacerdocio», para que explotando la dimensión evangelizadora y misionera de la liturgia, ésta contribuya en la realización de tales acontecimientos y siga animando la celebración y participación del misterio de nuestra fe».

Este espacio de estudio y formación va dirigido especialmente a los agentes de pastoral, miembros del equipo de pastoral litúrgica parroquial, y está abierto a todos los miembros de la comunidad parroquial, ya que puede ser la oportunidad para



que otros se integren y colaboren en la pastoral litúrgica de la parroquia.

2. Contenidos:

De acuerdo al plan que nos trazamos el año pasado, continuamos desarrollando los grandes núcleos teológico-pastorales de la constitución Sacrosanctum Concilium (SC). Y el quinto tema está en relación con el «Año de la Misión», pues la liturgia tiene que contribuir con esta tarea de la Iglesia.

Los temas para este año son los siguientes:

1. La participación litúrgica.
2. La formación litúrgica.
3. La liturgia, epifanía de la Iglesia.
4. De la adaptación a la inculturación litúrgica.
5. La dimensión evangelizadora y misionera de la liturgia.

El lema para esta II Semana es: «La liturgia, epifanía de la Iglesia». El concilio Vaticano II ha querido verla: la liturgia es la Iglesia en oración, congregada en un solo cuerpo por el Espíritu Santo que santifica y da la vida. Celebrando el culto divino, la Iglesia expresa su catolicidad y su apostolicidad. La auténtica conciencia eclesial nace del seguimiento y de la identificación con el Evangelio de Jesucristo, el Kyrios, en una apertura a la acción transformadora del Espíritu. Esto hace descubrir cómo la diversidad no es incompatible con la unidad.

3. Indicaciones metodológicas:

- 1ª Retomar la evaluación de la I Semana para ver qué nos sirve de esa experiencia e implementarlo.
- 2º Emplear el CD que contiene todo el material.
- 3º Hacer publicidad a la semana, utilizando el poster.
- 4º Planear la semana entre el sacerdote asesor y el equipo de pastoral litúrgica parroquial.
- 5º Pensar y preparar un lugar adecuado para la realización de la semana.
- 6º Utilizar la computadora, el cañón y los temas del Boletín de Pastoral.
- 7º Distribuir muy bien el tiempo de cada sesión, calculando que el tema no pase de una hora y cuarto.
- 8º Preparar bien los momentos de la Oración inicial y final, aunque sean breves.
- 9º Seguir el método Ver, Pensar, Actuar, Celebrar, y cada día enlazar un tema con el otro.
- 10º A la luz del contenido y la reflexión de los temas, revisar cómo está funcionando el equipo de pastoral litúrgica parroquial, cómo es asesorado, cómo esta su programación y organización y que necesidades tiene, etc.

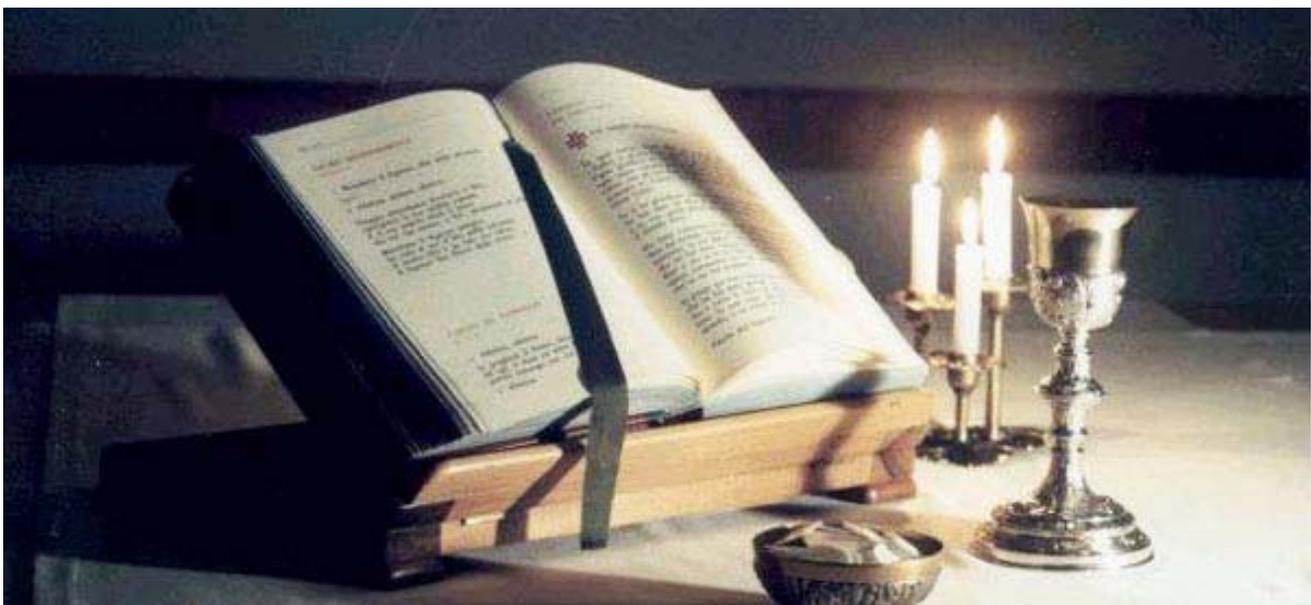
11º De lo estudiado en la semana, es bueno llegar a compromisos concretos y realizar una programación, o integrar en ella tales compromisos como fruto de la misma.

12º Realizar la evaluación de la semana para detectar los aciertos y los errores, e informar de ello a la CODIPAL a través del coordinador decanal de pastoral litúrgica, ya sea parroquia por parroquia o haciendo el vaciado de todo el decanato, y enviarla al coordinador o secretario de la Comisión Diocesana.

13º Sugerimos se concluya la semana celebrando la Eucaristía para agradecer al Señor el trabajo realizado en bien de toda la comunidad, se dedique un tiempo para convivir y se comparta la experiencia vivida.

El buen desempeño de nuestro trabajo pastoral depende mucho de cómo se prepara, coordina y realiza; de nosotros depende el rostro que le queramos dar a la Pastoral Litúrgica. Por último, no olvidemos que estamos en el «Año de la misión», y la celebración litúrgica tiene que contribuir mucho en esta tarea explotando su dimensión evangelizadora y misionera.

Gracias por su empeño y colaboración.



TEMAS:

1. La participación Activa en la Liturgia

**OBJETIVO:**

Profundizar en el concepto de participación activa en Sacrosanctum Concilium para descubrir que el ejercicio de la participación en la asamblea litúrgica es un medio para gustar la gloria de Dios y la santificación del hombre.

Oración inicial**Canto:**

Pueblo de reyes...

Señor, concédenos la gracia de participar plena y activamente en la sagrada liturgia para que vivamos la celebración como fuente primaria y necesaria de dónde bebemos el espíritu verdaderamente cristiano. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Introducción

Iniciamos nuestra jornada de formación y animación litúrgica en la que continuamos el estudio de la *Sacrosanctum Concilium*, esta Constitución apostólica del Concilio Vaticano II que se propone acrecentar cada vez más la vida cristiana entre los fieles, para que éstos expresen y manifiesten a los demás el misterio de Cristo y la naturaleza genuina de la verdadera liturgia (SC 1-2).

Es por ello, que las sesiones de estudio contemplarán la necesidad de la participación activa, así como la formación y la inculcación litúrgica y cómo la liturgia es epifanía de la Iglesia. El último tema estará dedicado al año de la misión, que celebramos en consonancia con la Gran Misión Continental.

Dispongamos nuestras personas, para que externa e internamente vivamos en plenitud la Sagrada Liturgia.

I. VEAMOS

Hablar de la participación litúrgica implica mencionar que debe ser plena, consciente y activa (SC 14). Dicha participación está íntegramente relacionada con la asamblea celebrante que esta congregada y orgánicamente estructurada bajo la presidencia de sus pastores, especialmente en la eucaristía, manifiesta y hace visible a la Iglesia, sujeto integral de la acción litúrgica y continuadora en el tiempo de la función sacerdotal de Cristo, supremo santificador del hombre y principal artífice del culto al Padre en el Espíritu Santo.

Ahora preguntémonos, para que se de una auténtica participación ¿La asamblea litúrgica ¿está dotada de ministerios y funciones? ¿Qué ministerios conoces dentro de la celebración? ¿A quién corresponde la función de presidir? ¿Crees que la asamblea celebrante tenga un papel importante en la celebración? ¿Qué importancia tiene el carácter bautismal o sacerdocio común de los fieles?

II. PENSEMOS

El Concilio Vaticano II, quiso que los fieles no estuvieran en la liturgia como extraños y mudos espectadores (SC 48). La intención es hacer que los fieles comprendan fácilmente los ritos, puedan seguirlos y puedan volver a ser, como es lo debido, actores y no simples espectadores de las acciones litúrgicas. Ya que los fieles, por medio de una participación perfecta en las celebraciones sagradas, recibirán también con abundancia la vida divina y convertidos en fermento de Cristo y sal de la tierra, la anunciarán y la transmitirán a los demás.

¿Qué es la participación de los fieles?

Prácticamente el Concilio no da una definición de lo que entiende por participación de los fieles, pero señala varias notas esenciales de la participación que pertenecen indudablemente al modo de ejercer la asamblea su papel en las celebraciones:

- Es necesario que los fieles se acerquen a la sagrada liturgia con recta disposición de ánimo, pongan su alma en consonancia con su voz y colabores con la gracia divina, para no recibirla en vano (SC 11).
- La santa madre Iglesia desea ardientemente que se lleve a los fieles a aquella participación plena, consciente y activa en las celebraciones litúrgicas que exige la naturaleza de la liturgia misma y a la cual tiene derecho en virtud del bautismo el pueblo cristiano (SC 14).
- En las celebraciones litúrgicas, cada cual, ministro o simple fiel, al desempeñar su oficio hará todo y sólo aquello que le corresponde por la naturaleza de la acción y las normas litúrgicas (SC 28).
- Los acólitos, lectores, comentadores y cuantos pertenecen a la «*schola cantorum*» desempeñan un auténtico ministerio litúrgico. Ejercen, por tanto, su oficio con sincera piedad y el orden que conviene a tan gran misterio y les exige con razón el pueblo de Dios (SC 29).

En estos textos se advierte que la participación en la liturgia es algo interno y externo (SC 11), algo que implica a toda la persona, de forma que coincidan las actitudes interiores con el gesto o acción externa. Por eso se dice que la participación ha de ser consciente (SC 14), además de plena y activa. La participación, consiste pues, en la actuación externa y litúrgica.

La participación activa, basada exteriormente en los ritos, se realiza interiormente por medio de un dinamismo de comunión con Cristo en su misterio pascual. Sería un abuso, reducir la participación activa a hacer algo o tomar parte en una acción exterior durante la celebración litúrgica.

La clave de la participación litúrgica, o comunión con el misterio de Cristo, está en la fe, pues si la liturgia tiene por objeto que entremos en relación con Dios, y es la fe, en cuanto virtud teologal, la que nos pone en contacto con Dios, es lógico que no se dé la participación, o la comunión, o la experiencia, o el contacto con Dios sin el ejercicio de la virtud de la fe. La participación litúrgica, o comunión con Dios, se realiza en el nivel profundo de la fe, de la esperanza y de la caridad, presupuestos característicos del culto cristiano. Se describe la participación litúrgica con palabras como experiencia de Dios y contacto con Dios.

Hay otro texto aún más explícito al describir lo que el concilio entiende por participación: «la Iglesia procura que los cristianos no asistan a este misterio de fe (la eucaristía), como extraños y mudos espectadores, sino que, comprendiéndolo bien a través de los ritos y oraciones, participen consciente, piadosa y activamente en la acción sagrada, sean instruidos con la Palabra de Dios, se fortalezcan en la mesa del Señor, den gracias a Dios, aprendan a ofrecerse a sí mismos al ofrecer la Hostia inmaculada no sólo por manos del sacerdote, sino juntamente con él» (SC 48).

A través de los textos conciliares que hablan de la participación de los fieles en la liturgia se puede aclarar mejor los que es.

Importancia de la participación litúrgica

La participación litúrgica tal como la entiende la



constitución SC, es importante porque, es el punto de llegada y el punto de partida de una acción pastoral litúrgica que desembocó en el concilio, y que lejos de darse por satisfecha, se ha empeñado aún más profundamente en la tarea de la renovación de la vida cristiana a través de la liturgia (SC 1, 10, 21).

Pero para que esto sea una realidad exige un esfuerzo continuado de catequesis, preparación de las celebraciones, formación litúrgica de los celebrantes, medios para celebrar bien, celebración correcta y adaptada a las diferentes situaciones de ésta, etc.

Significado de participación

Participación viene del latín tardío de *participatio* (partem-capere = tomar parte) y es sinónimo de intervención, adhesión, asistencia, etc. En el vocabulario eucológico viene a significar: relación, comunicación, unión, identificación.

En las fuentes litúrgicas, no es el término *participatio* lo que muchas veces interesa, sino el objetivo hacia el cual se dirige la acción, que puede ser el sacramento, un misterio del Señor, la salvación, la divinidad, un don de Dios, etc. En consecuencia, el estudio de la participación litúrgica lleva consigo tres aspectos inseparables:

- la acción de participar, que incluye unos actos humanos (gestos, ritos) y unas actitudes internas.
- El objeto de la participación, o sea, aquello de lo que se participa, que no es solamente el acto mismo, ritual o sacramental (el signo) sino también el contenido misterioso que se celebra o actualiza (la salvación).
- Las personas que participan: los fieles y ministros, cada uno según el grado propio de su función eclesial y litúrgica.

La participación según la «Sacrosanctum Concilium»

La SC pone las bases para un concepto más rico y complejo de la participación litúrgica. Afirma «que las acciones litúrgicas no son acciones privadas, sino celebraciones de la Iglesia, que es sacramento de unidad, es decir, pueblo santo congregado y ordenado bajo la dirección de los obispos» (SC 26). Por tanto es toda la asamblea litúrgica, y no

sólo los ministros ordenados, quien está implicada en la acción litúrgica como sujeto de la misma. Pero cada uno de los miembros interviene de modo distinto, «según la diversidad de órdenes, funciones y participación actual» (SC 26, 28-29). Por otro lado, la participación de los fieles es a toda acción litúrgica, y no sólo a la eucaristía.

La participación es parte integrante y constitutiva de la misma acción litúrgica, a la cual tienen derecho y obligación en virtud del bautismo (SC 14).

La participación litúrgica no es algo extrínseco o accesorio a la finalidad santificadora y cultural de la liturgia (SC 11); es una necesidad de la fe para recibir fructuosamente los sacramentos, por tanto va más allá de la validez y la licitud de los mismos (SC 59).

El Vaticano II ha hablado de la participación de los fieles:

- a) Enunciando un ideal: la participación plena, consciente, activa y fructuosa (SC 11, 14), interna y externa (SC 19); en acto (SC 26); propia de los fieles (SC 114); comunitaria (SC 27); sinfónica (SC 28).
- b) El origen y el deber que asiste a los fieles para tomar parte activa en la liturgia: el sacerdocio bautismal (SC 14; LG 10-11).
- c) Apuntando a la razón última de la participación de los fieles que es la naturaleza misma de la liturgia (SC 2; 11; 14; 41; 42; LG 26).
- d) Medios que la hacen posible: la formación litúrgica (SC 14, 19), la catequesis litúrgica (SC 35, 3), las celebraciones de la Palabra (SC 35, 4), la homilía (SC 35, 2; 24; 52; DV 25), los cantos y las respuestas, los gestos y posturas corporales (SC 30).
- e) La participación litúrgica tiene como meta la vida cristiana o vida de los hijos de Dios que, bajo la acción del Espíritu Santo, se transforman en ofrenda permanente y sacrificio espiritual, es decir, ha de llegar a la glorificación de Dios y la santificación de los hombres (SC 7).

Lo que el concilio Vaticano II ha hecho al hablar de este modo de la participación litúrgica, ha sido, en realidad, ahondar en el fondo inagotable de la tradición litúrgica misma, y un ejemplo lo tenemos en el Canon Romano, donde aparecen frases que

ponen de relieve lo que la Iglesia entendía por participación, «te ofrecemos, y ellos mismos te ofrecen, este sacrificio de alabanza, a ti, eterno Dios vivo y verdadero».

Exigencias de la participación

Se trata de exigencias de carácter antropológico que se refieren a aspectos externos de la celebración y de la liturgia, pero que están al servicio de su valor trascendente, porque son el soporte de la realidad de la comunión con el misterio celebrado.

- La participación es una actividad humana que exige acción común, apertura personal, renuncia a particularismos de expresión tanto en el plano ritual de actitudes, gestos y movimientos, como en el plano personal de la plegaria, el canto y el silencio.
- La participación exige una actitud comunitaria que integra lo individual y lo eclesial y se adapta a una forma de comunicación en que cada gesto es una palabra, cada rito una frase y el conjunto un mensaje completo. Todos deben respetar el ritmo de la celebración, con sentido de proporción de la misma y de la importancia de cada parte.
- La participación exige actitudes culturales cristianas, y no meramente religiosas: conversión, fe, entrega de sí mismo, comunión con el hermano.



Ministerios y participación litúrgica

La liturgia manifiesta la naturaleza de la Iglesia y ésta es, toda ella, ministerial. La existencia en la Iglesia de ministerios y funciones o servicios, no es consecuencia de una estrategia o de una táctica organizativa, sino factor esencial de una eclesiología de comunión y participación.

Los son la concreción de en determinadas personas de unas tareas que corresponden a la entera comunidad eclesial, y de la cual son signo quienes la ejercen.

Dentro de la asamblea cultual se encuentran los siguientes ministerios:

- Ministerios ordenados: obispo, presbítero y diácono (IGMR 21; 92; 94; 171).
- Ministerios instituidos: lector y acólito.
- Ministerios de hecho: son los oficios confiados de forma estable u ocasional al servicio de la asamblea, de la Palabra de Dios, del altar, de los ministros ordenados (por ejemplo: ministro extraordinario de la comunión, proclamador de la Palabra de Dios, monaguillos (los que erróneamente se les llama «acólitos», etc).

Los ministerios laicales (instituidos y de hecho) deben existir en toda asamblea litúrgica de forma estable y no puramente ocasional, ya que refuerzan la eclesialidad de la celebración litúrgica.

La asamblea celebrante tiene necesidad de todos los ministerios. No sólo los ordenados, sino de los llamados laicales que, instituidos o no, son confiados o ejercidos por los miembros no clérigos del Pueblo de Dios. Estos ministerios deben tener carta

de naturaleza en todas las comunidades cristianas, es decir, deben existir en toda asamblea litúrgica de forma estable y no puramente ocasional. Es hora ya de ir dejando la costumbre, buena en los años iniciales de la reforma litúrgica, de pedir voluntarios para leer o para hacer las

ofrendas o la colecta. Las comunidades deben ir contando ya con el grupo de lectores, monitores, cantores, etc., que no sólo puedan prepararse bien para su ministerio, sino ejercerlo de manera habitual y estable.

Celebrar bellamente para participar

La participación activa manifiesta esplendorosamente el culto comunitario de la Iglesia, donde la asamblea se muestra jerarquizada, pues cada uno participa según los carismas recibidos del Señor.

En este campo de la participación exterior en la liturgia nos encontramos con la estructura corporal de las acciones litúrgicas. Es preciso captar la importancia que revisten las expresiones corporales y sensibles en las celebraciones litúrgicas en orden a mostrar la plenitud de la Iglesia y de la asamblea que celebra. La manera de dar color y calor a nuestras celebraciones depende mucho de la capacidad de comunicar mediante las palabras y los gestos el misterio que estamos celebrando a los fieles presentes.

La liturgia, en cuanto celebración comunitaria, nos lleva en su exterioridad a la necesidad de realizar celebraciones bellas, en las cuales lo que se capte por los sentidos agrade. Este principio nos invita a examinar la dignidad y belleza con las que celebramos la liturgia; en la celebración no es suficiente la ortodoxia, necesitamos también la ortopraxis. Cuidemos las formas exteriores que han de ser adecuadas a la trascendencia del misterio, que de ese modo se hace cercano e inmanente. La relación entre liturgia y estética es una cuestión actual e importante, especialmente en nuestro momento cultural.

La participación activa en la liturgia, realizada en formas bellas, es una forma de inculturación, pes la asamblea al participar lo hace necesariamente desde su modo de ser, desde su cultura.

Celebrar en una asamblea sinfónica

La Iglesia de Dios, cuerpo de Cristo y esposa del Verbo, se manifiesta poderosamente en la asamblea litúrgica en su ser pueblo elegido, nación santa, reino sacerdotal. Esta concepción cultural de la comunidad eclesial es realidad suprema en las celebraciones litúrgicas.

Es en la liturgia donde la Iglesia se manifiesta como es, una, santa, católica y apostólica, y donde ella aparece en su relación nupcial con el esposo, el Verbo de Dios.

Hoy es urgente hablar de profesionalidad litúrgica, hay que aprender a celebrar en asamblea, sabiendo lo que compete a cada uno, de modo que resplandezca la belleza en los actos del celebrante y de la asamblea; en los objetos, lugares, etc. es decir, nos planteamos aquí la cuestión de la participación exterior en el culto.

Se trata de hacer comprender que cuando los fieles se reúnen para celebrar constituyen una asamblea, una comunidad, en la cual ninguno es espectador, y todos deben ser actores, pues la liturgia es siempre una acción de la comunidad. La expresión participación activa, es verdadero criterio operativo, el vocablo activa supone que cada uno, clérigo o fiel, realice todo y sólo lo que le corresponde en el espacio y en el tiempo.

Toda la asamblea es sujeto y participa de la acción litúrgica, pero cada uno según los sacramentos recibidos. Es básico que el sacerdote no sea un funcionario religioso, sino que sea verdaderamente símbolo y sacramento de Cristo. Y el laico actúa in persona *Christi corporis*. La diferencia entre el sacerdocio ordenado y el sacerdocio común es esencial, no sólo de grado, pues el ministro ordenado está en la asamblea y también ante la asamblea, es decir, es mediador entre Dios y los hombres, celebra con la Iglesia y para la Iglesia, pues actúa con la autoridad que Cristo le ha otorgado para el servicio y en nombre de la Iglesia, sacramento de Cristo; una cosa es garantizar la marcha de la comunidad y otra presidir la comunidad, conformando la vida de la comunidad a Cristo y garantizando la fe que nos da la vida. En una Iglesia ministerial y en una celebración donde cada uno cumple su ministerio resulta una sinfonía.

La espiritualidad litúrgica, una cuestión pastoral hoy urgente

La liturgia es espiritualidad en la medida que es una vivencia cristiana y se extiende a la vida y la transforma. Entramos en el campo de la espiritualidad litúrgica, espiritualidad de comunión, en el corazón de la liturgia que es la oración. La liturgia es experiencia viva del don vivo de Dios y gran escuela del donde Dios.

La liturgia es fermento de toda la espiritualidad cristiana, es el ámbito donde la Iglesia, pueblo de bendición, experimenta el encuentro con la intervención de Dios en el corazón de las personas y en la sociedad de las naciones y responde con la exultación, como se advierte sobre todo en la celebración de la Eucaristía. La liturgia es también la fuente y la cumbre de la vida espiritual. El alma del culto litúrgico es la oración y su plenitud es la experiencia mística. El misterio de la liturgia, en la Palabra y los Sacramentos, es el lugar y el tiempo por excelencia de la vida mística.

Ahora bien, esta exultación nace sólo en personas libres del pecado y de la muerte. Toda celebración

implica una renuncia al pecado y una aceptación de Jesucristo como Salvador y Señor.

N.B. Para ampliar esta reflexión, también se puede consultar el capítulo II de la Instrucción «Redentionis Sacramentum» (La Eucaristía, sacramento de la redención), de la Congregación para el Culto Divino, cuyo título es: La participación de los fieles laicos en la celebración de la Eucaristía.

III. ACTUEMOS

¿Cómo se encuentra hoy la liturgia? ¿Cómo son nuestras celebraciones?

No podemos ofrecer un cuadro pesimista, que no cabe en la vida cristiana, pero sí podemos hablar de un cierto desencanto, que nos impulsa a discernir nuestro quehacer en el provenir. Por ejemplo, la participación de los niños a la primera comunión por motivos familiares; la participación infructuosa de los adolescentes en la recepción de la Confirmación; el valor social de algunos matrimonios por la Iglesia o de muchas exequias en la iglesia, etc. A veces se presencian celebraciones litúrgicas tan frías, que parecen matrimonios fallidos. De todos modos, nada podremos conseguir nosotros sin la gracia de Dios.

Hasta ahora quizá nos hemos preocupado demasiado del hacer y menos del ser de la liturgia. Venimos de una historia donde se comprendía poco la liturgia, de modo que en la vida cristiana teníamos otras urgencias, una vez recibidos los sacramentos.

Aprendamos a celebrar ritualmente y como esto depende no sólo de la instrucción, sino de la fe, que se recibe en la iniciación cristiana, cuidemos con mimo los verdaderos catecumenados, de modo que podamos formar primero familias cristianas, capaces de transmitir la fe a sus hijos, y así tendremos asambleas evangelizadas y convertidas.

El objetivo más urgente en nuestros días es la interiorización de la acción litúrgica o la coherencia entre lo que hacemos y lo que vivimos.

En este sentido, la participación suprema en la liturgia es la profesión de fe, esperanza y caridad.

La acción litúrgica reviste una forma más noble cuando los oficios divinos se celebran solemne-

mente con canto y en ellos intervienen ministros sagrados y el pueblo participa activamente.

IV. CELEBREMOS

Monitor: Al llegar al final de este tema, es bueno darle gracias a Dios por la oportunidad que nos da de vivir y descubrir en la celebración de la Eucaristía la eclesialidad y ministerialidad de nuestra vida. Por eso ahora todos juntos digamos:

*Vives en el pan
roto y compartido.
Vives en la copa
redonda de vino.*

*Banquete de pobres.
Botín de mendigos.
Compañero fiel,
amigo entre amigos.*

*Vestido de vientos
y sol de domingo,
moreno de viñas
y hermoso de trigos.*

*Muerto por los hombres,
y en los hombres vivo.
Cuando nos juntamos,
te abrimos caminos,
y vienes y pasas
alegre y activo
por todas las cosas
por todos los sitios.*

*Cantamos tu muerte:
el definitivo
triumfo de la vida
por mundos y siglos.*

*Cantamos la muerte
fatal del destino.
Cantamos la fiesta
final del destino.*

*Vives en el pan
roto y compartido.
Vives en la copa
redonda de vino.*

2. «La formación Litúrgica»



Objetivo:

Profundizar en qué consiste la educación litúrgica, para que nos interese-mos en formarnos en ella y esto nos lleve a una participación plena de la misma.

Oración inicial:

En el nombre del Padre...

Canto:

«Al reunimos en nombre del Señor, Cristo está entre nosotros».

Oración:

«Concédenos, Señor, sentir en medio de nosotros la presencia de tu Hijo, prometida a cuantos se reunieran en su nombre, a fin de que, actuando con espíritu de verdad y de amor, experimentemos la abundancia de su gracia, de su misericordia y de su paz. Por nuestro Señor Jesucristo» (MR 754).

Introducción

En este tema vamos a hablar de la educación litúrgica, la cual es necesaria para que se comprenda lo que es la liturgia y se favorezca una digna participación de la misma. Llevar al pueblo a vivir profundamente la liturgia, es el auténtico centro de interés de la constitución SC, a esto se le llama la «perspectiva pastoral» de tal documento, porque la «participación plena» (SC 14, 21, 41), es sin duda el concepto catalizador de dicha constitución, todo el resto sirve de fundamentación teórica o de medio práctico necesario para alcanzar ese fin primordial.

I. VEAMOS

Parte esencial de la formación cristiana es la educación litúrgica. Responsamos a las siguientes preguntas para ver cómo estamos. 1. ¿Qué tan formado litúrgicamente te consideras? ¿En qué lo notas? 2. ¿Qué tanto la catequesis infantil, juvenil y de adultos favorece una educación o formación litúrgica? 3. ¿Qué otros espacios de la pastoral se podrían utilizar para educar litúrgicamente al pueblo de Dios?



II. PENSEMOS

Después de constatar que tan formados estamos litúrgicamente hablando pasemos ahora a profundizar en tal concepto y sus implicaciones.

1. ¿Qué es la educación o formación litúrgica?

La formación litúrgica constituye un verdadero derecho que tienen todos los miembros del pueblo de Dios en base a su condición de bautizados (cfr. SC 14).

El término de formación viene entendido generalmente como un conjunto de conocimientos que se

adquieren mediante un proceso de enseñanza y aprendizaje. Sin embargo en el campo de la educación, se afirma que debe abarcar todos o la mayor parte de los aspectos de la personalidad humana.

Resulta, entonces, que la educación cristiana comprende, entre otros aspectos, la **iniciación gradual** en el conocimiento del misterio de la salvación y el **aprendizaje vital** de la adoración al Dios vivo **ante todo en la acción litúrgica** (cfr. GE 2).

A este respecto el Catecismo de la Iglesia Católica nos dice que el misterio cristiano o contenido de la fe se articula en cuatro partes: el credo, la liturgia, los mandamientos y la oración. Así el misterio cristiano es el objeto de la fe que profesamos; celebrado y comunicado en las acciones litúrgicas; está presente para iluminar y sostener a los hijos de Dios en su obrar; y es el fundamento de nuestra oración, cuya expresión privilegiada es el Padrenuestro. Por tanto, no habrá una educación cristiana completa sino se ha recibido formación litúrgica.

En consecuencia, la formación litúrgica es una parte de la educación cristiana, y por lo que se ve, una parte esencial, situada entre la educación de la fe y la vida según el hombre nuevo. **La vida cristiana, meta de la educación, posee una dimensión cultural** –no meramente ritual– que consiste en actuar siempre como corresponde a quienes han sido llamados a ofrecer sus cuerpos como víctima viviente, santa, agradable a Dios, que ha de ser el culto espiritual (cfr. Rom 12, 1; 1 P 2, 4-5). En esto consiste la adoración al Padre en el Espíritu y en la verdad (Jn 4, 23).

Ahora bien, esa vida hecha ofrenda cultural requiere, por una parte, **iniciación en el misterio de salvación** y por otra, **aprendizaje ante todo en la acción litúrgica**, justamente las dos tareas específicas de la formación litúrgica para la vida cristiana, que tienen lugar en el interior de la liturgia, y que constituyen el núcleo de la formación litúrgica.

Iniciación en el misterio de la salvación es lo que los Santos Padres llamaban mistagogía, es decir, introducción progresiva y gradual en la vida litúrgica de la comunidad cristiana, en los sacramentos o misterios sagrados en los que se realiza la obra de nuestra salvación. Esta iniciación se impartía una vez recibidos los sacramentos, era un proceso de **iluminación** o de comprensión vivencial de la salvación, al tiempo que se recibía una explicación

de los ritos sacramentales en los que se había participado ya.

Aprendizaje en la acción litúrgica, no es otra cosa que la participación en la liturgia en cuanto escuela de vida cristiana. Dicho de otra manera, la celebración litúrgica, al mismo tiempo que transforma y santifica la existencia de los creyentes, es maestra de la vida cristiana, al inculcar y hacer vivir unas actitudes que tienen valor no sólo en el interior del culto sino también fuera de él.

En una palabra, se puede decir que la **formación litúrgica** es una parte de la educación cristiana que introduce al creyente en la vivencia del misterio de salvación y le enseña a hacer de su vida una ofrenda agradable a Dios, participando en la liturgia de manera consciente, activa, plena y decorosa.

2. La educación litúrgica de todo el pueblo de Dios

La educación litúrgica es un derecho y deber de todo el pueblo de Dios, pastores y fieles cristianos (cfr. SC 14-19).

La formación litúrgica es un componente esencial de todo proyecto de formación cristiana (cfr. GE 2; SC 19). Hasta el momento, hemos desarrollado este tema refiriéndonos a la formación litúrgica en general. Sin embargo, la formación litúrgica ha de tener un componente pedagógico y pastoral cuando los que la reciben son pastores o candidatos a los ministerios, como los seminaristas o los futuros religiosos y sacerdotes. Al respecto el Vaticano II ha dado varias razones.

- 1ª Por el papel específico de la liturgia en su formación integral cristiana (cfr. OT 8).
- 2ª Por la peculiar función de la liturgia en la vida y en el ministerio de los futuros presbíteros (cfr. LG 28; PO 13).
- 3ª Porque éstos no podrán convertirse en guías y maestros de los fieles en la participación litúrgica, «si antes los mismo pastores de almas no se impregnan totalmente del espíritu y de la fuerza de la liturgia» (cfr. SC 14). Por eso recomendó vivamente que a los alumnos de los seminarios y de las casas de formación de los religiosos se les impartiese «una formación litúrgica de la vida espiritual por medio de una adecuada iniciación que les permita comprender los sagrados

ritos y participar en ellos con toda el alma» (cfr. SC 17).

Después del concilio Vaticano II han aparecido diferentes documentos que han procurado orientar la aplicación de estos deseos del concilio. Entre ellos cabe destacar la *Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis* de 6 de enero de 1970, y el más reciente y completo documento sobre esta materia, de la S. Congregación para la Educación Católica: **Instrucción sobre la formación litúrgica en los seminarios**, 3 de junio de 1979.

La formación litúrgica de los futuros presbíteros y en general, todas las personas responsables de una función en la pastoral litúrgica requiere y comprende tres aspectos muy concretos:

La iniciación personal en la vida litúrgica, común a todos los fieles, de forma que la vida espiritual se nutra de la fuente y el culmen de la vida cristiana (cfr. SC 10).

El estudio de la liturgia desde el punto de vista académico, para llegar a un conocimiento amplio y lo más completo posible de los aspectos histórico, teológico, espiritual, pastoral y jurídico de la liturgia.

La iniciación práctica en la pastoral litúrgica, que comprenda no sólo los conocimientos teóricos sino también unos ejercicios concretos de preparación, de adaptación y de intervención en las celebraciones.

La formación litúrgica de los futuros ministros no se agota con los años de seminario, sino que se va realizándose constantemente en el ejercicio mismo del ministerio. Los ritos de la ordenación, especialmente los que consisten en la entrega de los instrumentos para el ministerio –el pan y el vino, el leccionario, etc.- sugieren y piden una progresiva identificación espiritual con las acciones litúrgicas que se han de realizar, es decir, con el misterio que se actualiza en ellas. Esta identificación constituye la meta más profunda de la formación del pastor y liturgo.

La competencia pastoral, los conocimientos técnicos, la capacidad de presidir y de moderar la asamblea, la dirección perfecta de la celebración, etc., adquieren todo su valor y eficacia únicamente a partir de una vivencia espiritual y profunda de la liturgia.

3. Objetivos de la formación litúrgica

Iniciar en la liturgia significa, ante todo, profundizar en la misma realidad litúrgica, en sus aspectos fundamentales, teniendo en cuenta que la formación es un hecho progresivo y permanente que se realiza a través de una experiencia cada vez más intensa y profunda. Entre los objetivos de la formación litúrgica podemos señalar los siguientes.

- **Objetivo global de la formación.** La formación litúrgica no puede ser considerada como un aspecto aislado de la educación cristiana, sino como un componente de la formación integral del hombre bautizado.

Teniendo en cuenta que en la vida cristiana existen varios niveles, el nivel interior y espiritual, el nivel religioso y el nivel sacramental, la formación litúrgica ha de tender preferentemente hacia este último, pero sin olvidar que ha de integrar los anteriores. El nivel sacramental es el que realiza la síntesis entre la búsqueda y la apertura del hombre y del don de la salvación que Dios le ofrece y le otorga en la Palabra y en el acto o gesto ritual.

- **Objetivo eclesial.** La formación litúrgica ha de tener muy en cuenta que la gran mediadora del encuentro total de Dios con el hombre, por voluntad del mismo Dios, es la Iglesia, o sea, la comunidad cristiana, sacramento en medio del mundo (cfr. LG 1). Por otra parte, la liturgia es una acción esencialmente eclesial, de forma que todos sus actos pertenecen al cuerpo de la Iglesia, lo implican y lo ponen de manifiesto (cfr. SC 26), en este sentido la formación litúrgica ha de tender a educar la conciencia de pertenencia a una comunidad o asamblea litúrgica, a sentirse en la celebración, miembro de esa comunidad.

- **Objetivo ritual.** En la liturgia los ritos, los gestos y los símbolos ocupan una parte relevante. Por ello el objetivo ritual será: iniciar en la comprensión de los ritos, los gestos y los símbolos litúrgicos (es decir, en el lenguaje litúrgico), ya que gracias a ellos se entra en contacto con los acontecimientos de la historia de la salvación.

- **Crear una personalidad litúrgica,** quiere decir, propiciar un estilo y un espíritu celebrativo propios, para fomentar una espiritualidad litúrgica, donde se entra en sintonía con el misterio de Cristo, mediante el lenguaje litúrgico, para «configurarnos con Él» (Fil 3, 10) y «transformarnos en Él» (2 Cor 3, 18).

En el futuro presbítero, crear una personalidad litúrgica, quiere decir, asimilar en el propio proyecto de vida de todo lo que supone la celebración del misterio cristiano en el creer y en el actuar. Se trata, pues, de moldear la personalidad litúrgica de modo que haya un estilo y un espíritu celebrativo propio.

- **Formar para una sensibilidad simbólico ritual**, en donde el misterio pascual de Cristo es el núcleo más significativo de la acción simbólico-ritual.

La formación litúrgica potencia la dimensión simbólica o sacramental de la vida de la persona, un reto que tiene la formación litúrgica es, ¿cómo integrar las demás dimensiones de la persona, tales como: la humano-afectiva, intelectual, espiritual, la estética, entre otras?

4. Características de la formación litúrgica

Las características de la formación litúrgica son las siguientes:

- **Formación unitaria.** Por formación unitaria, se entiende tanto en relación con el sujeto que se forma como en relación con el objeto o realidad con la que entra en contacto en la celebración litúrgica, el misterio de Cristo.

Respecto al sujeto que se forma, el cristiano que participa en la liturgia, la formación litúrgica comprende la totalidad de su persona y de su existencia. Es cada cristiano, con toda su vida y su mundo, el que ha de encontrarse con Cristo en la liturgia. La formación litúrgica hace más fácil el que emerja en la celebración el yo del creyente no como algo distinto o yuxtapuesto a su realidad de hombre, sino como la más sublime y profunda realización de su ser personal.

Respecto al misterio de Cristo, como realidad con la que se ha de encontrar el que recibe la formación litúrgica, ésta ha de contemplarlo y presentarlo en una manera unitaria y global, aún cuando deba detenerse en aspectos concretos del misterio mismo.

- **Formación litúrgica.** Aunque parezca una redundancia, la formación litúrgica ha de ser efectivamente litúrgica. Esto quiere decir no sólo que ha de tener como meta la liturgia misma, sino sobre todo, que ha de realizarse teniendo en cuenta que la misma liturgia es medio privilegiado de formación.

La formación litúrgica contribuye: 1º al crecimiento de la fe y de las actitudes cristianas de los fieles, es decir, a la formación del hombre cristiano, 2º la celebración ayuda a introducir a los participantes en la celebración misma, como afirma el Vaticano II, «aunque la sagrada liturgia sea principalmente culto a la divina Majestad, contiene también una instrucción para el pueblo fiel» (cfr. SC 33).

En este contexto se reconoce la eficacia pedagógica y formativa de las celebraciones litúrgicas. No obstante es necesario precisar que esta eficacia está subordinada y se produce de acuerdo con el dinamismo propio de la acción litúrgica. Esta no está estructurada únicamente sobre la base de un mensaje verbal -la palabra en sentido amplio -, sino sobre una serie de elementos conjuntados: gestos, actitudes, ritos, objetos, lugares, tiempos, etc., que pertenecen al lenguaje simbólico. La misma palabra, cuya presencia es esencial en la liturgia cristiana, adoptando las más diversas formas -lectura, canto, plegaria, exhortación, saludo, etc.- no asume primaria y directamente una función didáctica o explicativa de la acción ritual o de las actitudes con que se ha de tomar parte en ella, sino que tiene un carácter evocativo y performativo (es decir, que realiza lo que proclama), entrando así a formar parte también del mundo simbólico y representativo de la celebración.

En la celebración litúrgica existe un equilibrio entre la palabra y el gesto, entre la evocación y la actualización, entre el misterio y el rito. El poder de la palabra que acompaña al gesto, y el poder del símbolo -sea éste el que sea- se unen para influir en el hombre, en la totalidad de su ser, o sea, en sus ideas, actitudes, sentimientos y normas de conducta.

- **Formación progresiva y cíclica.** La formación debe ser progresiva y cíclica, porque el misterio de la salvación es una realidad densa y compleja requiere una estructuración de esta manera progresiva y cíclica.

La formación litúrgica tiene en cuenta tres leyes psicológicas en relación con la educación:

1ª La imposibilidad de la mente humana de concentrarse simultáneamente sobre los múltiples aspectos de una realidad compleja, como lo es el misterio de la salvación, objeto de la celebración litúrgica, por eso, lo distribuye en una estruc-

tura que se llama el Año Litúrgico, o «sagrado recuerdo en días determinados a través del año de la obra salvífica de Cristo» (SC 102).

2ª La necesidad de la discontinuidad de la atención o de la espaciada o alternativa del ejercicio de concentración, para eliminar la fatiga y el cansancio ante la densidad del misterio. Por esta razón, la liturgia ha dispuesto el ritmo de la acción litúrgica de forma que, en el interior de la celebración se sucedan momentos de tensión y de alivio, de contemplación y de actividad, de sonido y de silencio, etc. Lo mismo ocurre en la organización del año litúrgico, hay tiempos fuertes y el tiempo ordinario, tiempos penitenciales y tiempos festivos.

3ª La ley de la ciclicidad en el aprendizaje o retorno periódico de una experiencia o de un objeto. La liturgia tiene en cuenta esta ley al imprimir a los tiempos litúrgicos y a los días festivos una posibilidad de retorno, una reiteración cíclica. Lo mismo cabe decir de la repetición en todas las celebraciones, de unos mismos elementos aunque parezcan rutinarios o reiterativos, pero crean unas actitudes y marcan unas pautas en la celebración que valen también fuera de ella.

- **Formación adaptada a los destinatarios.** La formación litúrgica, inspirándose en la liturgia misma, ha de tener en cuenta el itinerario concreto del desarrollo de la personalidad cristiana, de manera análoga a como la educación en general respeta y se adapta al ritmo del crecimiento humano.

En este sentido son tres los grandes puntos de referencia para una formación litúrgica adaptada: la edad y otros factores humanos, especialmente en el caso de los niños y jóvenes; la fe, sobre todo de los adultos; y la situación eclesial del creyente en orden a su santificación por los sacramentos.

Se ha de señalar que la iniciación litúrgica ha de comenzar espontáneamente dentro del ámbito familiar, para proseguir durante todo el ciclo catequético parroquial y escolar y no sólo en la preparación a los sacramentos de la confirmación y de la primera eucaristía.

- **Mistagógica.** Mistagógica quiere decir que ayuda a descubrir el sentido de los gestos y palabras de la liturgia, orientando a los fieles a pasar de los signos al misterio de Cristo, y a centrar en él toda su vida (cfr. MND 17).

- **Formación permanente.** La formación litúrgica, contemplada en su función educativa de los fieles, tanto antes como durante las celebraciones en las que éstos han de participar, aparece como una tarea que ha de estar presente en toda la existencia del cristiano. Ninguna edad está en grado de agotar las riquezas insondables del misterio de Cristo que se hace presente en las acciones litúrgicas. El crecimiento hasta alcanzar la plenitud de Cristo (cfr. Ef 4, 12-26) y la edificación de la comunidad cristiana (cfr. 1 Cor 14, 12-26; Ef 4, 12) constituyen un empeño pastoral constante.

En este sentido la liturgia es, para la mayoría de los fieles el lugar y la ocasión privilegiada para recibir una formación permanente, de manera especial podemos decir esto del Año Litúrgico.

III. ACTUEMOS

Ahora, para concluir nuestro tema, tratemos de responder a algunas cuestiones.

1º El Vaticano II ha iniciado una reforma litúrgica. El futuro de la renovación litúrgica dependerá de una condición: la formación litúrgica de los fieles y de los pastores. ¿Qué retos presenta dicha formación? ¿Qué se puede hacer o seguir haciendo para que sea una realidad en tu comunidad la formación litúrgica?

2º La renovación litúrgica más que una acción ritual o ceremonial, significa un estilo nuevo de celebración y participación, porque si no se corre el riesgo de entenderla como simples exterioridades rituales, en culto vacío de espíritu y verdad, ¿crees que la formación litúrgica puede ayudar a comprender el estilo nuevo de celebración y participación? ¿Cómo?

3º Se dice que el desafío de la formación litúrgica es preparar agentes para la acomodación, adaptación, inculturación y creatividad de la liturgia, es decir, agentes calificados para preparar, animar y presidir acciones litúrgicas, ¿qué opinas de esto?

IV. CELEBREMOS

Agradecemos al Señor la oportunidad que nos ha dado de reflexionar en este primer tema. Se entona el canto «Hoy Señor te damos gracias». Nos consagramos a la Santísima Virgen María: «Oh Señora mía...» «Dulce Madre...»

3. La Liturgia, Epifanía de la Iglesia



Objetivo:

Comprender que en la liturgia se encuentra la principal manifestación que la Iglesia hace de sí misma, para acudir a la acción litúrgica conscientes que a través del lenguaje de los ritos se vive y expresa la comunión y participación de los bautizados.

Oración inicial

Canto:

Somos un pueblo que camina...

Señor Jesús, que quisiste llamar Iglesia tuya a la multitud de los creyentes, haz que el pueblo reunido en tu nombre te adore, te ame, te siga, y bajo tu guía manifieste y realice el misterio de tu amor a los hermanos. Te lo pedimos a ti que vives y reinas con el Padre, en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén

Introducción

Bienvenidos nuevamente a esta sesión de estudio en nuestra jornada de animación litúrgica. Realmente descubrir la importancia de la sagrada liturgia en la vida de la Iglesia, nos hace promover al mismo tiempo la necesidad de la formación litúrgica y la participación activa. Ahora en este tercer tema profundizaremos sobre los fundamentos teológicos y eclesiológicos, los cuales encuentran en la liturgia firmes pilares de credibilidad y, a la vez su expresión principal.

Liturgia e Iglesia, son dos realidades simétricas, con un nexo entre ellas –epifanía- que quiere subrayar, a la vez, entre las dos, una complicidad inevitable ad intra, y una responsabilidad mutua ad extra, es decir, liturgia y eclesiológia son inseparables. Efectivamente, la naturaleza de la liturgia está íntimamente vinculada a la de la Iglesia, ya que

aquella manifiesta en el grado más elevado la auténtica naturaleza de la verdadera Iglesia, como lo dice Sacrosanctum Concilium no. 2: «La liturgia... contribuye mucho a que los fieles, en su vida, expresen y manifiesten a los demás el misterio de Cristo y la naturaleza genuina de la verdadera Iglesia...»

I. VEAMOS

Sacrosanctum Concilium funda la participación activa de los fieles primeramente en la misma naturaleza de la liturgia, concebida como actividad del Cuerpo de Cristo; y en segundo lugar, en el derecho y el deber que tiene el pueblo



¿Qué relación encuentras entre Iglesia y Liturgia? ¿Por qué la liturgia es manifestación de la Iglesia? ¿Por qué se considera a liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo? ¿Crees que en la liturgia la riqueza participativa de los diferentes ministerios ponga de manifiesto la conciencia de formar parte del Cuerpo de Cristo? ¿Qué dirías de una celebración litúrgica donde no hay oportunidad para los ministerios laicales? ¿Estas convencido(a) que en la celebración cada miembro tiene su lugar y su oficio, es decir, que ninguno en particular elimine a los otros a causa de un protagonismo inadecuado?

II. PENSEMOS

Liturgia e Iglesia desde Sacrosanctum Concilium

El antecedente inmediato sobre la eclesiología de Vaticano II lo encontramos presente en las encíclicas de Pío XII *Mystici Corporis* (1943) y *Mediator Dei* (1947). Dicho pensamiento está integrado en Sacrosanctum Concilium.

La eclesiología de comunión

El Sínodo extraordinario de obispos de 1985 reivindicaba esta eclesiología y la Congregación para la Doctrina de la Fe en 1992, publicó una carta sobre la Iglesia como comunión, donde afirma: «El concepto de comunión (koinonía), ya puesto de relieve en los textos del Concilio Vaticano II, es muy adecuado para expresar el núcleo profundo del Misterio de la Iglesia...».

La eclesiología de comunión es el fundamento teológico principal de la reforma litúrgica, a la vez que establece los grandes ejes de la teología de Lumen Gentium relativa al pueblo de Dios. La eclesiología de comunión se define por el hecho de poner en el primer plano del ser de la Iglesia la comunión ontológica, sobrenatural y sacramental, con la vida de la Santísima Trinidad, modelo de comunión y unidad, comunión a la que todo le es sometido en la Iglesia, y especialmente su estructura jurídica.

La Iglesia desde esta perspectiva, es vista como: a) Una misteriosa comunión ontológica de vida divina, en virtud de la gracia santificante, recibida y vivida en la fe viva, en la esperanza y la caridad,

y mediante los sacramentos de la fe, en especial la eucaristía; b) En tanto que comunión de vida divina, uniendo a los hombres con el Padre, por medio del Hijo encarnado, muerto y resucitado, en la comunión del Espíritu Santo, los hace hijos de Dios, y los une entre sí, convirtiéndolos en el pueblo de Dios y en el Cuerpo Místico de Cristo; c) este pueblo, testigo de Cristo en el mundo, está dotado de estructuras sociales, en función de la vida divina, bajo la guía de los obispos en las Iglesias locales, y de la suprema autoridad universal, que reside, ya en el colegio episcopal en comunión con el sucesor de Pedro, ya en el Papa personalmente en virtud de su primado; d) Y toda esta realidad humano-divina se encuentra en camino hacia la Jerusalén del cielo, donde encontrará su perfección, y donde ya no serán necesarias ni las mediaciones sacramentales ni las sociales.

Para la fe católica, el aspecto de sociedad visible y el aspecto invisible de comunión de vida divina, son inseparables.

Ya el Papa Juan Pablo II en *Ecclesia de Eucharistía* recordó: «La íntima relación entre los elementos invisibles y visibles de la comunión eclesial, es constitutiva de la Iglesia como sacramento de salvación. Sólo en este contexto tiene lugar la celebración legítima de la Eucaristía y la verdadera participación en la misma. Por tanto, resulta una exigencia intrínseca a la Eucaristía que se celebre en la comunión y, concretamente, en la integridad de todos sus vínculos» (EE 35-46).

La eclesiología de comunión en Sacrosanctum Concilium

Sacrosanctum Concilium no tenía la pretensión de definir una eclesiología completa, y, sin embargo, no podía dejar de referirse a una cierta eclesiología, en el momento de sentar las bases de la reforma litúrgica.

Los principios teológicos, sobre los cuales SC quiere fundamentar la reforma litúrgica son, claramente, los de una eclesiología de comunión, aunque el desarrollo de los mismos no lo encontraremos en el documento, sino en la Constitución sobre la Iglesia (LG), y en otros documentos posteriores. Por ejemplo en SC 2, la liturgia es vista, en primer lugar, a la luz del misterio de Cristo y, por tanto, de

lo que es más hondo en la naturaleza de la Iglesia: el hecho de ser, a semejanza de Cristo, al mismo tiempo humana y divina.

En los números 5-13, se dibuja más detalladamente la naturaleza de la liturgia y su importancia en la vida de la Iglesia: 1) Todo se comprende desde Cristo mismo (cfr. no. 5), y porque, acto seguido (cfr. no 6) se presenta la función de la Iglesia como continuadora de la obra salvífica de Cristo, sobre todo en la liturgia, en la cual, y de forma eminente y del todo particular, Cristo está presente. En el núm. 7 se hace una descripción característica de la liturgia, en la cual observamos: a) el concepto de liturgia como ejercicio del sacerdocio de Cristo; b) al mismo tiempo, como acción de todo el Cuerpo Místico; y c) su estructuración también con signos sensibles. El núm. 8, pone de relieve la índole escatológica de la liturgia (es decir, que la liturgia es al mismo tiempo celeste y terrestre), e implícitamente, de toda la Iglesia. Los números 9-10, hablan del lugar de la liturgia en el conjunto de la Iglesia, que se sinteriza en la frase ya muy conocida: «La liturgia es la cumbre a la que tiende la acción de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza» (SC 10), es decir, pone de relieve que no se puede separar la fe y los sacramentos de la fe, e insiste en que los fieles deben expresar en su vida todo lo que han vivido en la liturgia. Lo que pone de manifiesto el rito de conclusión en la eucaristía, con las fórmulas de despedida, por ejemplo: «En la paz de Cristo, vayan a servir a Dios y a sus hermanos», es decir, continúen esta eucaristía en su vida cotidiana.

Así, la fe precede a la liturgia y de ella debe recibir alimento, para que pueda ser traducida en obras toda la vida. Por otra parte, según SC 10, la liturgia es fuente y cumbre de la vida de la Iglesia, sobre todo en la celebración de la eucaristía, pues «de ella mana hacia nosotros la gracia y con máxima eficacia se obtiene la santificación de los hom-

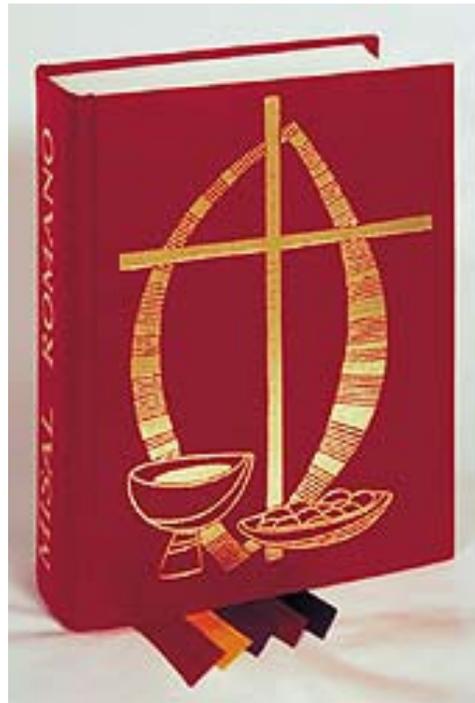
bres en Cristo y la glorificación de Dios, a la que tienden todas las demás obras de la Iglesia como a su fin».

SC 14, expresa la idea del sacerdocio real común de todos los fieles. Es una de las consecuencias más claras de la eclesiología de comunión, que encuen-

tra su fundamento en la fe y los sacramentos de la fe, siendo a la vez, una de las máximas manifestaciones del deber y el derecho de todo fiel a la participación litúrgica activa, plena y consciente. Para percibir mejor el trasfondo eclesiológico de comunión, conviene leer los números: 41, «Dar prioridad a la vida litúrgica de la diócesis en torno al obispo, persuadidos de que la principal manifestación de la Iglesia tiene lugar en la participación plena y activa de todo el pueblo santo de Dios en las mismas celebraciones litúrgicas, especialmente en la misma Eucaristía»; 42, pone de manifiesto la vida litúrgica diocesana, pero en la vivencia parroquial, ya que esta, repre-

senta en cierto modo a la Iglesia visible establecida por todo el mundo. Por lo tanto, se ha de fomentar teórica y prácticamente entre los fieles y el clero la vida litúrgica parroquial y su relación con el obispo. La Institución General del Misal Romano también lo especifica en el núm. 113 cuando dice que «la comunidad parroquia, representa a la Iglesia universal»; y el 26 que establece que las acciones litúrgicas no son privadas, sino celebraciones de la Iglesia, que la pone de manifiesto como pueblo santo, cuerpo de Cristo, que expresa la diversidad de órdenes, funciones y ministerios.

Estos textos nos demuestran que SC revaloriza el carácter comunitario, y manifiestan a qué concepción eclesial hace referencia, como lo expresa R. Blázquez, en su obra: *La Iglesia del Concilio Vaticano II*: «El paradigma primero de identificación de la Iglesia es la comunidad de fieles que se reúne para escuchar la palabra de Dios, para invocar el nombre del Señor, para celebrar los misterios



del Reino... para corporalizar en medio del mundo la presencia de Jesucristo... en un espacio humano determinado». La SC, además, tiene bien claro el aspecto jurídico, papal y episcopal de la liturgia, puesto bien aclara en el núm. 22 que «la reglamentación de la sagrada liturgia compete únicamente a la autoridad de la Iglesia; ésta reside en la Sede Apostólica y, en la medida que determine la ley, en los obispos». Integrando armónicamente el servicio de la autoridad eclesiástica en el marco de la comunidad, manifestando una eclesiología más auténticamente comunitaria.

N.B. Para comprender mejor esta síntesis, es necesario repasar uno a uno el texto de SC propuesto, eso favorecerá para una mayor comprensión del nexo que se da entre Liturgia e Iglesia.

Directivas prácticas de la eclesiología de comunión

De lo dicho hasta este momento se desprenden estas directivas generales que conocerlas nos ayudarán a leer en explicativa adecuada los libros litúrgicos. 1) Siempre que los ritos admitan una celebración comunitaria con asistencia y participación activa de los fieles, se ha de preferir a una celebración individual (núm. 27); 2) En esta celebración, cada uno debe realizar aquello que le corresponda (núm. 28-29; IGMR 17); 3) Para favorecer la participación activa, hay que cuidar de las aclamaciones de los fieles, las respuestas, la salmodia, las antífonas, los cantos, las acciones, las posturas corporales, así como el silencio sagrado (núm. 30; IGMR 34-37. 352); 4) En la celebración litúrgica no deben hacerse distinciones entre personas privadas ni clases sociales.

Sin duda que para que la reforma sea efectiva en sus puntos más concretos, dando claras referencias a la importancia capital que tiene la participación activa, consciente y fructuosa de los fieles, en orden a expresar sin opacidades, en cada acción litúrgica, la realidad más profunda de misterio de comunión que es la Iglesia.

Estos principios son aplicados a toda la SC, para que la reforma sea efectiva en sus partes más concretas, dando especial importancia a la participación activa, consciente y fructuosa de los fieles, para que exprese en cada acción la realidad más profunda del misterio de la comunión.

La aportación de Lumen Gentium (LG)

La Constitución conciliar sobre la Iglesia desarrolla más detenidamente los temas eclesiológicos ya esbozados en SC.

Ya decíamos que SC 41 contiene la siguiente afirmación: «La principal manifestación de la Iglesia se realiza en la participación plena y activa de todo el pueblo santo de Dios en las mismas celebraciones litúrgicas, particularmente en la eucaristía, en una misma oración, junto al único altar, donde preside el obispo rodeado de su presbiterio y ministros». En LG 26 se pone de relieve la importancia en la vida eclesial de la celebración eucarística, y se incluye un texto sobre el valor teológico y eclesiológico de la vida de las comunidades locales, donde se concreta la única Iglesia.

La Iglesia local que celebra la eucaristía es la auténtica manifestación —epifanía— de la Iglesia de Cristo. De aquí la importancia de ver cómo la eucaristía celebrada en las comunidades local constituye la Iglesia universal. Esto obliga a tener un concepto de la universalidad de la Iglesia, que, desde el punto de vista eclesiológico, no es otro que el de su catolicidad; esta tercera nota de la Iglesia (católica), profesada en el símbolo niceno-constantinopolitano, no implica, en primer lugar, un concepto cuantitativo. El término expresa integridad, totalidad, plenitud. Por tanto, católica, expresa cualidad de la Iglesia, significando que la salvación se encuentra plenamente en ella. La catolicidad significa, por tanto originariamente, esta plenitud de la salvación divina, es decir, la comunión divino-humana realizada en la misma persona de Cristo, y comunicada a la Iglesia mediante la acción del Espíritu.

Esta catolicidad esencial se realiza propiamente en la Iglesia local que celebra legítimamente la eucaristía. En esta celebración, presidida por el obispo o por un miembro de su presbiterio, en la comunidad de los fieles, se actúa la catolicidad de la Iglesia de Cristo, a la vez que la Iglesia local manifiesta su identidad esencial con todas las demás Iglesias locales que celebran el memorial del Señor. Por eso, en la celebración eucarística, se realiza propiamente la comunión católica de las Iglesias: la Iglesia una, santa, católica y apostólica de Cristo. De aquí que, la eucaristía, en cuanto presencia del misterio de

salvación, simboliza y produce la unidad –y la universalidad- de la Iglesia.

La reflexión teológica sobre la Iglesia ha centrado y enriquecido notablemente el contenido eclesiológico de la asamblea litúrgica, especialmente por lo que respecta a la celebración eucarística, y siempre dentro de un marco de una clara eclesiológica de comunión, de tal forma que su ser «principal manifestación de la Iglesia» ha ganado en hondura y transparencia.

Puesto que los bautizados no forman parte de una Iglesia universal abstracta; quien se incorpora lo hace por medio de una Iglesia particular. Así, la asamblea litúrgica es la manifestación de esta Iglesia local o, al menos, de una porción de ella, desde el momento que la Iglesia del obispo se ha subdividido en asambleas secundarias, parroquiales o titulares.



Desde aquí se desprende que la asamblea litúrgica es una verdadera «epifanía de la Iglesia». Es expresión de la Iglesia local (particular-diócesis), y participa de todo el misterio de la Iglesia. Esta asamblea, asegura el carácter auténticamente eclesial de la reunión y la oración, a sabiendas que «la participación consciente, activa y fructuosa» de los fieles, es necesaria también para su epifánica eclesialidad, puesto que la asamblea litúrgica debe mostrar a los fieles aquello que es la Iglesia, ésta es la manifestación más común, más cotidiana y accesible para todo cristiano en la Iglesia.

Conclusión

Después de haber profundizado en esta manifestación de la Iglesia que se da sobre todo en la celebración de la eucaristía, ahora bien nos queda afirmar que el reto fundamental de la Iglesia en no pocos lugares, especialmente las sociedades materialistas es la lucha contra el desinterés. Urge llevar,

una y otra vez, a las comunidades cristianas, hacia el genuino espíritu de la liturgia, más profundizado en comprensión, y vivido en fervor y gratuidad; conviene un renovado «movimiento litúrgico» para que, nuestros contemporáneos descubran la suavidad trascendente de una liturgia celebrada por una comunidad creyente y fraterna, que sabe reconocer en la brisa serena de la oración, la presencia divinizadora del Espíritu del Dios vivo. Así, viviendo y orando, a quien preguntara ¿qué es la Iglesia? simplemente podríamos decirle parafraseando en texto evangélico de Juan (1, 39): «Vengan y lo verán».

III. ACTUEMOS

¿Hemos comprendido que la Iglesia se manifiesta en su ser y quehacer, en la celebración, sobre todo de la eucaristía?

¿Somos conscientes que la Iglesia, Cuerpo de Cristo, se forma en la Eucaristía?

Sacerdotes y laicos ¿qué tenemos que hacer para manifestar –en lo que ha nosotros toca- que en la Eucaristía se refleja la Iglesia?

El Documento de Aparecida (175 y 382) expresa que la participación en la Eucaristía es fuente de renovación (conversión personal, familiar, eclesial y social, en una palabra «pastoral») para la vida de la comunidad, por lo tanto, la vida de nuestras comunidades parroquiales

¿Encuentra su renovación desde la participación activa, plena, consciente y fructuosa en la celebración eucarística?

IV. CELEBREMOS

Agradecemos a Dios de manera espontánea la oportunidad de manifestar la esencia de la Iglesia, sobre todo en la participación en la asamblea eucarística. Luego se concluye con la siguiente oración.

Dios nuestro, que con admirable providencia dispusiste que el Reino de Cristo se extendiera por todo el mundo y que todos los hombres participaran de la redención, haz que tu Iglesia, sacramento universal de salvación, manifieste y realice entre los hombres el misterio de tu amor. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

4. «De la Adaptación a la Inculturación de la Liturgia»



Objetivo:

Acercarnos al tema de la adaptación y de la inculturación de la liturgia, para que lo valoremos, comprendamos su importancia y descubramos su necesidad y las exigencias en el momento actual de la vida de la Iglesia.

Oración:

En el nombre del Padre...

Canto:

*Un solo Señor, una sola fe,
un solo bautismo, un solo Dios y Padre...*

Leemos, meditamos y comentamos alguna idea del texto: Hch 2, 1-12.

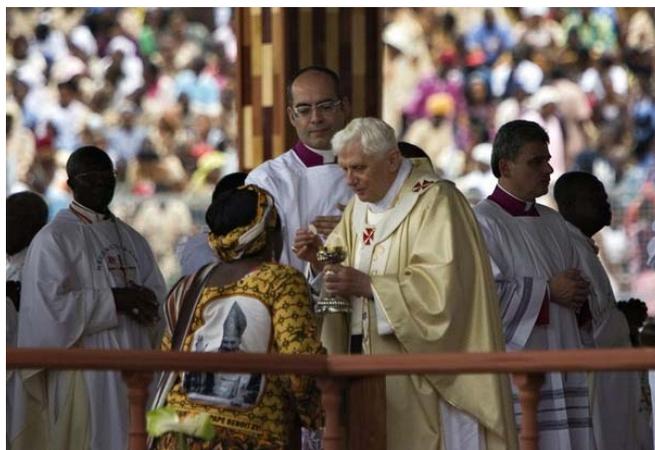
Oración: Dios nuestro, que quieres que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad, ilumina a tu Iglesia con la luz de tu Espíritu, para que pueda inculturar y celebrar dignamente la obra redentora de tu Hijo, valorando y dialogando la cultura actual, y tu pueblo, congregado por la palabra que da vida y sostenido con la fuerza de los sacramentos, avance por el camino de la salvación y del amor. Por nuestro Señor Jesucristo (cfr. MR 750).

Introducción

El tema de la inculturación de la liturgia, es un tema delicado e importante. No falta quien diga que la liturgia hoy está de cara al pueblo pero de espaldas a la cultura. Hay quien piensa que el problema no es tanto el lenguaje, sino los lenguajes. No falta quien opine que la reforma litúrgica postconciliar ha sido más una obra de restauración que de creatividad. Y en general, muchos liturgistas afirman que la frontera de la reforma litúrgica emprendida por el concilio Vaticano II se encuentra precisamente en este punto, en la inculturación de la liturgia.

Hoy es algo comúnmente aceptado que SC 37-40, constituye la carta magna del concilio Vaticano II sobre la inculturación de la liturgia por los aportes que hizo en esta materia.

El Papa Juan Pablo II ha señalado que la «inculturación de la liturgia» es un cometido importante para la renovación litúrgica (*Vicesimus Quintus Annus* (VQA) 16).



Para la Iglesia latinoamericana y caribeña la inculturación de la liturgia constituye un gran desafío que hay que afrontar (cfr. SD 248), ya que los cambios culturales dificultan la transmisión de la fe (cfr. DA 100d), de allí la necesidad de la inculturación de la fe (cfr. DA 479), y por tanto de la liturgia.

I. VEAMOS

Tratemos ahora de acercarnos a nuestro tema respondiendo a lo que a continuación se pide para que luego se comparta en el grupo.

1. ¿Qué se entiende por adaptación e inculturación de la liturgia?

2. Lea las siguientes frases y piense que le sugieren para que luego lo comparta: 1ª La historia confirma que la Inculturación es un efectivo instrumento de evangelización. 2ª La propagación del mensaje cristiano dependerá en gran medida de la capacidad de la Iglesia de comunicar este mensaje de forma inculturado. 3ª «En la medida que la Iglesia se esfuerce en la inculturación tendrá credibilidad el evangelio y la misma Iglesia» (Keith F. Pecklers). 4ª «La incapacidad de inculturarse equivale a morir» (Robert Taft). 5ª La «Inculturación de la Liturgia» es un cometido importante para la renovación litúrgica (VQA 16).

3. ¿Se han realizado celebraciones litúrgicas en tu comunidad teniendo en cuenta e incorporando expresiones de la cultura de nuestras comunidades?, ¿Puedes compartir alguna experiencia?

II. PENSEMOS

1. La «adaptación litúrgica» en SC 37-40

Con el concilio Vaticano II la Iglesia intentó restituírle al Rito Romano su noble simplicidad, eliminando muchas de las oraciones apologéticas características del genio cultural de la liturgia franco-germánica y exhortando a adaptar y a inculturar el Rito Romano en culturas y contextos particulares. Tanto si se tratará de la liturgia como de la misión evangelizadora de la Iglesia en todo el mundo, el concilio confirmó de forma vigorosa que la pluralidad cultural es intrínsecamente católica. Muchos han definido justamente a los números 37-40 de la SC como la Carta Magna de la Inculturación.

En los números 37-40 de SC encontramos los presupuestos para restaurar la liturgia según su forma clásica y las «normas para adaptar la liturgia a la mentalidad y tradiciones de los pueblos». Veamos pues el aporte de SC 37-40.

a) **Introducción.** El número 37 sirve de introducción al apartado sobre las Normas para la adaptación al carácter y tradición de los diversos pueblos.

«La Iglesia no pretende imponer una rígida uniformidad en aquello que no afecta a la fe o al bien de toda la comunidad, ni siquiera en la Liturgia: por el contrario, respeta y promueve el genio y las cualidades peculiares de las distintas razas y pue-

blos. Estudia con simpatía y, si puede, conserva íntegro lo que en las costumbres de los pueblos encuentra que no esté indisolublemente vinculado a supersticiones y errores, y aun a veces lo acepta en la misma Liturgia, con tal que se pueda armonizar con su verdadero y auténtico espíritu» (SC 37).

En el artículo 37 se afirma el principio de la pluriformidad de la Iglesia, y en particular el de la liturgia, «en aquellos aspectos que no afectan a la unidad de la fe o al bien de toda la comunidad». Este punto de partida es la superación de la latinidad a favor de la catolicidad.

La Iglesia respeta y favorece la cultura de los diversos pueblos y en ciertos casos acepta algunos de sus elementos en la misma liturgia, «mientras puedan armonizarse con los aspectos del verdadero y auténtico espíritu de la liturgia».

b) **Legítima diversidad.** Los números 37-40 concretan el procedimiento que habrá que seguirse en la aplicación del principio general: las legítimas variaciones dentro del rito romano (cfr. SC 38-39).

En los artículos 38-39 de la segunda parte se trata de la legítima diversidad en el interior de la liturgia romana mientras «se salve la unidad sustancial del rito romano».

Esta unidad sustancial se salva si se permanece «dentro de los límites establecidos en las ediciones típicas de los libros litúrgicos».

En estos libros la Santa Sede propone variantes que las Conferencias Episcopales pueden libremente aceptar y que, una vez obtenida la ratificación de la Santa Sede, debe insertarse en los libros oficiales de la Iglesia local.

Tales variantes no alteran la sustancial unidad de la liturgia romana, si no que dan una suficiente flexibilidad a fin de responder a las necesidades locales, especialmente en los territorios de misión.

Este tipo de adaptación se extiende también a la manera de ordenar el ritual mismo dentro de los límites que ya la edición típica indica.

Ejemplos de legítimas variaciones los encontramos en los ritos introductorios y en los explicativos o complementarios de los sacramentos, por ejemplo, en el rito del matrimonio, segunda edición típica.

Otro aspecto que se debe mencionar es la diferencia que se da entre adaptación y acomodación. La primera corresponde a las Conferencias Episcopales, la segunda al ministro que preside la celebración, el cual acomodará la celebración a las necesidades de la comunidad (cfr. Ritual de la Unción de enfermos, prenotandos n. 40-41).

c) **Adaptaciones más profundas** (cfr. SC 40). El artículo 40 se refiere a la necesidad de «una adaptación más profunda de la liturgia». Este número presenta la situación de cambios no contemplados en las ediciones típicas.

Para esto las Conferencias Episcopales piden las adaptaciones y la Santa Sede da su consentimiento, es decir, la aprobación según el procedimiento indicado en los tres párrafos de este número.

En conclusión, de acuerdo a SC 38-40 se puede presentar tres situaciones diferentes: 1ª realizar variaciones ya previstas en las ediciones típicas de los rituales; 2ª exigencias de cambios no previstos en la edición típica, pero que no se alejan de la unidad sustancial del rito romano (cfr. SC 38-39). 3ª finalmente, cambios más radicales yendo más allá de las legítimas variantes propuestas en la edición típica, que implican una adaptación radical de la liturgia (cfr. SC 40).

2. La adaptación última etapa de la reforma litúrgica

Esta reforma implicaba dos aspectos: la restauración de la liturgia romana según su forma clásica, y la adaptación de la liturgia a las culturas y tradiciones de los pueblos.

La restauración de la reforma clásica implicaba devolverle a la liturgia las características propias de la celebrada en Roma antes de haber asimilado elementos de las liturgias franco-germánicas hacia el siglo VIII, a saber: simplicidad, sobriedad, brevedad, practicidad, claridad.

La opción de la SC, desde su inicio, fue la de armonizarla con una orientación pastoral (SC 33-36), así como con normas para la adaptación cultural de la liturgia (SC 37-40).

La adaptación de la liturgia al genio propio de cada cultura es la otra dimensión necesaria para llevar a cabo la reforma litúrgica.

a) **Primera etapa** señala el paso del latín a las

lenguas vivas (1965-1966), que tuvo un espacio mayor de aquel previsto en la SC 36, con una fidelidad mayor al espíritu que a la letra del documento conciliar.

b) **Segunda etapa** la revisión de los libros litúrgicos y la progresiva publicación de los nuevos, con la relativa traducción iniciada en 1968.

c) **Tercera etapa**, la más delicada y compleja, iniciada tímidamente y no finalizada de **la adaptación de los ritos**, confiada a las conferencias episcopales bajo la guía de los organismos centrales de la Santa Sede (cfr. VQA 16).

Es en esta tercera etapa de la reforma litúrgica, de la adaptación, donde se ubica la temática de la inculturación de la liturgia.

3. De la «adaptación a la inculturación»

El término inculturación no aparece en los documentos conciliares, es un neologismo que ha evolucionado en el pensamiento oficial de la Iglesia católica en los últimos años.

Tal concepto comporta: encarnación del anuncio y de la vida cristiana en un área cultural concreta; experiencia vital y original del evangelio en actitudes y manifestaciones de una cultura determinada; asimilación y expresión nueva de la fe en un lenguaje, símbolos, categorías y teorizaciones nuevas y peculiares.

En nuestros días el término «inculturación de la liturgia», es una expresión familiar, lo cual no lo era así en concilio Vaticano II, recordemos que el concilio le llamaba «adaptación».

Se puede decir que se ha dado todo un proceso histórico, teológico, antropológico, litúrgico y pastoral para lo que la Carta Magna de la «inculturación Litúrgica» (SC 37-40), llamó «Adaptación», hoy la IV Instrucción de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos para aplicar debidamente la constitución SC, o *Varietates Legitimae* (VL) (25-1-1994), le da el nombre de «inculturación litúrgica». La inculturación litúrgica significa diversidad en las expresiones culturales y unidad en la fe y en la tradición cristiana (cfr. VL 18).

La introducción del término se le atribuye al jesuita Joseph Masson en 1962. En 1973 George L. Barney, misionero protestante, acuñó el término

«inculturación», subrayando la necesidad de mantener intacto el mensaje cristiano durante el curso del intercambio cultural. Recordó que durante el proceso de inculturación de los componentes supraculturales del evangelio en una cultura nueva, no debe perderse ni distorsionarse su naturaleza esencial.

En 1979, el Papa Juan Pablo II introdujo el término «inculturación» en los documentos oficiales de la Iglesia (cfr. CT 53).

El sínodo extraordinario de los Obispos de 1985 sobre la Catequesis, tocó el tema de la inculturación, describiendo así su significado: «es distinta de una mera adaptación externa, porque significa una íntima transformación de los auténticos valores culturales por su integración al cristianismo y la radicación del cristianismo en todas las culturas».

El Consejo Pontificio para la Cultura publicó el 23 de mayo de 1999 un documento titulado «Orientaciones para una eficaz evangelización. La pastoral de la cultura» (PC), en donde el término inculturación y sus implicaciones en los diversos campos de la evangelización aparece frecuentemente en todo el documento.

Crispino Valenziano, profesor de antropología en el Pontificio Instituto Litúrgico San Anselmo de Roma, fue uno de los primeros que utilizó el término «inculturación» en relación con la liturgia. Llama «inculturación» a un método que puede originar una interacción recíproca entre la liturgia y las varias formas de religiosidad popular.

4. La inculturación litúrgica

«La constitución *Sacrosanctum Concilium* ha hablado de la adaptación de la liturgia indicando algunas formas. Luego el magisterio de la Iglesia ha utilizado el término «inculturación» para designar de una forma más precisa la «encarnación del evangelio en las culturas autóctonas y al mismo tiempo la introducción de estas culturas en la vida de la Iglesia». La «inculturación significa una íntima transformación de los auténticos valores culturales por su integración en el cristianismo y el enraizamiento del cristianismo en las diversas culturas humanas» (VL 4).

«La inculturación así entendida tiene su lugar en el culto como en otros campos de la Iglesia» (VL 5).

Por inculturación de la liturgia se entiende: el proceso a través del cual elementos peculiares de una cultura local son integrados en los textos, ritos, símbolos e instituciones asumidos por una Iglesia local para su culto.

Resultado de la inculturación litúrgica es que textos, símbolos, gestos y fiestas litúrgicas evocan algo de la historia, de las tradiciones, de los modelos culturales y del genio artístico del pueblo.

El objetivo de la inculturación litúrgica es crear una forma de culto adecuado a la cultura de la población local; elaborar una liturgia para la Iglesia local. Así se enriquece la fe y la cultura.

Algunos términos correlativos e implicados con el término de inculturación se pueden mencionar: cultura, aculturación, transculturación, adaptación, acomodación, contextualización, indigenización, creatividad.

De estos términos hay algunos que tienen una relación con la liturgia: acomodación que consiste en la pura aplicación de las diversas modalidades celebrativas que prevén los libros litúrgicos según las necesidades de la comunidad; adaptación, consiste en un encuentro entre dos culturas, buscando una comunicación de mutuo respeto y tolerancia; inculturación y creatividad, la cual describe la capacidad o exigencia de la liturgia para adecuarse a las personas que celebran, con sus instancias concretas. Existe creatividad cuando se sabe introducir mistagógicamente a los creyentes en el misterio celebrado.

El fundamento teológico de la inculturación.

El punto de partida para una teología de la inculturación es la encarnación de Cristo, que debe ser el paradigma para la misma Iglesia, ya que tal misterio hace referencia tanto a la Cabeza (Cristo), como a sus miembros (Iglesia).

Imitando a Cristo la Iglesia debería compartir la historia, la cultura y las tradiciones del pueblo en el cual vive. Lo cual significa que debería integrar en su culto y en sus instituciones los elementos particulares de la vida y de las actividades de un pueblo.

La meta de la teología de la inculturación.

Desde el momento que el misterio pascual es el vértice de la teología y de la liturgia, es importante tener presente que por la tanto no es el paradigma de la inculturación sino la meta de la misma.

Si los elementos de la historia, de la cultura y las tradiciones de un pueblo son integrados en las celebraciones del Misterio Pascual de Cristo es para ofrecer a los pueblos la posibilidad de experimentar, de una manera para ellos familiar, la presencia y el poder de tal misterio.

Así como la encarnación de Cristo encuentra su meta en el Misterio Pascual, así también la inculturación de la liturgia se esfuerza en hacer culturalmente comprensible a los fieles el misterio pascual.

Pastoralmente hablando, la inculturación es una necesidad, la historia confirma que la inculturación es un efectivo instrumento de evangelización.

Métodos de la inculturación. Como métodos de la inculturación litúrgica se señalan: 1º la equivalencia dinámica: ésta pretende reemplazar un elemento de la liturgia romana por otro de la cultura local que tenga el mismo significado o valor. 2º la asimilación creativa: supone la aceptación de elementos usados socialmente (ritos, expresiones lingüísticas, fiestas, etc.). 3º la progresión orgánica: según la cual nuevas formas litúrgicas pueden componerse de manera original desde algunos núcleos ya existentes. Desde luego tiene que tenerse siempre presente que es el Misterio Pascual de Cristo y la gracia del Espíritu Santo lo que motiva y condiciona nuestras iniciativas.

La VL continúa profundizando sobre la inculturación de la liturgia: el capítulo II habla de las exigencias y las condiciones previas (n. 21-31); el capítulo III señala los principios y las normas para la inculturación del rito romano; el capítulo IV sobre el ámbito de las adaptaciones en el rito romano.

La V instrucción, *Liturgiam Autenticam* (20-3-2001), sobre la recta aplicación de la SC, establece autorizadamente la forma de proceder en la traducción de los textos de la liturgia romana a las lenguas vernáculas.

Finalmente, la tercera edición del Misal Romano, ha incluido en su normativa el espíritu del concilio sobre la inculturación. Así, la Ordenación General del Misal Romano 2002, en su capítulo IX, trata sobre las Adaptaciones que competen a los Obispos y a las Conferencias

episcopales en la celebración de la Misa (nn. 386-399).

Conclusión. Gracias al aporte de SC 37-40, la Iglesia ha dado un paso trascendente, ha abierto la puerta y ha dado inicio a la reforma litúrgica en este campo tan difícil e importante en el terreno de la inculturación. Hoy ya no se puede sostener ni identificar la latinidad con la catolicidad, se ha pasado de la uniformidad a la unidad, a la diversidad, del integrismo a la apertura enriquecedora. La Iglesia ha sido capaz de mirar hacia adelante (*progressio*), teniendo en cuenta lo que la circunda (cultura) desde un fundamento, desde su identidad (*traditio*) que le posibilita el diálogo con el hombre y el mundo de hoy.

III. ACTUEMOS

A la luz de lo que hemos estudiado en este tema sobre la adaptación e inculturación de la liturgia, veamos que implicaciones se nos plantean.

1. **Uno de los grandes retos que tiene la Iglesia en el momento actual es la evangelización de la cultura y la inculturación del mensaje de la fe (cfr. PC 5), desde la pastoral litúrgica, ¿qué acciones pastorales deberíamos realizar para responder a este reto?**
2. **¿Qué deberíamos acomodar, adaptar, inculturar o ser más creativos en nuestras celebraciones litúrgicas para una mejor atención pastoral de nuestras comunidades?**
3. **La piedad popular, una de las mayores expresiones de una verdadera inculturación de la fe (PC 28), ¿qué tanto se valora?, ¿qué tan armonizada se encuentra con la liturgia? y ¿qué tanto nos ha ayudado a afianzar la conciencia de la propia identidad en las tradiciones locales de nuestras comunidades?**

IV. CELEBREMOS

Agradecemos al Señor que nos ha permitido acercarnos al tema de la adaptación e inculturación de la liturgia, un tema interesante que nos plantea muchos retos pastorales. Unámonos con gratitud a la alabanza universal, tomemos nuestra Biblia y recitemos el Salmo 148 intercalando después de cada estrofa la antífona, «Alabad al Señor en el cielo. Aleluya», la cual se puede semi entonar.

5. «La Dimensión Evangelizadora y Misionera de la Liturgia»



Objetivo:

Profundizar en la dimensión evangelizadora y misionera de la liturgia, para que la pastoral litúrgica contribuya a la celebración del año de la misión.

Oración

En el nombre del Padre...

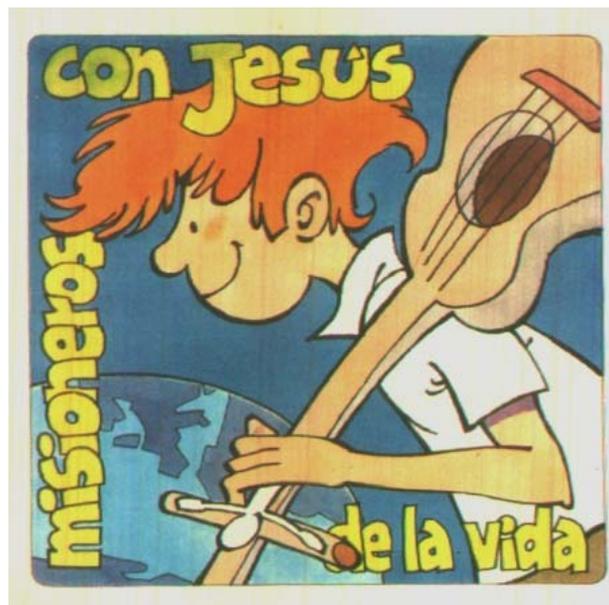
Canto:

Alma misionera.

Oremos: «Dios nuestro, que quieres que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad, mira la abundancia de tu mies y envíale operarios para que se anuncie el Evangelio a toda creatura; y tu pueblo, congregado por la palabra que da vida y sostenido con la fuerza de los sacramentos, avance por el camino de la salvación y del amor. Por nuestro Señor Jesucristo» (MR 750).

Introducción

Celebramos en «Año de la Misión» en nuestra diócesis, y la Pastoral Litúrgica tiene que colaborar a la realización de tal evento uniéndose no sólo a las otras dos tareas fundamentales del área del triple ministerio, como lo son la Pastoral Profética y la Pastoral Social, sino también a toda la pastoral de conjunto de nuestra diócesis bajo la guía del IV Plan Diocesano de Pastoral.



La liturgia como ciencia teológica contiene una gran riqueza, la cual se expresa a través de sus diversas dimensiones. En ella podemos encontrar las siguientes dimensiones: la dimensión trinitaria, porque la liturgia es obra de la Santísima Trinidad, con una marcada dimensión cristológica y pneumatológica, porque en ella celebramos el misterio pascual de Cristo bajo la acción del Espíritu Santo; la dimensión eclesiológica, ya que también la liturgia es obra de la Iglesia, si Cristo es el sujeto absoluto, la Iglesia es el sujeto asociado a ella; la dimensión antropológica, porque celebramos el Misterio Pascual de Cristo mediante un lenguaje simbólico; la dimensión celebrativa, porque en ella se celebra tal misterio como hemos dicho; la dimensión mistagógica, ya que gracias al lenguaje litúrgico somos conducidos, vamos al encuentro de Cristo muerto y resucitado; la dimensión santificadora, la cual gracias a que Cristo está presente en la acción litúrgica, ésta es fuente de gracia y santificación; la dimensión evangelizadora y misionera, ya que al

celebrar el misterio de nuestra fe se nos anuncia y se nos envía a comunicar lo que hemos celebrado; la dimensión liberadora, ya que Cristo, muerto y resucitado, ha venido a liberarnos del poder del pecado y de la muerte, y por ello participar de la celebración litúrgica nos compromete en su compromiso liberador; la dimensión doxológica, por la cual alabamos y glorificamos al Padre por Cristo en el Espíritu Santo; y finalmente la dimensión pas-

toral, la cual debe de promover una participación plena, consciente, activa y decorosa de todo el pueblo de Dios.

Hablar hoy de la dimensión evangelizadora y misionera de la liturgia es hablar de algo esencial en ella, puesto que al celebrar el Misterio Pascual de Cristo, la liturgia al mismo tiempo evangeliza y envía a ser testigos de Jesús resucitado en medio de nuestro mundo tan necesitado de ser transformado por la fuerza del evangelio y la gracia de los sacramentos.

I. VEAMOS

Ahora nos vamos a ir a trabajar por grupos, nos serviremos de dos textos que narran dos experiencias en torno a la celebración litúrgica y su dimensión evangelizadora y misionera. Estos textos suscitarán en nosotros el interés y nos ayudarán a descubrir cuál es la realidad de tal dimensión en las celebraciones litúrgicas de nuestra parroquia.

Indicaciones: nos repartimos en grupos de cinco personas, leemos los dos textos en cada grupo, luego los reflexionamos guiados por una serie de preguntas y finalmente comentamos nuestras reflexiones y respuestas en la plenaria.

Primer texto. Es un relato aparecido en una antigua crónica titulada *El relato de los años pasados*. Se trata –como allí se explica– de una compilación de los anales de la historia de la Rus kievita, que van desde los comienzos hasta el año 1117, atribuida al monje Néstor, del monasterio de Pecherski. Allí se cuenta que el príncipe de Kiev, Vladimiro (979-1015), envió a distintos países de Europa diez de sus caballeros para buscar la verdadera religión que debía de difundir en su principado. La solemnidad de la celebración litúrgica presidida por el patriarca, el canto de los himnos y el perfume del incienso así como la grande y festiva veneración que tenía el pueblo a la *Theotókos* (la Madre de Dios), llevaron al príncipe a elegir Constantinopla ya que –según él mismo afirmó– allí donde se hacía de la Iglesia «un cielo en la tierra» y se infundía en el alma la alegría de gozar la bondad de Dios, no podía haber otra cosa que la verdadera religión. Independientemente de la fiabilidad histórica, el relato muestra de modo suficiente el tipo de

comunicación de la fe que es capaz de tener lugar en una celebración litúrgica. Se trata, de nuevo, de aquella «liturgia a la vez *seria, simple y hermosa*, que trasmitiendo el misterio, al mismo tiempo que sigue siendo comprensible, capaz de narrar la alianza perenne de Dios con los hombres.

Segundo texto. El poeta y dramaturgo Francés Paul Claudel atestigua la íntima fuerza de la liturgia cuando narra su conversión durante el canto de Magnificat de las Vísperas de Navidad en Notre-Dame de París: «Fue entonces cuando se verificó el acontecimiento que domina toda mi vida. En un instante mi corazón fue tocado y yo creí. Creí con una tal fuerza de adhesión, con tal elevación de todo mi ser, con una convicción tan poderosa, con una certeza que no daba lugar a ninguna clase de duda, que, en adelante, ni los libros, ni los razonamientos, ni las circunstancias de una vida agitada, han podido hacer tambalear mi fe, ni, a decir verdad, afectarla».

Preguntas: 1. ¿Qué es lo que más te llamó la atención de los textos anteriormente leídos? 2. ¿Qué fue lo que más te impactó de la celebración litúrgica según es narrada en cada uno de estos textos? 3. ¿Se podría decir, que la celebración litúrgica en cada uno de estos textos, era una celebración evangelizadora y misionera?, ¿sí o no?, ¿por qué? 4. Califica la calidad evangelizadora y misionera de las celebraciones litúrgicas de tu parroquia. Marca con una «x» tu respuesta: Muy buenas () Buenas () Regulares () Malas () ¿Por qué les das esa calificación? 5. Según tú, ¿cómo consideras que se debería celebrar la liturgia para que sea evangelizadora y misionera? 6. ¿Qué tanto incide adecuadamente la participación litúrgica en el compromiso social de los cristianos de tu parroquia? Marca con una «x» tu respuesta: Mucho () Poco () Nada () ¿En qué se nota?

Plenaria. Espontáneamente se comparte el trabajo de los grupos y se sacan algunas conclusiones.

II. PENSEMOS

Después de haber visto y reflexionado en nuestra realidad litúrgico-pastoral, vamos ahora a tratar de iluminarla profundizando en algunos contenidos que nos ayudarán a tener una fundamentación más

completa de nuestro tema. Pero antes de que hablemos de la dimensión «Evangelizadora y misionera de la liturgia», es bueno que precisemos algunas cosas.

1. La evangelización, la catequesis y la liturgia

Dentro del proceso evangelizador de la Iglesia estas tres tareas, como todas las demás, están muy relacionadas entre sí.

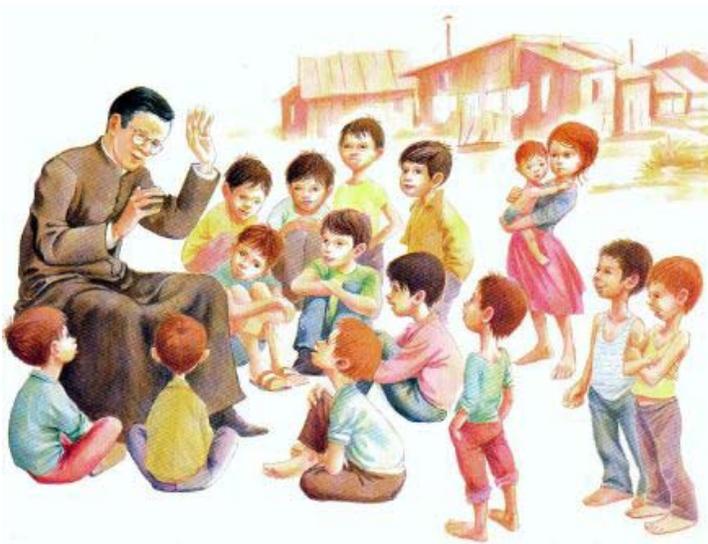
Son dimensiones complementarias de la existencia cristiana que durante siglos se han distanciado y empobrecido, pero hoy, a la luz de la experiencia de las comunidades apostólicas (cfr. Hch 2, 42-47), del catecumenado antiguo, de la tradición patristica demuestra la fecundidad de una síntesis vital entre ce-

lebración, palabra, profesión de fe y testimonio cristiano que, lejos de constituir momentos desligados y casi independientes entre sí, se representan como aspectos complementarios de única experiencia global. De aquí surgen unas consecuencias pastorales importantes:

1ª Necesidad de recuperar la unidad y globalidad de la experiencia cristiana, tanto en la vida de comunidad como en el dinamismo personal del crecimiento en la fe. Por tanto En la vida de fe no se deben separar artificialmente sus distintos momentos (la vida litúrgico-sacramental, el compromiso sociopolítico, la dinámica comunitaria, etc.), sino fomentar el desarrollo armónico de sus componentes esenciales: anuncio, servicio, celebración y comunión.

2ª Necesidad de colocar en el centro el eje «fe-esperanza-caridad». Esto obligara a más de un cambio de acento pastoral, sobre todo en la práctica sacramental.

Teniendo este presente, veamos pues estas dimensiones complementarias de la vida cristiana.



La evangelización es el primer anuncio de la salvación a quien no tiene conocimiento y no cree (AG 5), la predicación kerigmática-misionera (cfr. SC 9), que consiste en anunciar el nombre, la doctrina, la vida, las promesas del Reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios (EN 22).

Por catequesis se entiende, la profundización sistemática de la fe; da luz y fuerza a la fe, nutre la vida según el Espíritu de Cristo; lleva a participar, de manera consciente y activa, al misterio litúrgico y es estímulo de la acción apostólica. Además está al servicio de la iniciación cristiana y de la educación permanente de la fe (cfr. DCG 63-72). Sus tareas fundamentales son, propiciar el conocimiento de la fe, la educación litúrgica, la formación moral, enseñar a orar, educar para la vida comunitaria y la iniciación a la misión (cfr. DCG 85-88).

Sin duda que la evangelización y la catequesis son importantes, sin embargo, la experiencia ha demostrado que si éstas no se basan en la liturgia y, especialmente en la liturgia sacramental, no darán los frutos deseados, por ello es necesario hablar a continuación de lo que es la liturgia.

En cuanto a la liturgia, se le comprende como la celebración del misterio pascual de Cristo, mediante signos sensibles, que realiza la Iglesia, para glorificar a Dios y santificar al hombre, cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no iguala ninguna otra acción de la Iglesia» (cfr. SC 7).

En la descripción de tal concepto hay cinco elementos claves o esenciales: la celebración del misterio pascual de Cristo, la Iglesia, los signos sensibles, la glorificación de y la santificación del hombre.

Un elemento esencial del concepto de liturgia es que ésta es «celebración del misterio pascual de Cristo», por tanto es importante la categoría de «celebración», tanto en su dimensión antropológica como teológica.

Así, por celebración de la liturgia se entiende, el momento expresivo, simbólico, ritual y sacramental de la liturgia, el acto que evoca y hace presente la salvación realizada por Dios en Jesucristo con el poder del Espíritu.

Dentro del proceso evangelizador de la Iglesia, la celebración litúrgica es importante, porque es punto de llegada de todo camino evangelizador y catequético, y punto de partida de todo el compromiso misionero y testimonial de la comunidad cristiana. Es por ello que lo propio de la liturgia es la celebración y no la evangelización, ésta debe precederla en parte al menos cronológicamente.

Aunque existen ciertas diferencias entre evangelización, catequesis y liturgia (la evangelización, anuncia, la catequesis, profundiza ese anuncio, y la liturgia lo celebra), también se da una relación entre ambas, la liturgia, aunque es principalmente, culto a la divina majestad, contiene también una gran instrucción para el pueblo fiel. En efecto, en la liturgia Dios habla a su pueblo: Cristo sigue anunciando el evangelio. El pueblo responde a Dios con cánticos y oraciones (cfr. SC 33). En conclusión, la liturgia tiene una dimensión evangelizadora, catequética y también misionera, como veremos más adelante.

2. La dimensión evangelizadora y misionera de la liturgia

El episcopado francés, en la Carta a los católicos de Francia de 1996, afirmaba que la liturgia es evangelización, la liturgia es misionera porque es un lugar en el que la fe, siendo celebrada, resulta sobre todo propuesta. Teniendo esto presente, veamos pues cada una de estas dimensiones de la liturgia.

2.1. La dimensión evangelizadora de la liturgia

Por lo que más arriba se ha dicho, nos queda claro que la liturgia tiene una dimensión evangelizadora, ahora la cuestión que se presenta es saber cómo la liturgia realiza tal acción eclesial.

La liturgia debe evangelizar siendo fiel a su naturaleza, es decir, sin perder de vista su finalidad principal, lo cual se concretiza en que, la liturgia anuncia la buena noticia celebrándola con un lenguaje propio, el lenguaje litúrgico, el cual es un lenguaje simbólico (que puede ser verbal o no

verbal), compuesto de personas, lugares, cosas, ritos, gestos, símbolos, la música, el canto, la imagen, y el silencio, y así, al anunciar la buena noticia celebrándola, la liturgia educa de esta manera en la fe. A este respecto es bueno recordar lo que dice uno de los padres del Movimiento Litúrgico, el P. Romano Guardini, que la liturgia es «el dogma hecho oración».

Evangeliza la liturgia, desplegando festivamente la salvación anunciada, haciéndola presente en la comunicación y en el gozo, dándonos un pregozo de su realización total, al mismo tiempo que nos libra de toda ilusión y orgullo.

Por tanto, cada una de las celebraciones deberá ser analizada y valorada en cuanto si ejerce o no de hecho su fuerza evangelizadora de acuerdo con su peculiar dinámica y estructura.

Sí, nos queda claro, la liturgia tiene una fuerza evangelizadora, pero también hay que cuidar que no se le debe reducir a la categoría de instrumento pedagógico, porque su finalidad no es didáctica sino ante todo doxológica.

Aclarado lo anterior, ahora se suscita otro interrogante, ¿cómo lograr que evangelice la liturgia? Esta es una cuestión importante, sin embargo no es un problema teológico, sino pastoral, ya que nadie lo pone en duda. Aquí la cuestión es, cómo hacer para que los signos propios de la liturgia «funcionen» de modo efectivo y, por tanto, adquieran su plena eficacia con vistas al anuncio y a la comunión.

Este, en efecto, es como la partitura de una sinfonía, cuyo resultado interpretativo varía de modo notable, tal vez sin alterar ni siquiera una sola nota, dependiendo de la calidad del director y de los músicos que la interpretan. Esto requiere pues la atención a algunos factores, tales como: una atenta valoración de la asamblea que –en la liturgia– es evangelizada y evangelizadora; conjugar lo objetivo contenido en el libro litúrgico, con lo subjetivo que pertenece a la asamblea que celebra; ser fieles a Dios y al hombre; al misterio que se celebra y a todos aquellos que son destinatarios y protagonistas. Se requiere también una pastoral cada vez más insertada en el año litúrgico, en el que la palabra, contenida en el instrumento litúrgico del Leccionario, explica todas sus posibilidades de ser un buen instrumento catequético.

Teniendo esto presente, la liturgia se convierte de verdad en lo que el decreto PO dice acerca de la eucaristía, que es *fons et culmen totius evangelizationis*, es decir, fuente y cumbre de la evangelización (n. 5b), momento y lugar privilegiado en el diálogo entre Dios y su pueblo, de comunicación de la fe y de la experiencia salvífica de la edificación de la comunidad, del testimonio de la caridad y del servicio del hombre.

2.2. Dimensión misionera de la liturgia

Después de haber presentado y profundizado en la dimensión evangelizadora de la liturgia, pasemos ahora a hablar de la segunda dimensión que nos ocupa nuestro tema, de su dimensión misionera.

Partiendo de la celebración de la Eucaristía, corazón de la liturgia, la despedida al finalizar la Misa es como una consigna que impulsa al cristiano a comprometerse en la propagación del Evangelio y en la animación cristiana de la sociedad (cfr. *Mane Nobiscum Domine* (MND) 24).

En la Exhortación Apostólica *Sacramentum Caritatis* (SaC), dice al respecto: «Después de la bendición, el diácono o el sacerdote despide al pueblo con las palabras: *Ite, missa est*. En este saludo podemos apreciar la relación entre la Misa celebrada y la misión cristiana en el mundo. En la antigüedad, «*missa*» significaba simplemente «terminada». Sin embargo, en el uso cristiano ha adquirido un sentido cada vez más profundo. La expresión «*missa*» se transforma, en realidad, en «misión». Este saludo expresa sintéticamente la naturaleza misionera de la Iglesia. Por tanto, conviene ayudar al Pueblo de Dios a que, apoyándose en la liturgia, profundice en esta dimensión constitutiva de la vida eclesial» (n. 51).

El mismo documento afirma también que, la Eucaristía no es sólo fuente y culmen de la vida de la Iglesia; lo es también de su misión, porque ella es «principio y proyecto de misión» (cfr. MND 24-28). «Una Iglesia auténticamente eucarística es una Iglesia misionera» (SaC 84), ya que «la institución misma de la Eucaristía anticipa lo que es el corazón de la misión de Jesús: Él es el enviado del Padre para la redención del mundo (cf. *Jn* 3,16-17; *Rm* 8,32)». Por tanto, «no podemos acercarnos a la Mesa eucarística sin dejarnos llevar por ese movimiento de la misión que, partiendo del corazón

mismo de Dios, tiende a llegar a todos los hombres. Así pues, el impulso misionero es parte constitutiva de la forma eucarística de la vida cristiana» (SaC 84).

O como dice el mismo DA, «La Eucaristía, fuente inagotable de la vocación cristiana es, al mismo tiempo, fuente inextinguible del impulso misionero. Allí, el Espíritu Santo fortalece la identidad del discípulo y despierta en él la decidida voluntad de anunciar con audacia a los demás lo que ha escuchado y vivido» (n. 251).

Ahora si estamos en el punto neurálgico de la dimensión misionera de la liturgia: la liturgia (en especial la liturgia eucarística) es el centro y el culmen de la vida y misión de la Iglesia, lo cual conlleva una exigencia pastoral, la exigencia de educar constantemente a todos al trabajo misionero, cuyo centro es el anuncio de Jesús, único Salvador, que surge del Misterio eucarístico, creído y celebrado. Así se evitará que se reduzca a una interpretación meramente sociológica la decisiva obra de promoción humana que comporta siempre todo auténtico proceso de evangelización (SaC 86).

Pero, ¿cómo concretizar tal dimensión en la existencia cristiana?, ¿cuáles serán las implicaciones sociales de la dimensión misionera de la liturgia, en especial, del misterio eucarístico?

La misión primera y fundamental que recibimos de los santos Misterios que celebramos es la de dar testimonio con nuestra vida siendo testigos de su amor (n. 85), anunciar a Jesucristo, único salvador (SaC 86), ser «pan partido» para los demás y, por tanto, trabajar por un mundo más justo, fraterno (n. 88) y pacífico (n. 89), y así construir el Reino de Dios (cfr. Documento de Aparecida (DA), 278e).

En conclusión, la dimensión misionera de la liturgia nos tiene que proyectar a dos tareas esenciales: a anunciar a Jesucristo siendo testigos de su amor y a poner en práctica la dimensión social de nuestra fe con todas sus implicaciones.

Poner en práctica la dimensión social de nuestra fe implica, entre otras cosas: promover la Doctrina Social de la Iglesia, con la finalidad de evangelizar la cultura, que es hoy en día el gran desafío, teniendo presente a las personas, las comunidades y las

estructuras, como dice el objetivo de nuestro IV Plan Diocesano de Pastoral (cfr. IV PDP I, 523).

¡Cómo nos hacen falta testigos de la santidad social! Hoy más que nunca, nuestra Iglesia y nuestro mundo tienen necesidad del testimonio de la vida cristiana en la familia, en la educación, en la política, en la economía, en el mundo de la bioética, en la vida profesional, en general en todos los ámbitos de la sociocultural, donde se hace patente, indispensable, necesario e insustituible la presencia del laicado, viviendo su propia espiritualidad y comprometido en el campo que le pertenece, evangelizando las realidades temporales, a las ya nos hemos referido hace un momento, es decir, evangelizar la cultura, tratando de ser sal y luz en medio de nuestro mundo con la fuerza del evangelio. Ha llegado la hora del compromiso social de nuestra fe, para que construyamos la civilización del amor.

2.3. Criterios para una celebración evangelizadora y misionera

A continuación se sugieren trece criterios básicos para configurar una celebración litúrgica evangelizadora y misionera:

- 1° Tener siempre presente que la celebración litúrgica es punto de llegada de todo proceso evangelizador y catequético y punto de partido de todo proceso compromiso misionero y testimonial de la comunidad cristiana.
- 2° Acomodar, adaptar, inculturar y ser creativos en la celebración litúrgica para que responda a las necesidades de los fieles, es decir, favorezca su participación litúrgica y a su bien espiritual (cfr. OGMR 395).
- 3° Preparar la celebración litúrgica, cuidando el «antes», el «en» y el «después» de la misma que sugiere la pastoral litúrgica.
- 4° Cuidar el espacio celebrativo, de tal manera que se presente limpio, ordenado, es decir, que siempre esté, digno, decoroso.
- 5° Cuidar la belleza de la celebración en todo momento, porque la belleza litúrgica es el símbolo de los símbolos del mundo, como lo que permite la transformación del tiempo y del espacio «en el templo santo, misterioso, que brilla con una belleza celestial».
- 6° Cuidar que el adorno del templo sea realizado con sentido estético y buen gusto.
- 7° Presidir con arte en nombre de Cristo y de la Iglesia, transparentando los gestos de Cristo sacerdote.
- 8° Celebrar con actitud de fe y con sentido eclesial.
- 9° Promover la participación plena, consiente, activa y decorosa.
- 10° Ejercer la ministerialidad litúrgica, cuidando que cada cual, ministro o fiel, haga todo y sólo aquello que le corresponde según la naturaleza de la acción y las normas litúrgicas (cfr. SC 28).
- 11° Explotar el lenguaje litúrgico de la celebración en toda su plenitud, el cual es importante porque «une el cielo con la tierra, lo humano con lo divino», hace visible y tangible lo invisible, inmanente lo trascendente, humano lo divino, porque es medio, instrumento y vehículo del encuentro con el misterio de Cristo.
- 12° Cuidar la proclamación de la Palabra de Dios, pues es Cristo mismo el que habla cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura (cfr. SC 7), ella es el alma de la propia evangelización y del anuncio de Jesús a todos (DA 248), y además, porque para la mayoría de los cristianos el momento de la celebración es el único momento de contacto con la Palabra de Dios, y finalmente, porque éstos crecen y se edifican con su escucha atenta.
- 13° Poner mucho empeño en la homilía, tanto en su preparación como en su proclamación, atendiendo para ello al contexto literario y teológico del texto bíblico (lectura exegética), al contexto litúrgico o celebrativo (contexto litúrgico) y al contexto pastoral-existencial-espiritual de la comunidad (contexto pastoral), porque ésta es un elemento de conexión y de entronque entre la Palabra que es proclamada y el rito que cumple lo que ha sido anunciado, y además, porque la homilía, como toda la celebración, introduce en el misterio de Cristo, de la Iglesia y de la vida cristiana más allá de la celebración.
- 14° Motivar a la participación con el ministerio del canto y la música.
- 15° Proyectar la celebración exhortando al compromiso social de nuestra fe.

III. ACTUEMOS

Después de haber visto y analizado la realidad entorno a la dimensión evangelizadora de la liturgia, hemos tratado de iluminarla, haciendo hincapié en que ésta al ser bien celebrada evangeliza y envía a realizar una misión, a poner en práctica la fe que profesamos, cuidando ante todo su dimensión social.

Vamos ahora tratar de concretizar nuestro trabajo. Indicaciones:

1ª Reúnanse por ministerios litúrgicos, es decir, los ministros extraordinarios de la Eucaristía, los del equipo de liturgia, los proclamadores, etc. 2ª Traten de responder a esta pregunta, ¿qué puede hacer la pastoral litúrgica o ministerio litúrgico para que contribuya a que las celebraciones litúrgicas de nuestra parroquia sean más evangelizadoras y misioneras? 3ª Realicen una programación, o si es que ya la tienen, agreguen alguna o algunas metas con sus actividades, sus responsables, sus fechas, el lugar de realización y los recursos que les puedan servir para realizar tal programación.

METAS	ACTIVIDADES	RESPONSABLES	FECHA	LUGAR	RECURSOS



IV. CELEBREMOS

Terminemos nuestro tema de hoy sintiéndonos enviados a celebrar nuestra fe explotando la dimensión evangelizadora y misionera de la liturgia.

Leemos, meditamos el texto un momento en silencio, y luego compartimos alguna idea relacionándola con el tema. El texto es: Hch 2, 1-11. Concluimos con el canto: «Id amigos».

FICHA DE EVALUACIÓN

EVALUACIÓN DE LA SEMANA DE FORMACIÓN Y ANIMACIÓN LITÚRGICA

NB. Esta evaluación es muy importante hacerla para tomarla en cuenta, tanto en las programaciones parroquiales y decanales, como en la misma comisión diocesana. Ofrecemos una guía para realizarla y pedimos que dicha evaluación la recojan los encargados decanales de la pastoral litúrgica, para que, éstos, a su vez, la lleven a la Comisión Diocesana de Pastoral Litúrgica (CODIPAL) o enviarla a: codipal@dsanjuan.org

Numero de Grupos: _____

Hombres-Mujeres: _____

NOS FELICITAMOS (Aspectos Positivos)

NOS ARREPENTIMOS (Aspectos Negativos)

SUGERENCIAS:

Informes:

COMISIÓN DIOCESANA DE PASTORAL LITÚRGICA

La Comisión Diocesana de Pastoral Litúrgica, en el periodo 2009 – 2010, sigue animando y acompañando la vida litúrgica de nuestra diócesis de San Juan de los Lagos. Durante este periodo anima el siguiente objetivo: Animar, asesorar e integrar en el año sacerdotal y de la misión las acciones que se refieren a la santificación de los fieles, para promover y coordinar la animación de la liturgia, de la piedad popular y de las causas de los santos en la diócesis, con la formación de sus agentes, siguiendo los criterios de la reforma litúrgica.

Para lograr este objetivo, la CODIPAL ha realizado dos reuniones generales:

*La primera en el mes de agosto 2009, para realizar la respectiva programación de este año pastoral, en ella se propuso 10 metas, entre las que destacan: El fortalecer la CODIPAL; Seguir ofreciendo medios de formación; Promover los ministerios litúrgicos, en la diócesis y en la vida parroquial de cada comunidad; Preparar las celebraciones y eventos diocesanos; Potenciar las vocalías de causas de los santos, santuarios, arte sacro y música litúrgica; Iniciar el proyecto de directorio para sacramentos; entre otras.

Desde ahí la misma comisión ha motivado a las otras comisiones que conforman el área del triple ministerio (Profético y Social) para realizar la Asamblea del Triple Ministerio –en el mes de octubre-, donde en común se reflexiona sobre el ser y quehacer de estas comisiones, para hacer entender –cada una desde su característica especial- a los cristianos, de la necesidad de profundizar en su fe, celebrarla y vivirla con los hermanos.

*La segunda para darle seguimiento a su programación y al mismo tiempo, para sondear cómo están trabajando los equipos decanales. Fue realizada en el mes de diciembre 2009. En ella, también se realizó el esbozo del temario del boletín del mes de abril. Y la vocalía de música litúrgica expuso los proyectos a corto plazo realizados y los ha realizarse a largo plazo.



La CODIPAL, también tiene presencia en la Provincia Eclesiástica de Guadalajara, a la que pertenece; ha participado en las reuniones de septiembre, noviembre 2009 y febrero 2010, en cada una de ellas, ha aportado en lo que se refiere a las distintas dimensiones en que se tienen proyectos. Cabe mencionar que la del mes de noviembre,

es la llamada Asamblea Provincial y en esta ocasión nuestra diócesis fue sede de dicha reunión. Se realizó en la ciudad de Tepatitlán de Morelos, los días 23, 24 y 25 de noviembre, fue presidida por mons. José Luis Amezcua, obispo de Colima. En ella se evaluaron las actividades realizadas en el periodo 2008-2009 y se programaron las del nuevo ciclo pastoral. Participaron sacerdotes y laicos de las distintas diócesis de la provincia, como de la Prelatura del Nayar.

Como cada año, en el mes de noviembre, se realizó el Encuentro Diocesano de Ministerios Litúrgicos -nuevamente fue en la ciudad de Tepatitlán en la sede del Instituto Diocesano de Pastoral Litúrgica, IDDEPAL-, el tema fue: La dimensión evangelizadora y misionera de la liturgia, para favorecer la reflexión en torno al año de la misión. Participaron varios laicos, agentes de pastoral litúrgica en las comunidades y un nutrido número de sacerdotes.

Esta Comisión Diocesana de Pastoral Litúrgica, en su afán por formar y capacitar agentes, según la reforma del Concilio Vaticano II, también dio inicio al tercer semestre del Instituto Diocesano de Pastoral Litúrgica, con sede en Tepatlán. En éste, los alumnos han mostrado su interés y al mismo tiempo valorado la formación que reciben, reconociendo el grande aporte que este Diplomado dará para la vida parroquial de las diferentes comunidades.

Como fruto de su participación en el Consejo Diocesano de Pastoral, desde ahí, se ha pedido que inicie el proyecto de los criterios diocesanos para la celebración de sacramentos. Ya ha dado los primeros pasos, al presentar en el mismo Consejo Diocesano, lo que diócesis vecinas han realizado, sobre todo, para conocer la experiencia de éstas y descubrir las necesidades para la nuestra, tomando el rumbo adecuado. Poco a poco dicho proyecto, sigue su cauce y en fechas próximas con un grupo de peritos en la materia, definirá el curso de acción para la realización de este proyecto.

No podemos negar, que esta Comisión y las vocalías que la integran, sigue manifestando que la Liturgia desemboca en misión; que la Liturgia celebrada y misión son dos momentos del mismo amor; y por eso, junto con las demás Comisiones que forman el organigrama diocesano, está animada con el espíritu de Aparecida, que llama e impulsa a la Misión Continental, por lo tanto, esta Comisión, sigue animando las acciones que se refieren a la santificación de los fieles, siguiendo los criterios de la reforma litúrgica.

Y, si Aparecida, reafirma la centralidad del misterio de Cristo en la vida de la Iglesia. También se reconoce que: «La liturgia es la celebración de la Pascua de Cristo, actualización de la vida nueva que Cristo ofrece desde su cruz. Y celebrar la liturgia es abreviar en la fuente de la vida que es Cristo entregándose y, desde ese manantial, comprometerse a servir a las personas y a los pueblos en la calidad de sus vidas, en la justicia y en la solidaridad. Es, en fin, en la entrega total de Cristo renovada en cada celebración donde conocemos el alma y el arte de la misión, Celebrar es ir siendo asimilados a «Aquél que da la vida por los hermanos» (Jn 15, 13).

Pbro. José Emanuel Vázquez Cavillo

Secretario de la CODIPAL
codipal@dsanjuan.org

VOCALÍA DE MÚSICA LITÚRGICA

1. La preocupación pastoral por la música litúrgica en nuestra diócesis

En el *IV Plan Diocesano de Pastoral*, encontramos varias menciones referentes al papel y lugar de la música sacra (que ahora vamos a entender como música litúrgica) y que son las que nos guían para establecer el objetivo, el programa, y el curso de acción de la Vocalía Diocesana de Música Litúrgica. Los números¹ en que encontramos referencias explícitas sobre este tema son: 181-186; 211-213; 225-230.

2. En el contexto de la Pastoral Litúrgica

La Vocalía Diocesana de Música Litúrgica (VDML), forma parte de la *Comisión Diocesana de Pastoral Litúrgica* (CODIPAL). Quien esto escribe asumió la responsabilidad de la vocalía en el mes de septiembre de 2009 y para el día 15 de octubre se realizó, en la Parroquia del Espíritu Santo de Tepatlán, la primera reunión a la que asistieron 7 sacerdotes de diversos decanatos, con la finalidad de asumir realizar la programación para el presente año, buscando, entre otras cosas, involucrar un mayor número de agentes que ya participan en este servicio litúrgico.

3. Objetivo

La Vocalía Diocesana de Música Litúrgica es el equipo específico de pastoral que tiene por objetivo *promover la formación litúrgico – musical de los agentes dedicados al campo del canto y la música* (cantores, instrumentistas, coros, asociaciones musicales, compositores, etc.) *para animar y fomentar la dignidad y el decoro de las celebraciones de culto*, en las diversas comunidades de la diócesis de San Juan de los Lagos.

4. Tareas, competencias y actividades

a) Una de las actividades con las que se está ya promoviendo la formación de los músicos en el ámbito litúrgico es el *Centro Diocesano de Formación Musical* que funciona tanto en San Juan de los Lagos (desde hace cuatro años), como en Tepatlán (desde hace dos años, en la Parroquia del Espíritu Santo). Hay ya una generación de egresados de esta insti-

tución y actualmente estudian en ella alrededor de 80 alumnos que semanalmente se aplican a las materias de solfeo, piano, armonía, contrapunto, coro y capacitación parroquial y que provienen de diversas parroquias de la diócesis.

- b) Elaboración de un *plan gradual de formación para agentes del canto y la música litúrgica*. Actividad contemplada para el corto plazo. Consiste en promover que en todas las parroquias y comunidades se acompañe y dé atención a los coros juveniles, coros parroquiales, cantores, músicos de iglesia, etc., en tres áreas: *Formación humana, Formación Cristiano-litúrgica y Formación Técnico-musical*.
- c) Elaboración de un conjunto de *criterios y orientaciones* que, basados en el magisterio de la Iglesia, a partir de las normas litúrgicas y con la aprobación del Obispo diocesano, ayude a los compositores, cantores y coros a elegir y ejecutar los *esquemas de cantos más apropiados* para cada momento de la celebración de acuerdo al tiempo litúrgico, a la asamblea en la que se participa y a los rasgos culturales específicos de nuestra diócesis.
- c) Recopilación y organización de los cantos que se conocen así como la propuesta de nuevos cantos y piezas musicales en un *manual o cantoral* que dé unidad a los repertorios de las comunidades de nuestra diócesis y facilite el que quienes asistan a las celebraciones litúrgicas aprendan los cantos y puedan *participar más plenamente*.
- e) Esta vocalía también es el enlace con el equipo de música litúrgica a nivel de la Provincia Eclesiástica de Guadalajara y con el *Departamento Episcopal de Música Litúrgica (DEMUSLI)*, mediante la participación en los congresos nacionales y otros momentos de contacto. A este respecto, cabe hacer mención que, como fruto de nuestra participación en el *XXXII Congreso Nacional de Música Litúrgica* celebrado en la ciudad de Morelia, Mich., el pasado mes de febrero, los participantes decidieron con mucho entusiasmo elegir a nuestra diócesis como sede para el congreso nacional a realizarse a finales de febrero del año entrante. Así pues, como parte de la preparación de este gran evento nuestro equipo de trabajo está llamado a enriquecerse, a abrazar la mística de la comunión y la participa-

ción y a realizar una serie de iniciativas a nivel diocesano que involucren al mayor número posible de coros, músicos y grupos parroquiales para que, al tener lugar este congreso nacional, los primeros beneficiados con su realización y organización seamos los anfitriones.

5. Pastoral armonizada

A fin de cuentas, son muchas las tareas que esta vocalía debe realizar, y más todavía las necesidades que se deben identificar y responder con trabajo creativo, constante y formación adecuada. Si somos conscientes de que el servicio de la música dentro de la liturgia es un auténtico ministerio más que un elemento extraño o un añadido extraño al culto (cfr. IV PDP II, n. 246), caemos en la cuenta de que aún es necesario prepararnos todavía más en este ámbito y poner cada uno de nosotros (agentes, laicos y pastores) nuestro granito de arena para que los que tenemos gusto y afición por la música, pongamos cada vez más ese *talento al servicio de la Iglesia para alabanza de Dios y santificación de nuestros hermanos*.

Pbro. Jorge Luis Aldana Ruiz Esparza

musicaliturgica@dsanjuan.org

VOCALÍA DE CAUSAS DE LOS SANTOS

Durante el presente año pastoral 2009-2010 se han venido difundiendo en el periódico *El Mensajero Diocesano*, con ocasión del Año Sacerdotal, algunos artículos sobre el significado de dicho evento y con las semblanzas de algunos sacerdotes; se proyecta presentar a los sacerdotes mexicanos ya canonizados, y posteriormente a los beatos y siervos de Dios de nuestra patria. Sucesivamente nos ocuparemos, de los religiosos y seculares, ya no en relación al Año Sacerdotal, sino de la pastoral de la santidad.

En cuanto al equipo, no nos hemos reunido por lo saturado de actividades. El trabajo se ha concentrado en dos actividades: la *Guía del Peregrino*, que ya casi está concluido, y las oraciones para la Misa y la Liturgia de las Horas propias de nuestra diócesis.

Pbro. Juan Carlos González O.

Documentos de Estudio

EL MINISTERIO DEL PRESIDENTE

(JOSÉ ALDAZÁBAL, *Ministerios al servicio de la comunidad celebrante*, Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelo 2006).

Dentro de la comunidad celebrante, y como el más importante de todos los ministros que le ayudan a celebrar, está el presidente. Como dice el Misal, «el Pueblo de Dios es convocado para celebrar... bajo la presidencia del sacerdote, que actúa en la persona de Cristo» (IGMR 27).

Este es en verdad uno de los más nobles y gozosos ministerios que se le han confiado al obispo, al presbiterio o, en su caso, al diácono.

La palabra latina «prae-sedere», sentarse delante, corresponde a la griega «pro-estos», que es la que san Justino emplea en su *Apología* del año 150 para designar al que preside la celebración eucarística. En una comunidad que celebra, hay un ministro que preside, haciendo las veces de Cristo².

Quién preside

a) El presidente de una celebración es, en algunas celebraciones más centrales y expresivas de la comunión eclesial –ordenaciones, dedicación de iglesias, confirmaciones-, *el obispo*.

Tanto en su misión de enseñar como en la de ser guía pastoral y misionera, y de modo especial en su función santificadora y cúllica, el obispo, como «primer liturgo», es el que tienen más autoridad y significatividad.

El Concilio afirmó la motivación teológica, eclesial, de esta presidencia primordial del obispo:

«El obispo debe ser considerado como el gran sacerdote de su grey, de quien deriva y depende en

cierto modo la vida en Cristo de sus fieles. Por eso, es necesario que todos concedan gran importancia a la vida litúrgica de la diócesis en torno al obispo, sobre todo en la iglesia catedral, persuadidos de que la principal manifestación de la Iglesia tiene lugar en la participación plena y activa de todo el pueblo santo de Dios en las mismas celebraciones litúrgicas, especialmente en la misma Eucaristía, en una misma oración, junto a un único altar, que el obispo preside rodeado por su presbiterio y sus ministros» (SC 41);

«Los obispos son los principales dispensadores de los misterios de Dios y los moderadores, promotores y responsables de toda la vida litúrgica» (Christus Dominus 15).

Por eso, el Misal afirma que «toda celebración eucarística legítima es dirigida por el obispo, ya personalmente, ya por los presbíteros, sus colaboradores». Y al recomendar que sea él quien presida normalmente, añade que «esto no se hace para aumentar la solemnidad exterior del rito, sino para significar de una manera más clara el misterio de la Iglesia, sacramento de unidad» (IGMR 92).

b) En otras celebraciones, es el *presbítero* quien puede presidir: la eucaristía, el sacramento de la reconciliación, la unción de enfermos³.

Lo dice expresivamente el Ritual de su ordenación:

«Partícipes, en su grado de ministerio, de la función del único Mediador, Cristo, anuncian a todos la palabra divina. Ejercen su sagrada función sobre todo en la asamblea eucarística. A favor de



los fieles arrepentidos o enfermos, desempeñan en el más alto grado el ministerio de la reconciliación y del alivio, y presentan a Dios Padre las necesidades y súplicas de los fieles. Ejerciendo, en la medida de su autoridad, la función de Cristo Pastor y Cabeza, reúnen la familia de Dios como una fraternidad animada.

Con espíritu de unidad y la conducen a Dios Padre por medio de Cristo, en el Espíritu» (Ritual n. 102).

c) También el *diácono* puede presidir algunas celebraciones.

Además de ejercer su ministerio propio en varios ámbitos de la vida eclesial –en torno a la Palabra y de la caridad-, como colaborador del obispo y del presbítero, siempre al servicio del pueblo de Dios, puede ejercer una función presidencial en el bautismo, en la bendición del matrimonio, en las exequias y en la oración comunitaria de la Liturgia de las Horas.

d) En casos excepcionales, también *los laicos* pueden recibir la encomienda de presidir alguna celebración, como en las celebraciones de la Palabra o de la oración o algunas bendiciones o incluso el bautismo⁴.

En comunión con Cristo

Para entender el sentido más profundo de este ministerio, se han de tener en cuenta las tres dimensiones en que se mueve: está unido a Cristo, que es el Sumo Sacerdote y Presidente de toda celebración cristiana; está unido a la comunidad que se ha congregado para celebrar, y de la que él, en nombre de Cristo, es cabeza y guía; y está también unido a la Iglesia local, presidida por el Obispo y, por medio de él, a toda la Iglesia universal⁵.

Cristo ha querido servirse de la mediación de los ministros de la comunidad para realizar su obra santificadora. Él es el verdadero sacerdote y presidente en cada celebración. Él actúa hoy y aquí, tanto en la proclamación de la Palabra como en la celebración de los sacramentos. Pero ha querido visibilizar su acción salvadora por el ministerio de unos hombres que han recibido una configuración especial con él en el sacramento del Orden. Es él quien absuelve y perdona, a través de la persona del sacerdote. Es él quien bautiza, incorporando a una persona a su vida pascual. Es él quien preside, por

medio del sacerdote, la Eucaristía que celebra la comunidad.

El presidente es el signo visible, el sacramento de Cristo. Por eso, se dice que actúa en la persona de Cristo, representando y personificando a Cristo ante la comunidad. Y para eso ha recibido el sacramento del Orden, que le configura de un modo sacramental nuevo a Cristo Cabeza y Pastor. En latín se usan las expresiones «In persona Christi», «vicem gerens Christi» o «personam Christi gerens»⁶.

Más aún, Cristo, el Señor Resucitado, está realmente presente en el presidente: no sólo en la comunidad, en la palabra o en los dones eucarísticos: «Cristo está realmente presente... en la persona del ministro» (IGNR, 27).

El Catecismo presenta a los sacerdotes como «iconos» y sacramentos de Cristo:

«...el sacramento del Orden, por el cual el Espíritu Santo los hace aptos para actuar en representación de Cristo-Cabeza para el servicio de todos los miembros de la Iglesia. El ministro ordenado es como el icono de Cristo Sacerdote. Por ser en la Eucaristía donde se manifiesta plenamente el sacramento de la Iglesia, es también en la presidencia de la Eucaristía donde el ministerio del obispo aparece en primer lugar y, en comunión con él, el de los presbíteros y los diáconos» (CCE 1142).

Cuando el Misal habla del presbítero como presidente de la Eucaristía, que «actúa en la persona de Cristo», le pide la unión íntima con Cristo:

«debe servir a Dios y al pueblo con dignidad y humildad, e insinuar a los fieles, en el mismo modo de comportarse y de anunciar las divinas palabras, la presencia viva de Cristo» (IGMR 93).

Es Cristo el verdadero Presidente de toda celebración. Su signo sacramental es el presidente, que debe ejercer su ministerio con humildad y expresividad.

Juan Pablo II, en su encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, de 2003, explica qué significa esta relación del presidente con Cristo:

«In persona Christi quiere decir algo más que en nombre, o también en vez de Cristo, In persona: es decir, en la identificación específica, sacramental, con el sumo y eterno Sacerdote, que es el autor y el

sujeto principal de su propio sacrificio, en el que, en verdad, no puede ser sustituido por nadie» (EdE, 29).

También el Catecismo de la Iglesia Católica presenta por qué el sacerdote actúa en la persona de Cristo (CCE 1548-1551).

«Este sacerdocio es ministerial. Está eternamente referido a Cristo y a los hombres. Depende totalmente de Cristo y de su sacerdocio único, y fue instituido a favor de los hombres y de la comunidad de la Iglesia. El sacramento del orden comunica un poder sagrado, que no es otro que el de Cristo» (CCE 1551).

En su manera de actuar se debe notar, pues, que está íntimamente unido a Cristo, en la celebración y también fuera: es signo de Cristo médico, pastor, maestro, servidor (lavando los pies a los demás).

Aquí está la razón de ser del presidente: visibiliza sacramentalmente la presencia de Cristo. Tal es el motivo de su sede especial, del canto que acompaña su entrada, de su papel de protagonista en la oración y en la homilía y en la bendición final. Actúa con confianza y a la vez con humildad, porque lo hace en nombre de Cristo.

«presbyteri Christo Sacerdoti configurantur, ita ut in persona Christi Capitis agere valeant» (PO 2)

(Están identificados con Cristo Sacerdote, de tal manera que pueden actuar como representantes de Cristo Cabeza).

Unido a la comunidad

El que preside la celebración, además de actuar «In persona Christi», lo hace también «In nomine Ecclesiae», unido, por tanto a la comunidad a la que preside, conoce y ama:

«preside al pueblo del congregado aquí y ahora, dirige su oración, le anuncia el mensaje de salvación, asociando al pueblo en la ofrenda del sacrificio de Cristo en el Espíritu Santo a Dios Padre, da a sus hermanos el pan de la vida eterna y participa del mismo con ellos» (IGMR 93).

Las oraciones principales las dirige él a Dios en nombre del pueblo:

«estas oraciones las dirige a Dios el sacerdote que preside la asamblea actuando en la persona, en nombre de todo el pueblo santo y de todas las circunstancias». (IGMR 30);

«Pronuncia oraciones como presidente, en nombre de la Iglesia y de la comunidad reunida» (IGMR 33).

El Catecismo de la Iglesia Católica, además de afirmar la relación del sacerdote con Cristo, expresa su actuación «en nombre de toda la Iglesia»:

El sacerdocio ministerial no tiene solamente por tarea representar a Cristo, Cabeza de la Iglesia, ante la asamblea de los fieles, actúa también en nombre de toda la Iglesia, cuando presenta a Dios la oración de la Iglesia y sobre todo cuando ofrece el sacrificio eucarístico» (CCE 1552).

El que preside la Eucaristía es el que completa a la asamblea cristiana, representando a Cristo. Cuando, al comienzo de la celebración, saluda a la comunidad y esta le responde, se pone de manifiesto la Iglesia en su identidad concreta:

«el sacerdote, por medio del saludo, manifiesta a la asamblea reunida la presencia del Señor. Con este saludo y con la respuesta del pueblo queda de manifiesto el misterio de la Iglesia congregada» (IGMR 50).

Así, la comunidad y el presidente se complementan mutuamente.

«El ministro que preside en nombre de Cristo Cabeza y Pastor, haciendo sus veces, complementa a la comunidad, haciendo la realización sacramental de la Iglesia entera. A la vez se complementa con ella, porque el ministro no actúa sólo, sino dentro de ella y para ella. De este modo la celebración litúrgica comunitaria manifiesta visiblemente el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia»⁷.

En comunión con el Obispo y con la Iglesia

Pero aún hay otra importante dimensión en el ministerio del presidente: la comunión por el propio y con los demás obispos de la Iglesia universal. El presidente es un testimonio viviente de la catolicidad y de la sucesión apostólica de la Iglesia.

Si no es obispo, preside en unión con sus obispos y a través de la unión con él, enlaza con el episcopado católico de ahora y de siempre. Por eso el presidente es el signo visible de unidad y comunión eclesial.

La introducción al Misal lo expresa claramente:

«La celebración eucarística es acción de Cristo

de la Iglesia, es decir, de un pueblo santo congregado y ordenado bajo la diferencia del Obispo» (IGMR 91):

«Toda celebración eucarística legítima es dirigida por el Obispo, ya sea personalmente, ya por los presbíteros, sus colaboradores. Esto se hace no para aumentar la solemnidad exterior del rito, sino para significar de una manera más clara el misterio de la Iglesia, sacramento de unidad» (IGMR 92).

La Iglesia local, realización concreta de la universal, no alcanza su plenitud, expresiva como pueblo sacerdotal, en el ejercicio del culto, sin la presencia del ministro ordenado que hace las veces de Cristo y la constituye en signo manifestativo de la Iglesia, sobre todo en la Eucaristía (cf. LG 26; SC 41-42; PO 5).

Por eso, nombra en cada Eucaristía al Papa y al propio Obispo, también cuando el grupo que celebra es muy reducido y podría correr el peligro de sentirse como encerrado en sí mismo. Por ello también celebra según los libros litúrgicos eclesiales: el Calendario, el Misal, el Leccionario, la Liturgia de las Horas... Y sigue, según ellos, las normas que se establecen eclesialmente, haciendo caso, con creatividad y adaptación pedagógica, a los márgenes de libertad que ellos le dejan como presidente de una comunidad.

Actuaciones propias del presidente

En la celebración eucarística hay momentos especiales en que el presidente actúa como tal, dirigiéndose a Dios en nombre de todo el pueblo y, al pueblo, en nombre de Dios y de Cristo (cf. IGMR 30-33).

Los demás servicios, los no estrictamente presidenciales, es mejor que los hagan otros ministros, no sólo por pedagogía, sino también porque lo pide la imagen de la Iglesia. Respecto a las lecturas, dice el Misal que «según la tradición, el oficio de proclamar las lecturas no es presidencial, sino ministerial». En la oración universal, «el invita a los fieles a orar y la concluye con una oración» (IGMR 71), mientras que las intenciones es mejor que las diga otro ministro.

a) Como presidente, le toca a él, de modo particular, con la ayuda del equipo animador de la comunidad, coordinar la preparación de la celebración en sus diversos aspectos: cantos, moniciones,

ministerios, elección de posibles elementos alternativos.

El Misal le da consignas muy concretas al respecto:

«La efectiva preparación de cada celebración litúrgica hágase con ánimo concorde y diligente según el Misal y los otros libros litúrgicos... El sacerdote que preside la celebración tiene siempre el derecho de disponer lo que concierne a sus competencias». (IGMR 111).

«El sacerdote, al preparar la Misa, mirará más al bien espiritual del pueblo de Dios que a su personal inclinación. Tenga además presente que una elección de ese tipo hay que hacerla de común acuerdo con los que intervienen de alguna manera en la celebración juntos con él...» (IGMR 352).

b) Algunas de las intervenciones propias del presidente son de sentido ascendente.

Ante todo, la *Plegaria Eucarística*, esencialmente presidencial. En ella el sacerdote, como «portavoz» de toda la comunidad, bendice a Dios, le invoca pidiéndole que envíe su Espíritu sobre los dones y sobre la comunidad, y le ofrece el sacrificio perenne de Cristo.

Junto a la plegaria central, hay otras oraciones: la oración colecta, la oración sobre las ofrendas, la poscomunión y la conclusión de la Oración Universal. Todas estas oraciones,

«las dirige a Dios el sacerdote que preside la asamblea actuando en la persona de Cristo, en nombre de todo el pueblo santo y de todos los circunstantes. Con razón, pues, se denomina, oraciones presidenciales» (IGMR 30).

c) Otras intervenciones tuyas son de dirección descendente.

Con el *saludo* inicial, el sacerdote «manifiesta a la asamblea reunida la presencia del Señor» (IGMR 50). Con la *monición*, después del saludo, crea un clima de acogida, recuerda el tono del tiempo litúrgico y de la fiesta e introduce el acto penitencial⁸. A lo largo de la celebración, hay otras moniciones que también pertenecen más estrictamente al sacerdote que preside: la que introduce la *Plegaria Eucarística*, o la que invita a rezar el Padrenuestro o a acercarse a la comunión.

La *homilía* es normalmente propia del presiden-

te. Siempre es más expresivo que sea él, el que actúa en nombre de Cristo, quien aplique la Palabra a la vida de los presentes. Él ha recibido el encargo oficial, en la Iglesia, de explicar y aplicar la Palabra que se ha proclamado a la vida concreta de la comunidad. Así ayuda a que el mensaje salvador de Dios llegue a todo de un modo interpelante. Aquí es el signo visible de Cristo, el evangelizador por antonomasia, la Palabra viva de Dios a la humanidad.

Finalmente, con la *bendición*, concluye la celebración y, en nombre de Cristo, transmite a toda la comunidad la bendición de Dios.

d) El sacerdote tiene también *oraciones personales*, no como presidente: «el sacerdote no sólo pronuncia oraciones como presidente, en nombre de toda la comunidad, sino que también algunas veces lo hace a título personal» (IGMR 33). Así como las oraciones «presidenciales» las pronuncia «claramente y en voz alta», de modo que todos las puedan escuchar atentamente (IGMR 32), las «personales» las dice en secreto (IGMR 33). No «en voz baja», porque ahora, con los micrófonos, ya no existe la voz baja, sino en secreto.

Los signos de la presidencia

La sede

La sede presidencial está en un lugar destacado, no sólo para que el sacerdote pueda ejercer mejor desde ella su ministerio. En sí misma, esta sede tiene un simbolismo: es la sede de Cristo, Cabeza y Presidente de la comunidad.

«La sede del sacerdote celebrante debe significar su oficio de presidir la asamblea y dirigir la oración» (IGMR 310).

Evitando toda apariencia de trono, debe ser una sede digna, destacada, diferente de las otras sedes o asientos de los concelebrantes y demás ministros.

Su situación debe favorecer la comunicación visual con la comunidad (cf. IGMR 310).

La sede ha de ser única, superando, por tanto, el número de tres que usaban antes, cuando en las misas solemnes se sentaban en ellas también el diácono y el subdiácono.

En la sede preside la celebración desde el inicio hasta el ofertorio. Desde ella el sacerdote saluda a

la comunidad, escucha la Palabra y la comenta, inicia y concluye la oración universal. En el ofertorio irá al altar, hasta el final de la misa. Después de la comunión podría volver a la sede, aunque lógicamente la oración que falta, la poscomunión, pertenece más bien al ámbito del altar, y no al de la sede.

El altar

El otro lugar presidencial, desde el ofertorio de la Eucaristía, es el altar, desde el cual el sacerdote preside la segunda parte de la celebración. El altar es a la vez «ara sacrificial» donde se celebra sacramentalmente el memorial de la entrega pascual de Cristo en la cruz, y «mesa del Señor» a la que es invitado el pueblo de Dios en la comunión.

Es el centro donde converge la atención de la comunidad y el lugar desde el que el sacerdote preside, eleva a Dios la Plegaria Eucarística, invoca al Espíritu y ofrece el memorial del sacrificio de Cristo, parte el Pan e invita a los fieles a participar de la comunión con Cristo.

Tanto como está en la sede como en el altar, no hace falta que le acompañen de cerca un par de concelebrantes o de acólitos, si tiene un diácono, sí le asiste, discretamente, a su lado.

Las vestiduras

Un signo exterior de la presidencia eucarística es el uso de las vestiduras litúrgicas. Su finalidad es que

«la diversidad de funciones en la celebración se manifiesta exteriormente por la diversidad de las vestiduras sagradas que, por consiguiente, deben constituir un distintivo propio del oficio que desempeña cada ministro» (IGMR 335).

Sigue siendo válido el lenguaje pedagógico de la vestidura especial, como sucede también en la vida social. Los vestidos son, además, un recordatorio continuado para todos, también para el mismo presidente, de que lo que celebran no es algo profano, sino sagrado, y que el ministro no actúa en nombre y por iniciativa propia, sino como el ministro puesto por la Iglesia para servir a la comunidad en su acción sacramental, representando a Cristo.

La vestidura propia del sacerdote que preside la Eucaristía es, además del alba, que es común a los demás ministros, y la estola, la casulla (cfr. IGMR

335- 336). En los países en donde las Conferencias Episcopales lo hayan acordado, puede tener también expresividad el alba-casulla.

Gestos y posturas

Es importante también la actuación no-verbal de un presidente. Él actúa delante de toda la comunidad y es evidente que tiene que seguir las leyes de la comunicación tanto verbal como gestual. Su manera de estar, de moverse, de decir, de actuar, se convierten en un signo del misterio sagrado que acontece en cada celebración. Por eso, debe asegurar una digna expresividad, en todo ello.

Por ejemplo, debe cuidar la voz. Cuando lee el evangelio, a falta de otro sacerdote o diácono, o proclama oraciones «presidenciales», su voz debe ser pausada, clara, fácil de escuchar y seguir, comunicativa. Mientras que si se trata de oraciones más secundarias, su voz no tiene por qué ser solemne (por ejemplo, cuando presenta en el ofertorio el pan y el vino) y, si se trata de oraciones personales (la preparación al evangelio o a la comunión) el Misal le invita a que las diga en secreto. Su mejor voz la tiene que emplear el sacerdote para la proclamación del evangelio, si es el caso, y para la Plegaria Eucarística.

También sus *gestos y posturas* pueden tener influencia positiva o negativa, en el conjunto de la celebración, según sean auténticos o rutinarios, según salude mirando a la comunidad o al libro, según qué actitud tome cuando proclama en nombre de todos la Plegaria Eucarística. Preside también con sus gestos y posturas. Unos brazos extendidos, con las manos abiertas, pueden ser un discurso: por ejemplo, cuando pronuncia la fórmula de la absolución, o la bendición solemne al final de la misa, o la invocación del Espíritu sobre el pan y el vino.

«El presidente, cuando está de pie, en la sede o en el altar y eleva los brazos o extiende las manos en la oración, o las impone sobre las ofrendas o sobre el pueblo, o bendice o besa el evangeliario o el altar, debe realizar cada movimiento y cada gesto con sencillez y con elegancia, con autenticidad y sin afectación. Los gestos, no teatrales, pero expresivos y dignos a la vez, de un buen presidente, ayudan mucho a que la asamblea adopte las actitudes internas que convienen en cada momento» (*El presiden-*

te de la celebración eucarística. Directorio de la Comisión episcopal de liturgia, n. 26)

Actitud espiritual del presidente

Su triple unión con Cristo, con la comunidad y con la Iglesia es la que le señala a un presidente las actitudes espirituales adecuadas⁹.

a) En su ministerio, el sacerdote —o el diácono, o el laico, en su caso—, se siente *unido a Cristo*, a quien hace sacramentalmente visible en medio de la comunidad. Por eso el Misal le recomienda que, cuando preside la Eucaristía, «debe insinuar a los fieles... la presencia viva de Cristo» (IGMR 93).

La unión con Cristo se expresa y se alimenta con una escucha atenta de la Palabra de Dios, con la sintonía en la alabanza, en la súplica, en la comunión con el Cuerpo y Sangre de Cristo. Todo eso le debe llevar a una mayor actitud de entrega sacrificial, en la celebración y en la vida, ya que es el representante de Cristo, el «entregado por...»

Es una unión con Cristo que naturalmente, se le pide a un sacerdote también fuera de la celebración. En efecto, sigue siendo imagen sacramental de Cristo cuando atiende a los niños o a los enfermos o a los marginados de la sociedad, cuando trabaja por la convivencia fraterna, cuando gasta sus mejores energías en la entrega por los demás. Y sólo tendrá fuerzas para realizar bien este gran ministerio si está unido a Cristo: «sin mí no podéis hacer nada».

b) «Descálzate: éste es terreno sagrado». Moisés se acercó a mirar qué fenómeno era aquel de la zarza que ardía sin consumirse. Y el Señor le dijo: «no te acerques, quítate las sandalias de los pies; el sitio que pisas es terreno sagrado» (Ex. 3).

Una de las principales actitudes que debe tener el que preside una celebración es el *respeto al misterio* que allí está sucediendo. El protagonista es Dios, que quiere comunicar su gracia y su amor. Los que como ministros le sirven de mediadores ante la comunidad, deben tener una clara conciencia de ser, no protagonistas, sino servidores, haciendo lo posible por ser buenos «mistagogos», buenos conductores de la palabra y de la gracia de Dios a la comunidad.

c) Su *unión con la comunidad* debe manifestarse en su cercanía y servicialidad para con todos, en una actitud que el Misal llama de «dignidad y humildad» (IGMR 93).

No preside desde fuera de la comunidad, ni por encima de ella, sino desde dentro. Es un miembro de la comunidad, un creyente entre los creyentes, un hermano que ha recibido de la Iglesia, no tanto un privilegio, sino el encargo y la gracia sacramental para realizar este ministerio para bien de los demás.

Presidir desde dentro significa amar a sus hermanos, a todos ellos, conocerles, interesarse por su bien espiritual, tener como fin último el servirles desde su ministerio, para que puedan más fácilmente sintonizar con Cristo y su misterio salvador.

La unión con la comunidad pide además que mejore su capacidad comunicativa, de modo que sus acciones, palabras y gestos lleguen a expresar debidamente lo que se celebra. No puede saludar mirando al libro. No puede empezar el prefacio buscando las páginas del Misal.

d) Esta doble unión, con Cristo y con la comunidad, hace que el presidente de una celebración tenga una *doble dimensión* en su actitud.

A veces, está muy unido a los demás, como un miembro de la comunidad dice igual que los demás el «Señor, ten piedad», o el «Señor, no soy digno», escucha como el primero la Palabra de Dios (antes de ser maestro es discípulo), canta el Gloria o profesa el Credo, intercede por el mundo y participa del Cuerpo y Sangre de Cristo.

Otras veces está claramente identificado con Cristo, estableciéndose una especie de «alteridad» con los demás: en la homilía explica a sus hermanos la Palabra (aunque antes se la aplica a sí mismo), saluda y bendice a todos en nombre de Cristo...

Esto le educa a sentirse unido a Cristo y a la comunidad a la vez. No debe sentirse dueño, ni de la Eucaristía, ni de la Palabra, ni de la comunidad, sino servidor.

Como dijo san Agustín: «para vosotros soy obispo; con vosotros soy cristiano». Por una parte, representa a Cristo, y esto le debe dar confianza en su ministerio. Pero, por otra, pertenece a la comunidad, y no es dueño, sino ministro. Es bueno el binomio que le sugiere el Misal: «dignidad y humildad» (IGMR 93).

e) El que preside una celebración litúrgica necesita también un claro *sentido de la Iglesia*.

En su talante espiritual, debe expresar claramente su comunión con el obispo de la diócesis y con la Iglesia universal.

No actúa y organiza la celebración según su gusto personal, o el de un grupo concreto, sino con fidelidad a las normas que los libros litúrgicos han creído oportuno señalar actualmente para todas las celebraciones, sintonizando no sólo con su letra, sino con su espíritu, aprovechando, eso sí, el margen de libertad y creatividad que le permiten al presidente.

«...recuerde que él se halla al servicio de la sagrada litúrgica y no le es lícito añadir, quitar, ni cambiar nada según su propio gusto en la celebración de la Misa» (IGMR 24).

«Cristo, en la Eucaristía, congrega y alimenta a su Iglesia, invitándola a la comida que él preside.

Esta presidencia tiene por signo el de un ministro que él ha llamado y enviado. La misión de los ministros tiene por origen y por norma de los apóstoles.

Es transmitida en la Iglesia por la imposición de manos con la invocación del Espíritu Santo. Esta transmisión implica la continuidad del cargo ministerial, la fidelidad a la enseñanza apostólica y la conformidad de vida con el Evangelio.

El ministro manifiesta que la asamblea no es propietaria del gesto que está realizando, que no es dueña de la eucaristía. Ella la recibe de Otro, el Cristo viviente en su Iglesia. Aún permaneciendo un miembro de la asamblea, el ministro es también este enviado que significa la iniciativa de Dios y el lazo de la comunidad local con las otras comunidades en la Iglesia universal.

Por sus relaciones mutuas, la asamblea eucarística y su presidente viven su dependencia con respecto al único Señor y Santo Sacerdote. En su relación con el ministro, la asamblea ejerce su sacerdocio real como un don de Cristo Sacerdote. En su relación con la asamblea, el ministro vive su presencia como un servicio de Cristo Pastor»

(«Acuerdo doctrinal sobre la Eucaristía», Grupo ecuménico de Dombes, 1972).

XX Aniversario de la Visita de SS Juan Pablo II

8 DE MAYO DE 2010



12:00 Hrs. Procepción solemne con la imagen de la Santísima Virgen.

- Develación y bendición de la escultura dedicada a Juan Pablo II
- Concelebración Eucarística en el atrio de Catedral
- Bendición con la imagen de Nuestra Señora de San Juan de los Lagos

7:30 p.m. Canto solemne de la Salve

9:30 p.m. Emaús Juvenil diocesano

Es tiempo de revivir su mensaje
y renovar nuestro compromiso

Principios Operativos del RICA para la Pastoral Orgánica

P. Antonio Ramírez M.

Introducción

De todos los documentos de reforma emanados del Vaticano II, el RICA es el que propone el programa con mayor potencialidad para promover la renovación total de la vida y praxis de la Iglesia.

Con la Iniciación Cristiana (IC), la Iglesia acoge e inicia a los que piden ser cristianos¹. En esta labor la Iglesia dedica gran parte de su acción pastoral.

En la IC no se trata sólo de «cómo» hay que administrar unos sacramentos de iniciación, sino de «cuál» es el cristiano que «hacemos» al preparar y celebrar estos sacramentos.

En este tema nos proponemos como objetivo:

Reflexionar en algunos principios operativos del RICA y sus implicaciones en la Pastoral Orgánica o de Conjunto (POC), para que revisemos nuestra metodología pastoral y la manera como estamos acompañando el proceso de la IC.

I. VEAMOS LA REALIDAD

Para conocer nuestra realidad pastoral respondamos a las siguientes preguntas:

1. ¿Qué modelo de Iglesia estamos promoviendo: de cristiandad, clerical, laical, comunitaria, de comunión y participación...?
2. ¿La evangelización que se desarrolla en tu diócesis está sustentada en procesos o eventos?
3. ¿Qué clase de cristiano estamos formando?
4. ¿Cómo se le acompaña e integra en la comunidad eclesial al catecúmeno y al neófito?
5. ¿Qué proceso se sigue en la IC en tu diócesis? ¿Cómo la calificarías?
6. Los itinerarios de formación cristiana que estamos empleando, ¿qué tanto desarrollan la IC?

7. ¿Se conoce y se lleva a cabo la IC guiados e inspirados por el RICA?
8. ¿Cómo se ubica dentro de la POC a la pastoral de la IC?
9. ¿En cuántas de nuestras diócesis se trabaja con la POC?
10. ¿La POC puede garantizar el proceso de la IC?

Concluimos esta primera parte recogiendo lo que Documento de Aparecida, presenta de manera escueta cuál es la situación de la IC en América Latina y el Caribe: en muchas partes **ha sido pobre o fragmentada** (cfr. DA 287). Esto ha traído como consecuencias:

«Que muchos creyentes no participen en la Eucaristía dominical, ni reciben con regularidad los Sacramentos, ni se insertan activamente en la comunidad eclesial.

«Que exista un alto porcentaje de católicos sin conciencia de su misión de ser sal y fermento en el mundo.

«Que muchos cristianos tengan una identidad cristiana débil y vulnerable (cfr. DA 286).

2. PENSEMOS

En este segundo momento de nuestro tema trataremos de ver qué es la POC, su importancia y los principios operativos del RICA para la POC.

2.1. La Pastoral Orgánica o Pastoral de Conjunto

La pastoral es el arte y la ciencia que nos enseña la manera de guiar al pueblo de Dios, siguiendo los pasos de Jesús, único y verdadero pastor de su pueblo. Es también la forma práctica y concreta como la Iglesia realiza la misión y el mandato de Jesús de predicar el evangelio. La POC es un modo de hacer pastoral¹².

La POC está dividida en cuatro áreas: el área de la comunión, el área del triple ministerio, el área de las tareas diversificadas y el área de los agentes de pastoral.

El área del triple ministerio comprende tres comisiones: la comisión de pastoral profética, la comisión de pastoral litúrgica y la comisión de pastoral social.

La POC no es un conjunto de pastorales realizadas individualmente o aisladamente y, más que métodos o técnicas, expresa un espíritu de comunión fraterna y de misión evangelizadora coordinados.

La POC, «es un esfuerzo paciente para poner en marcha libremente, de cara al mundo que salvar, a todos los hijos de la Iglesia con todas sus instituciones y recursos, bajo la autoridad del obispo que tiene la misión de coordinarlos y dirigirlos, y que así puede ejercer con plenitud su carga pastoral» (F. Boulard, I Congreso Internacional de Pastoral, Friburgo 1961)¹³.

Por POC se entiende:

- **una pastoral articulada** (corresponsable por todo el pueblo de Dios),
- **integral** (que abarque las cuatro dimensiones de la Iglesia: comunión, anuncio, misión, celebración),
- **y que llegue a todos los sectores** (por edades)
- **y ambientes** (sociológicos).

Es decir, POC, es la implicación de toda la Diócesis en una misma comunión para la misión.

a) Exigencias que comporta este proyecto:

- Experiencia personal y comunitaria de fe
- Vivencia fuerte de una eclesiología de comunión y participación
- Necesidad de una programación conjunta



- Fuerte dosis de solidaridad y esperanza, haciendo realidad nuevas actitudes
- Vivencia de una parroquia como comunidad de comunidades
- Consolidar los mecanismos de comunión y participación (el equipo, el consejo y la asamblea de pastoral)

- Necesidad de tejer la diócesis desde la colaboración, el diálogo y la articulación de fuerzas y carismas

- Necesidad de la conversión pastoral, que implica reformas espirituales, pastorales y también institucionales (cfr. DA 365-372).

- Cuando se analiza el sentido de la POC, se observa que se identifica teológicamente con

el de pastoral, y sociológicamente con el de programación o planificación.

b) Importancia de la Pastoral Orgánica o de Conjunto

- Concretiza la eclesiología de comunión y participación del Vaticano II.
- Es una respuesta consciente y eficaz para responder y atender a las necesidades y exigencias del mundo de hoy (DA 99g; 371; 401).
- Orienta los carismas, ministerios, servicios y organizaciones de la diócesis en un mismo proyecto misionero para comunicar vida en el propio territorio (DA 169).

3. Principios operativos del RICA para la Pastoral Orgánica o de Conjunto

En este apartado se señalan algunos principios operativos del RICA que tienen una fuerte implicación en la POC.

1º La IC introduce en el misterio de Cristo, de la Iglesia y de la vida cristiana (cfr. DA 292) por tanto:

- Propone el programa para promover la renovación total de la vida y praxis de la Iglesia.
- Cuestiona y replantea la praxis catequética, litúrgica y social de nuestra pastoral.

2º La IC es la participación sacramental en la muerte y resurrección de Jesús (RICA 8), la IC:

- Pide una pastoral litúrgica: integrada en la POC; adaptada e inculturada; que cuide el «antes», el «en» y «después» de la celebración; celebraciones mistagógicas, que sean punto de llegada de todo proceso evangelizador y catequético, y punto de partida de todo compromiso social.

3º Respetar el proceso que pide el RICA en el proceso de la IC (cfr. RICA 4-8):

- La POC favorece y garantiza el proceso de la IC.

4º La que inicia es la «Ecclesia Mater», el pueblo de Dios, representado por la Iglesia local (cfr. RICA 41), esto presupone:

- La existencia de una comunidad misionera, evangelizadora, dinámica, ministerial, en construcción, en estado catecumenal permanente, en la que la conversión viene a estar de nuevo en la génesis de la Iglesia.

5º Si el RICA presenta la manera como la Iglesia acoge e inicia a los que piden ser cristianos, en consecuencia:

- No se trata, única y principalmente, de transmitir un acervo de doctrina y de valores ni crear en ellos una serie de actitudes, sino de ayudarles a que se abran al don de Dios que viene a salvarlos por Cristo en el Espíritu y la Iglesia, a través de unas mediaciones sobre todo sacramentales. Por tanto toda la acción pastoral ha de estar encaminada a esa respuesta responsable del catecúmeno.
- Las mediaciones pastorales de la Iniciación cristiana las no sacramentales (la catequesis, las diversas celebraciones durante el catecumenado

y el tiempo de la mistagogía, y la oración personal y comunitaria) y las sacramentales (la liturgia de la Palabra de la misa dominical y los tres sacramentos), deben ayudar a que el catecúmeno y el neófito se inserte de modo progresivo y ascendente en el misterio de la Iglesia.

- En pocas palabras, si la finalidad de la IC es: introducir en el misterio de la salvación (misterio de la Persona y obra de Cristo) e iniciar en el discipulado (cfr. A 288), en el misterio de la Iglesia y de la vida cristiana, la POC debe garantizar los tiempos, los espacios, los recursos y las oportunidades para que esto sea una realidad efectiva (cfr. A 292).

• 6º La IC tiene te tener en cuenta el proceso de formación de discípulos misioneros que propone Aparecida:

- El encuentro con Jesucristo, la conversión, el discipulado, la comunión y la misión (DA 278).

- Debe tenerse en cuenta los rasgos del discípulo, al que apunta la iniciación cristiana: que tenga como centro la persona de Jesucristo, nuestro Salvador y plenitud de nuestra humanidad, fuente de toda madurez humana y cristiana; que tenga espíritu de oración, sea amante de la Palabra, practique la confesión frecuente y participe de la Eucaristía; que se inserte cordialmente en la comunidad eclesial y social, sea solidario en el amor y fervoroso misionero (cfr. DA 292).



4. Medios para poner en práctica los principios operativos

Entre los medios que podemos señalar para concretizar los principios operativos podemos señalar los siguientes:

- Analizar y reconocer el perfil del hombre y de la mujer que nuestra cultura actual está produciendo y al cual tenemos que evangelizar.
- Analizar el perfil del cristiano que estamos formando.

- Conocer el proceso de IC que estamos llevando en nuestra diócesis
- Definir el perfil del cristiano que queremos formar, el cual corresponderá al modelo de Iglesia y de su compromiso evangelizador en el mundo de hoy.
- Diseñar un proceso con criterios diocesanos para la pastoral de la IC que responda a las necesidades y a la situación cultural actual, fundamentado e inspirado en el RICA, que integre la pastoral profética, litúrgica y social, donde la comunidad cristiana no sólo sacramentalice, sino que acompañe, integre y comprometa en la misión de la Iglesia al catecúmeno y al neófito.
- Exige que se pase de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera (DA 370).
- Es una respuesta consciente y eficaz para atender las exigencias del mundo de hoy (DA 371).
- Una pastoral bien organizada con una planificación pastoral. A este respecto la POC es una buena alternativa, porque nos proporciona una infraestructura muy adecuada que favorece una pastoral de procesos, más que una pastoral de eventos.
- La pastoral de procesos es necesaria ante el fenómeno gigantesco del mundo mediático, fugaz y virtual, en donde se rechaza todo aquello que implica un proceso más o menos largo.

III. ACTUEMOS

Para llevar a la práctica los principios operativos del RICA en la Pastoral Orgánica, ¿qué necesitamos?

Se propone:

- La conversión pastoral
- Una pastoral bien organizada con una planificación pastoral.

Conversión pastoral:

- Implica escuchar con atención y discernir «lo que el Espíritu está diciendo a las Iglesias» (Ap 2, 29) (DA 366).

CONCLUSIÓN

El futuro de la Iglesia se jugará en buena parte en el terreno de la Iniciación Cristiana, ya que ésta introduce en el misterio de Cristo, de la Iglesia y de la vida cristiana¹⁴.

Una pastoral renovada en este sector, no puede menos de redundar en la revitalización de toda la pastoral eclesial.

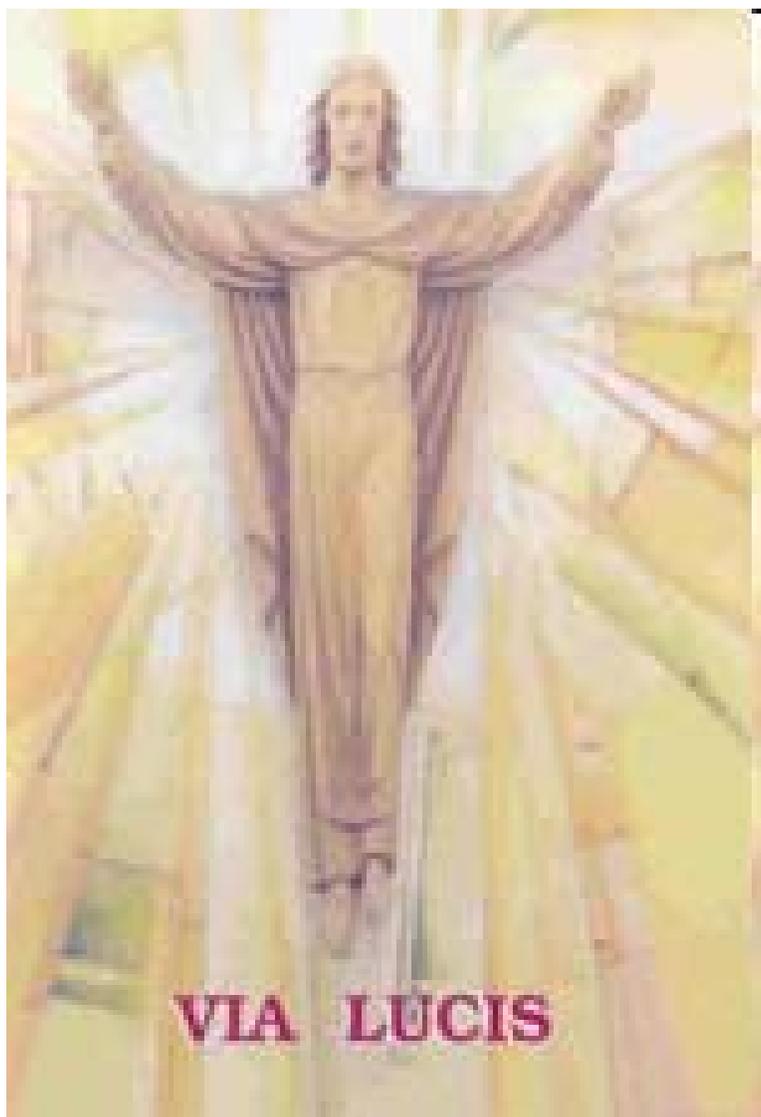
Ojalá que la POC pueda dar cabida a estos principios emanados del RICA y pueda desencadenar un proceso favorable para la pastoral de la IC.



Vía Lucis

CAMINO DE LA LUZ

SUBSIDIO LITÚRGICO PARA EL TIEMPO PASCUAL



(N. B. El texto de este *Via Lucis* está tomado de: José Luis Martín Descalzo, *Razones*, Sígueme, Salamanca 2001, 552-572, al cual se le añadió las indicaciones para la celebración, las jaculatorias: «El Señor ha resucitado...» y «Los discípulos vieron al Señor...» y el rito de conclusión: entrega de la luz).

Durante siglos las generaciones cristianas han acompañado a Cristo camino del Calvario, en una de las más hermosas devociones cristianas: el Via Crucis.

¿Por qué no intentar –no «en lugar de», sino «además de»- acompañar a Jesús también en las catorce estaciones de su triunfo?

Esta meditación pascual es la que encierran las páginas que siguen.

Indicaciones para la celebración

En el lugar en donde se celebrará el *Via Lucis* se prepara el cirio pascual encendido, el Evangelionario abierto en los textos de la resurrección y un arreglo floral. Después de cada estación se puede entonar un canto.

Al final del *Via Lucis* se pueden renovar las promesas bautismales (en tal caso, a cada uno de los presentes se les distribuye una vela).

PRIMERA ESTACIÓN

**JESÚS, RESUCITANDO,
CONQUISTA LA VIDA VERDADERA**

Guía (G): El Señor ha resucitado. Aleluya, Aleluya.

Todos (T): Demos gracias al Señor. Aleluya, Aleluya.

Lector 1: *Pasado el sábado, ya para amanecer el día primero de la semana, vino María Magdalena con la otra María a ver el sepulcro.*

Y sobrevino un gran terremoto, pues un ángel del Señor bajó del cielo y acercándose removió la piedra del sepulcro y se sentó sobre ella.

Era su aspecto como el relámpago, y su vestidura blanca como la nieve. De miedo de él temblaron los guardias y se quedaron como muertos.

El ángel, dirigiéndose a las mujeres, dijo: No temáis vosotras, pues sé que buscáis a Jesús, el crucificado.

No está aquí; ha resucitado, según lo había dicho. Venid y ved el sitio donde fue puesto.

(Mt 28, 1-6)

Lector 2: Gracias, Señor, porque al romper la piedra de tu sepulcro nos trajiste en las manos la vida verdadera, no sólo un trozo más de esto que los hombres llamamos vida, sino la inextinguible, la zarza ardiendo que nos se consume, la misma vida de que vive Dios.

Gracias por este gozo, gracias por esta Gracia, gracias por esta vida eterna que nos hace inmortales, gracias porque al resucitar inauguraste la nueva humanidad y nos pusiste en las manos esta vida multiplicada, este milagro de ser hombres y más, esta alegría de sabernos partícipes de tu triunfo, este sentirnos y ser hijos y miembros de tu cuerpo de hombre y Dios resucitado.

G: Los discípulos vieron al Señor. Aleluya, Aleluya.

T: Y se llenaron de paz y alegría. Aleluya, Aleluya.

SEGUNDA ESTACIÓN

**SU SEPULCRO VACÍO MUESTRA
QUE JESÚS HA VENCIDO A LA MUERTE**

G: El Señor ha resucitado. Aleluya, Aleluya.

T: Demos gracias al Señor. Aleluya, Aleluya.

Lector 1: *Muy de madrugada, el primer día después del sábado, en cuanto salió el sol, vinieron al monumento.*

Se decían entre sí: ¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del monumento?

Y miraron, vieron que la piedra estaba removida; era muy grande. Entrando en el monumento, vieron a un joven sentado a la derecha, vestido de una túnica blanca, y quedaron sobrecogidas de espanto.

Él les dijo: No os asustéis. Buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado; ha resucitado, no está aquí; mirad el sitio en que le pusieron. (Mc 16, 2-6)

Lector 2: Hoy, al resucitar, dejaste tu sepulcro abierto como una enorme boca, que grita que has vencido a la muerte.

Ella, que hasta ayer era la reina de este mundo, a quien se sometían los pobres y los ricos, se bate hoy en triste retirada vencida por tu mano de muerto-vencedor.

¿Cómo podrían aprisionar tu fuerza unos metros de tierra?

Alzaste tu cuerpo de la fosa como se alza una llama, como el sol se levanta tras los montes del mundo, y se quedó la muerte muerta, amordazada la invencible, destruido por siempre su terrible dominio.

El sepulcro es la prueba: nadie ni nada encadena tu alma desbordante de vida y esta tumba vacía muestra ahora que tú eres un Dios de vivos y no un Dios de muertos.

G: Los discípulos vieron al Señor. Aleluya, Aleluya.

T: Y se llenaron de alegría. Aleluya, Aleluya.

TERCERA ESTACIÓN

JESÚS, BAJANDO A LOS INFIERNOS, MUESTRA EL TRIUNFO DE SU RESURRECCIÓN

G: El Señor ha resucitado. Aleluya, Aleluya.

T: Demos gracias al Señor. Aleluya, Aleluya.

Lector 1: *Porque también Cristo murió una vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios. Murió en la carne, pero volvió a la vida por el Espíritu y en él fue a pregonar a los espíritus que estaban en la prisión.* (1 Pe 3, 18)

Lector 2: Más no resucitaste para ti solo. Tu vida era contagiosa y querías repartir entre todos el pan bendito de tu resurrección.

Por eso descendiste hasta el seno de Abrahám, para dar a los muertos de mil generaciones la caliente limosna de tu vida recién reconquistada.

Y los antiguos patriarcas y profetas que te esperaban desde siglos y siglos se pusieron en pie y te aclamaron, diciendo: «Santo, Santo, Santo».

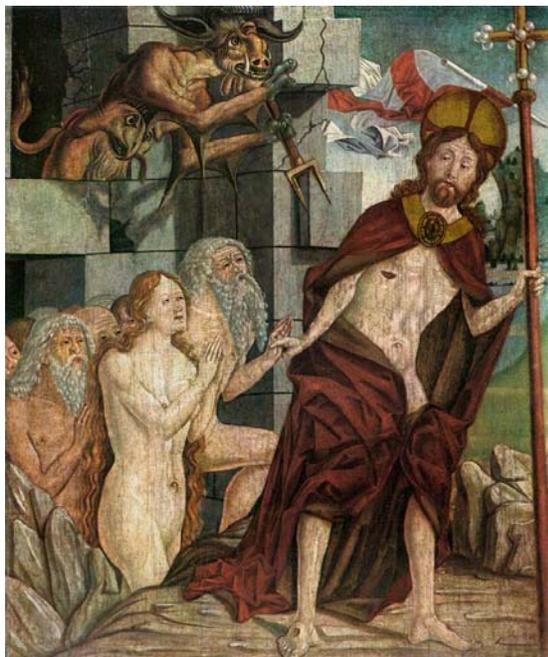
Digno es el cordero que con su muerte nos infunde vida, que con su vida nueva nos salva de la muerte.

Y cien mil veces santo es este Salvador que se salva y nos salva.»

Y tendieron sus manos hacia ti. Y de tus manos, brotó este nuevo milagro de la multiplicación de la sangre y de la vida.

G: Los discípulos vieron al Señor. Aleluya, Aleluya.

T: Y se llenaron de alegría. Aleluya, Aleluya.



CUARTA ESTACIÓN

JESÚS RESUCITA POR LA FE EN EL ALMA DE MARÍA

G: El Señor ha resucitado. Aleluya, Aleluya.

T: Demos gracias al Señor. Aleluya, Aleluya.

Lector 1: *E Isabel se llenó del Espíritu Santo, y clamó con fuerte voz: ¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre!*

¿De dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí?

Porque así que sonó la voz de tu salutación en mis oídos, exultó de gozo el niño en mi seno.

Dichosa la que ha creído que se cumplirá lo que se le ha dicho de parte del Señor.

Dijo María: Mi alma engrandece al Señor y exulta de júbilo mi espíritu en Dios, mi Salvador,

porque ha mirado la humildad de su sierva, por eso todas las generaciones me llamarán bienaventurada,

porque he hecho en mí maravillas el Poderoso, cuyo nombre es santo. (Lc 1, 41-49)

Lector 2: No sabemos si aquella mañana del domingo visitaste a tu Madre, pero estamos seguros de que resucitaste en ella y para ella, que ella bebió a grandes sorbos el agua de tu resurrección, que nadie como ella se alegró con tu gozo y que tu dulce presencia fue quitando uno a uno los cuchillos que traspasaban su alma de mujer.

No sabemos si te vio con sus ojos, mas sí que te abrazó con los brazos del alma, que te vio con los cinco sentidos de su fe.

Ah, si nosotros supiéramos gustar una centésima parte de su gozo.

Ah, si aprendiésemos a resucitar en ti como ella.

Ah, si nuestro corazón estuviera tan abierto como estuvo el de María aquella mañana del domingo.

G: Los discípulos vieron al Señor. Aleluya, Aleluya.

T: Y se llenaron de alegría. Aleluya, Aleluya.

QUINTA ESTACIÓN

JESÚS ELIGE A UNA MUJER COMO APÓSTOL DE SUS APÓSTOLES

G: El Señor ha resucitado. Aleluya, Aleluya.

T: Demos gracias al Señor. Aleluya, Aleluya.

Lector 1: *María se quedó junto al monumento, fuera, llorando. Mientras lloraba se inclinó hacia el monumento, y vio a dos ángeles vestidos de blanco, sentados uno a la cabecera y otro a los pies de donde había estado el cuerpo de Jesús.*

Le dijeron: ¿Por qué lloras, mujer? Ella les dijo: Porque han tomado al mi Señor y no sé dónde le han puesto?

Diciendo esto, se volvió para atrás y vio a Jesús que estaba allí, pero no conoció que fuera Jesús.

Díjole Jesús: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, creyendo que era el hortelano, le dijo: Señor, si les has llevado tú, dime dónde le has puesto, y yo le tomaré.

Díjole Jesús: ¡María! Ella, volviéndose, le dijo en hebreo: «¡Rabboni!», que quiere decir Maestro.

Jesús le dijo: No me toques, porque aún no he subido al Padre, pero ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios.

María Magdalena fue a anunciar a los discípulos: «He visto al Señor», y las cosas que le había dicho. (Jn 20, 11-18)

Lector 2: Lo mismo que María Magdalena decimos hoy nosotros:

«Me han quitado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto.»

Marchamos por el mundo y no encontramos nada en qué poner los ojos, nadie en quien podamos poner entero nuestro corazón.

Desde que tú te fuiste nos han quitado el alma y no sabemos dónde apoyar nuestra esperanza, ni encontramos una sola alegría que no tenga venenos.

¿Dónde estás? ¿Dónde fuiste, jardinero del alma, en que sepulcro, en qué jardín te escondes? ¿O es que tú estás delante de nuestros mismos ojos y no sabemos verte? ¿Estás en los hermanos y no te conocemos? ¿Te ocultas en los pobres, resucitas en ellos y nosotros pasamos a su lado sin reconocerte?

Llámame por mi nombre para que yo te vea, para que reconozca la voz con que hace años me llamaste a la vida en el bautismo, para que redescubra que tú eres mi maestro.

Y envíame de nuevo a transmitir tu gozo a mis hermanos, hazme apóstol de apóstoles como aquella mujer privilegiada que, porque te amó tanto, conoció el privilegio de beber la primera el primer sorbo de tu resurrección.

G: Los discípulos vieron al Señor. Aleluya, Aleluya.

T: Y se llenaron de alegría. Aleluya, Aleluya.

SEXTA ESTACIÓN

JESÚS DEVUELVE LA ESPERANZA A 2 DISCÍPULOS DESANIMADOS

G: El Señor ha resucitado. Aleluya, Aleluya.

T: Demos gracias al Señor. Aleluya, Aleluya.

Lector 1: *El mismo día, dos de ellos iban a una aldea, que dista de Jerusalén sesenta estadios, llamada Emaús, y hablaban entre sí de todos esos acontecimientos.*

Mientras iban hablando y razonando, el mismo Jesús se les acercó e iba con ellos, pero sus ojos no podían reconocerle.

Y les dijo: ¿Qué discursos son estos que vais haciendo entre vosotros mientras camináis? Ellos se detuvieron entristecidos, y tomando la palabra uno de ellos, por nombre Cleofás, le dijo: ¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no conoces los sucesos en ella ocurridos estos días?

El les dijo: ¿Cuáles? Contestáosle: Lo de Jesús Nazareno, varón profeta, poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo; cómo le entregaron los príncipes de los sacerdotes y nuestros magistrados para que fuese condenado a muerte y crucificado.

Nosotros esperábamos que sería él quien rescataría a Israel; mas, con todo, van ya tres días desde que esto sucedido. Nos dejaron estupefactos ciertas mujeres de las nuestras que, yendo de madrugada al monumento, no encontraron su cuerpo, y vinieron diciendo que habían tenido una visión de ángeles que les dijeron que vivía. Algunos de los nuestros fueron al monumento y hallaron las cosas las mujeres decían, pero a él no le vieron.

Y él les dijo: ¡Oh hombres sin inteligencia y tardos de corazón para creer todo lo que vaticinaron los profetas!

¿No era preciso que el Mesías padeciera esto y entrase en su gloria?

Y comenzando por Moisés y por todos los profetas, les fue declarado cuanto a él se refería en todas las Escrituras.

Se acercaron a la aldea iban, y él fingió seguir adelante.

Obligándole diciéndole: Quédate con nosotros, pues el día ya declina.

Y entró para quedarse con ellos.

Y entró para quedarse con ellos.

Puesto con ellos a la mesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio.

Se les abrieron los ojos y le reconocieron, y desapareció de su presencia. (Lc 24, 13-31)

Lector 2: Lo mismo que los dos de Emaús aquel día también yo marché ahora decepcionado y triste pensando que en el mundo todo es muerte y fracaso.

El dolor es más fuerte que yo, me acogota la soledad y digo que tú, Señor, nos has abandonado.

Si leo tus palabras me resultan insípidas, si miro a mis hermanos me parecen hostiles, si examino el futuro sólo veo desgracias.

Estoy desanimado. Pienso que la fe es un fracaso, que he perdido mi tiempo siguiéndote y buscándote y hasta me parece que triunfan y viven más alegres los que adoran el dulce becerro del dinero y del vicio.

Me alejo de tu cruz, busco el descanso en mi casa de olvidos, dispuesto alimentarme desde hoy en las viñas de la mediocridad.

No he perdido la fe, pero sí la esperanza, sí el coraje de seguir apostando por ti.

¿Y no podrías salir hoy al camino y pasear conmigo como aquella mañana con los dos de Emaús? ¿No podrías descubrirme el secreto de tu santa Palabra y conseguir que vuelva a calentar mi entraña? ¿No podrías quedarte a dormir con nosotros y hacer que descubramos tu presencia en el Pan?

G: Los discípulos vieron al Señor. Aleluya, Aleluya.

T: Y se llenaron de alegría. Aleluya, Aleluya.

SÉPTIMA ESTACIÓN

JESÚS MUESTRA A LOS SUYOS SU CARNE HERIDA Y VENCEDORA

G: El Señor ha resucitado. Aleluya, Aleluya.

T: Demos gracias al Señor. Aleluya, Aleluya.

Lector 1: *Pasados ocho días, otra vez estaba los discípulos, y Tomás con ellos. Vino Jesús, cerradas las puertas, y, puesto en medio de ellos, dijo: La paz sea con vosotros.*

Luego dijo a Tomás: Alarga acá tu dedo y mira mis manos, y tiende tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel.

Respondió Tomás y dijo: ¡Señor mío y Dios mío!

Jesús le dijo: Porque me has visto has creído; dichosos los que sin ver creyeron.

Muchas otras señales hizo Jesús en presencia de los discípulos que no están escritas en este libro; y éstas fueron escritas para que creáis que Jesús es el Mesías, Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre. (Jn 20, 26-31)

Lector 2: Gracias, Señor, porque resucitaste no sólo con tu alma, más también con tu carne.

Gracias porque quisiste regresar de la muerte trayendo tus heridas.

Gracias porque dejaste a Tomás que pusiera su mano en tu costado y comprobara que el Resucitado es exactamente el mismo que murió en una cruz.

Gracias por explicarnos que el dolor nunca puede amordazar el alma y que cuando sufrimos estamos también resucitando.

Gracias por ser un Dios que ha aceptado la sangre, gracias por no avergonzarte de tus manos heridas, gracias por ser un hombre entero y verdadero.

Ahora sabemos que eres uno de nosotros sin dejar de ser Dios, ahora entendemos que el dolor no es un fallo de tus manos creadoras, ahora que tú lo has hecho tuyo comprendemos que el llanto y las heridas son compatibles con la resurrección.

Déjame que te diga que me siento orgulloso de tus manos heridas de Dios y hermano nuestro.

Deja que entre tus manos crucificadas ponga estas manos maltrechas de mi oficio de hombre.

G: Los discípulos vieron al Señor. Aleluya, Aleluya.

T: Y se llenaron de alegría. Aleluya, Aleluya.

OCTAVA ESTACIÓN

CON SU CUERPO GLORIOSO, JESÚS EXPLICA QUE TAMBIÉN LOS NUESTROS RESUCITARÁN

G: El Señor ha resucitado. Aleluya, Aleluya.

T: Demos gracias al Señor. Aleluya, Aleluya.

Lector 1: *Mientras esto hablaban, se presentó en medio de ellos y les dijo: la paz sea con vosotros.*

Aterrados y llenos de miedo, creían ver un espíritu.

El les dijo: ¿Por qué os turbáis y por qué suben a vuestro corazón esos pensamientos?

Ved mis manos y mis pies, que soy yo. Palpadme y ved, que el espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo. Diciendo esto, les mostró las manos y los pies.

No creyendo aún ellos, en fuerza del gozo y de la admiración, les dijo: ¿Tenéis aquí algo que comer?

Le dieron un trozo de pez asado, y tomándolo, comió delante de ellos. (Lc 24, 36-43)

Lector 2: «Miradme bien. Tocadme. Comprobad que nos soy un fantasma», decías a los tuyos, temiendo que creyeran que tu resurrección era tan sólo un símbolo, una dulce metáfora, una ilusión hermosa para seguir viviendo.

Era tan grande el gozo de reencontrarte vivo que no podían creerlo; no cabía en sus pobres cabezas que entendían de llantos, pero no de alegrías.

El hombre, ya lo sabes, es incapaz de muchas esperanzas.

Como él tiene el corazón pequeño cree que el tuyo es tacaño.

Como te ama tan poco no puede sospechar que tú puedas amarle.

Como vive amasando pedacitos de tiempo siente vértigo ante la eternidad.

Y así va por el mundo arrastrando su carne sin sospechar que pueda ser una carne eterna.

Conoce el pudridero donde mueren los muertos; no logra imaginarse el día que esos muertos volverán a ser niños, con una infancia eterna.

¡Muéstranos bien tu cuerpo, Cristo vivo, enséñanos ahora la verdadera infancia, la que tú preparas más allá de la muerte!

G: Los discípulos vieron al Señor. Aleluya, Aleluya.

T: Y se llenaron de alegría. Aleluya, Aleluya.

NOVENA ESTACIÓN

JESÚS BAUTIZA A SUS APÓSTOLES CONTRA EL MIEDO

G: El Señor ha resucitado. Aleluya, Aleluya.

T: Demos gracias al Señor. Aleluya, Aleluya.

Lector 1: *La tarde del primer día de la semana, estando cerradas las puertas del lugar se hallaban los discípulos por temor de los judíos, vino Jesús y, puesto en medio de ellos, les dijo: La paz sea con vosotros.*

Y diciendo esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron viendo al Señor.

Diciendo esto, sopló y les dijo: Recibid el Espíritu Santo; a quien perdonareis los pecados, les serán perdonados; a quienes se les retuviereis, les serán retenidos. (Jn 20, 19-31)

Lector 2: Han pasado, Señor, ya veinte siglos de tu resurrección y todavía no hemos perdido el miedo, aún no estamos seguros, aún tememos que las puertas del infierno podrían algún día prevalecer si no contra tu Iglesia, sí contra nuestro pobre corazón de cristianos.

Aún vivimos mirando a todos lados menos hacia tu cielo.

Aún creemos que el mal será más fuerte que tu propia Palabra.

Todavía no estamos convencidos de que tú hayas vencido al dolor y a la muerte.

Seguimos vacilando, dudando, caminando entre preguntas, amasando angustias y tristezas.

Repítenos de nuevo que tú dejaste paz suficiente para todos.

Pon tu mano en mi hombro y grítame: No temas, no temáis.

Infúndeme tu luz y tu certeza, danos el gozo de ser tuyos, inúndanos de alegría de tu corazón.

Haznos, Señor, testigos de tu gozo.

¡Y que el mundo descubra lo que es creer en ti!

G: Los discípulos vieron al Señor. Aleluya, Aleluya.

T: Y se llenaron de alegría. Aleluya, Aleluya.

DECIMA ESTACIÓN

JESÚS ANUNCIA QUE SEGUIRÁ SIEMPRE CON NOSOTROS

G: El Señor ha resucitado. Aleluya, Aleluya.

T: Demos gracias al Señor. Aleluya, Aleluya.

Lector 1: *Los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado, y, viéndole, se postraron, aunque vacilaron, y acercándose Jesús, les dijo: ... Yo estaré con vosotros hasta la consumación del mundo. (Mt 28, 16-20)*

Lector 2: «Yo estaré con vosotros hasta el fin de los tiempos».

Esta fue la más grande de todas tus promesas, el más jubiloso de todos tus anuncios.

¿O acaso tú podrías visitar esta tierra como un sonriente turista de los cielos, pasar a nuestro lado, ponernos la mano sobre el hombro, darnos buenos consejos y regresar después a tu seguro cielo dejando a tus hermanos sufrir en la estacada? ¿Podrías venir a nuestros llantos de visita sin enterrarte en ellos? ¿Dejarnos luego solos, limitándote a ser un inspector de nuestras culpas?

Tú juegas limpio, Dios. Tú bajas a ser hombre para serlo del todo, para serlo con todos, dispuesto a dar al hombre no sólo una limosna de amor, sino el amor entero.

Desde entonces el hombre no está solo, tú estás en cada esquina de las horas esperándonos, más nuestro que nosotros, más dentro de mí mismo que mi alma.

«No os dejaré huérfanos», dijiste. Y desde entonces ha estado lleno nuestro corazón.

G: Los discípulos vieron al Señor. Aleluya, Aleluya.

T: Y se llenaron de alegría. Aleluya, Aleluya.

UNDÉCIMA ESTACIÓN

JESÚS DEVUELVE A SUS APÓSTOLES LA ALEGRÍA PERDIDA

G: El Señor ha resucitado. Aleluya, Aleluya.

T: Demos gracias al Señor. Aleluya, Aleluya.

Lector 1: *Después de esto se apareció Jesús a los discípulos junto al mar de Tiberíades, y se apareció así:*

Estaban juntos Simón Pedro y Tomás, llamado Dídimo; Natanael, el de Caná de Galilea, y los de Zebedeo, y otros dos discípulos.

Díjoles Simón Pedro: Voy a pescar. Los otros le dijeron: Vamos también nosotros contigo. Salieron y entraron en la barca, y en aquella noche no pescaron nada.

Llegada la mañana, se hallaba Jesús en la playa, pero los discípulos no se dieron cuenta de que era Jesús.

Díjoles Jesús: Muchachos, ¿no tenéis en la mano nada que comer? Le respondieron: No.

Él les dijo: Echad la red a la derecha de la barca y hallaréis. La echaron, pues, y ya no podían arrastrar la red por la muchedumbre de los peces.

Dijo entonces aquel discípulo a quien amaba Jesús: ¡Es el Señor! Así que oyó Simón Pedro que era el Señor, se ciñó la sobre túnica –pues estaba desnudo– y se arrojó al mar. Los otros discípulos vinieron en la barca, pues no estaban lejos de tierra, sino como unos doscientos codos, tirando de la red con los peces.

Así que bajaron a tierra, vieron unas brasas encendidas y un pez puesto sobre ellas y pan.

Díjoles Jesús: Traed de los peces que habéis pescado ahora.

Subió Simón Pedro y arrastró la red a tierra, llena de ciento cincuenta y tres peces grandes; y con ser tantos, no se rompió la red.

Jesús les dijo: Venid y comed. Ninguno de los discípulos se atrevió a preguntarle: ¿Tú quién eres?, sabiendo que era el Señor.

Se acercó Jesús, tomó el pan y se lo dio, e igualmente el pez.

Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a

los discípulos después de resucitado de entre los muertos. (Jn 21, 1-14)

Lector 2: Desde que tú te fuiste no hemos pescado nada.

Llevamos veinte siglos echando inútilmente las redes de la vida y entre sus mallas sólo pescamos el vacío.

Vamos quemando horas y el alma sigue seca.

Nos hemos vuelto estériles lo mismo que una tierra cubierta de cemento.

¿Estaremos ya muertos? ¿Desde hace cuántos años no nos hemos reído? ¿Quién recuerda la última vez que amamos?

Y una tarde tú vuelves y nos dices: «Echa tu red a tu derecha, atrévete de nuevo a confiar, abre tu alma, saca del viejo cofre las nuevas ilusiones, dale cuerda al corazón, levántate y camina».

Y lo hacemos, sólo por darte gusto. Y, de repente, nuestras redes rebosan alegría, nos resucita el gozo y es tanto el peso de amor que recogemos que la red se nos rompe, cargada de ciento cincuenta nuevas esperanzas.

¡Ah, tú, fecundador de almas: llégate a nuestra orilla, camina sobre el agua de nuestra indiferencia, devuélvenos, Señor, a tu alegría!

G: Los discípulos vieron al Señor. Aleluya, Aleluya.

T: Y se llenaron de alegría. Aleluya, Aleluya.



DUODÉCIMA ESTACIÓN

JESÚS ENTREGA A PEDRO EL PASTOREO DE SUS OVEJAS

G: El Señor ha resucitado. Aleluya, Aleluya.

T: Demos gracias al Señor. Aleluya, Aleluya.

Lector 1: *Cuando hubieron comido, dijo Jesús a Simón Pedro: Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos? Él le dijo: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Díjole: Apacienta mis corderos.*

Por segunda vez le dijo: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Pedro le respondió: sí, Señor, tú sabes que te amo. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas.

Por tercera vez le dijo: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Pedro se entristeció de que por tercera vez preguntase: ¿Me amas? Y le dijo: Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo. Díjole Jesús: Apacienta mis ovejas. (Jn 21, 15-17)

Lector 2: Aún nos faltaba un gozo: descubrir tu inédito modo de perdonar.

Nosotros, como Pedro, hemos manchado tantas veces tu nombre, hemos dicho que no te conocíamos, hemos enrojecido ante el «horror» de que alguien nos llamara «beatos», nos hemos calentado al fuego de los gozos del mundo.

Y esperábamos que, al menos, tú nos reprenderías para paladear el orgullo de haber pecado en grande.

Y tú nos esperabas con tu triste sonrisa para preguntar sólo: «¿me amas aún, me amas?», dispuesto ya entregar-nos tu rebaño y tus besos, preparado a vestirnos la túnica del gozo.

Oh Dios, ¿cómo se puede perdonar tan de veras? ¿Es que no tienes ni una palabra de reproche? ¿No temes que los hombres se vayan de tu lado al ver que se lo pones tan barato? ¿No ves, Señor, que casi nos empujes a alejarnos de ti sólo por encontrarnos de nuevo entre tus brazos?

G: Los discípulos vieron al Señor. Aleluya, Aleluya.

T: Y se llenaron de alegría. Aleluya, Aleluya.

DECIMOTERCERA ESTACIÓN

**JESÚS ENCARGA A LOS DOCE
LA TAREA DE EVANGELIZAR**

G: El Señor ha resucitado. Aleluya, Aleluya.

T: Demos gracias al Señor. Aleluya, Aleluya.

Lector 1: *Los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado, y, viéndole, se postraron, aunque algunos vacilaron, y, acercándose Jesús, les dijo: Me ha sido todo poder en el cielo y en la tierra; id, pues; enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo cuanto yo os he mandado. (Mt 28, 16-20)*

Lector 2: Y te faltaba aún el penúltimo gozo: dejar en nuestras manos la antorcha de tu fe.

Tú habrías podido reservarte ese oficio, sembrar tú en exclusiva la gloria de tu nombre, hablar tú el corazón, poner en cada alma la sagrada semilla de tu amor.

¿Acaso no eres tú la única palabra? ¿No es tuya toda gracia? ¿Hay algo de ti o de Dios que no salga de tus manos? ¿Para qué necesitas ayudantes, intermediarios, colaboradores que nada aportarán si no es su barro? ¿Qué ponen nuestras manos que no sea torpeza?

Pero tú, como un padre que sentara a su niño al volante y dijera:

«Ahora conduce tú», has querido dejar en nuestras manos la tarea de hacer lo que sólo tú haces: llevar gozosa y orgullosamente de mano en mano la antorcha que tú enciendes.

G: Los discípulos vieron al Señor. Aleluya, Aleluya.

T: Y se llenaron de alegría. Aleluya, Aleluya.

DECIMOCUARTA ESTACIÓN

**JESÚS SUBE A LOS CIELOS
PARA ABRIRNOS CAMINO**

G: El Señor ha resucitado. Aleluya, Aleluya.

T: Demos gracias al Señor. Aleluya, Aleluya.

Lector 1: *Diciendo esto, fue arrebatado a vista de ellos, y una nube les sustrajo a sus ojos.*

Mientras estaban mirando al cielo, fija la vista en él, que se iba, dos varones con hábitos blancos se les pusieron delante y les dijeron: Hombres de Galilea, ¿qué estáis mirando al cielo? Ese Jesús que ha sido arrebatado de entre vosotros al cielo vendrá como le habéis visto ir al cielo.

Entonces se volvieron del monte llamado Olivete a Jerusalén, que dista de allí el camino de un sábado.

Cuando hubieron llegado, subieron al piso alto, en donde permanecían Pedro y Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago de Alfeo y Simón el Zelotes y Judas de Santiago.

Todos éstos perseveraban unánimes en la oración con algunas mujeres, con María, la Madre de Jesús, y con los hermanos de éste. (Hch 1, 9-14)

Lector 2: La última alegría fue quedarte marchándote.

Tu subida a los cielos fue ganancia, no pérdida; fue bajar a la entraña, no evadirte.

Al perderte en las nubes te vas sin alejarte, asciendes y te quedas, subes para llevarnos, señalas un camino, abres un surco.

Tu ascensión a los cielos es la última prueba de que estamos salvados, de que estás en nosotros por siempre y para siempre.

Desde aquel día la tierra no es un sepulcro hueco, sino un horno encendido; no una casa vacía, sino un corro de manos; no una larga nostalgia, sino un amor creciente.

Te quedaste en el pan, en los hermanos, en el gozo, en la risa, en todo corazón que ama y espera, en estas vidas nuestras que cada día ascienden a tu lado.

G: Los discípulos vieron al Señor. Aleluya, Aleluya.

T: Y se llenaron de alegría. Aleluya, Aleluya.

RITO DE CONCLUSIÓN: ENTREGA DE LA LUZ

Indicaciones

A cada uno de los participantes se le ha distribuido con anticipación una vela. El celebrante enciende la vela del cirio pascual y ofrece la luz a cada uno diciendo:

N. Ve y lleva la luz de Cristo resucitado a todos tus hermanos.

R. Amén.

Durante el gesto, si los participantes son muchos, se puede acompañar con un canto apropiado.

Renovación de las promesas bautismales

Mientras todos están en pie con sus velas encendidas en la mano, se renuevan las promesas del bautismo.

Hermanos y hermanas, el Bautismo es la Pascua del resucitado participada al hombre. Concluyamos nuestro itinerario renovando las promesas bautismales, agradeciendo al Padre, que continúa a llamarnos de las tinieblas a la luz de su reino.

V. ¿Renuncian al pecado, para vivir en la libertad de los hijos de Dios?

R. Sí, renuncio.

V. ¿Renuncian a las seducciones del mal, para no dejarse dominar por el pecado?

R. Sí, renuncio.

V. Renuncian a Satanás y a todas sus obras?

R. Sí, renuncio.

V. Creen en Dios Padre omnipotente, creador del cielo y de la tierra?

R. Sí, creo.

V. Creen en Jesucristo, su Hijo único, y Señor nuestro, que nació de la Virgen María, padeció y murió por nosotros, resucitó y está sentado a la derecha del Padre?

R. Sí, creo

V. Creen en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia Católica, la comunión de los Santos, la remisión de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna.

R. Sí, creo.

Dios omnipotente, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha liberado del pecado y nos ha hecho renacer del agua y del Espíritu Santo, nos conserve con su gracia en Cristo Jesús, resucitado de la muerte, para la vida eterna.

BENDICIÓN

Dios fuente de toda luz,

que ha mandado a sus discípulos el Espíritu consolador,

los bendiga y los colme de sus dones.

R. Amén.

El Señor resucitado les comunique el fuego de su Espíritu

y los ilumine con su sabiduría.

R. Amén.

El Espíritu Santo,

que ha reunido pueblos diversos en la única Iglesia,

los haga perseverar en la fe y alegres en la esperanza

los lleve a contemplar la vida eterna.

R. Amén.

Y la bendición de Dios omnipotente,

Padre, y Hijo, y Espíritu Santo,

descienda sobre ustedes y permanezca siempre.

R. Amén.

DESPEDIDA

¡Vayan, y lleven a todos la alegría del Señor resucitado!.

R. Demos gracias a Dios.

Canto final.

Via Glorïae

DEL ENCUENTRO CON CRISTO RESUCITADO A LA MISIÓN

(N. B. Este texto del Via Glorïae está tomado de: Centro Católico de Comunicaciones, S. A. de C. V., Fraterna Asistencia Sacerdotal, Equipo de Pastoral de la Comunicación Evangelizadora, Discípulos misioneros en oración, EDIMISIO, Guadalajara, 2009, 79-91).

Guía (G): En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

Todos (T): Amén.

Monición: El camino de salvación que recorrió nuestro Señor Jesucristo, no terminó en la Cruz (*Via crucis*), sino que continúa en su Resurrección y en los encuentros que ya Resucitado tuvo con sus apóstoles (*Via Glorïae*). Aún más, el camino de salvación, se sigue recorriendo en la obra evangelizadora que el mismo Jesús encomendó a su Iglesia. Como comunidad de discípulos misioneros del Cristo Crucificado que ha Resucitado, sigamos al Maestro que nos invita a ir detrás de Él por su camino de gloria, en esta gozosa experiencia pascual.

G: Himno inicial

La tumba abierta dice al universo:

¡Vive! ¡Gritad, oh fuego, luz y brisa,

corrientes primordiales, firme tierra,

al Nazareno, dueño de la vida!

¡Este es el día en que actuó el Señor!

¡Sea Él nuestra alegría y nuestro gozo!

¡Aleluya!

1ER. ENCUENTRO: CRISTO HA RESUCITADO

G: Te alabamos Cristo Resucitado y te bendecimos.

T: Porque por tu gloriosa Resurrección hemos sido justificados.

«Pasado el sábado, al alba del primer día de la semana, María Magdalena y la otra María fueron a visitar el sepulcro. De pronto hubo un gran temblor. El ángel del Señor bajó del cielo se acercó, rodó la piedra del sepulcro y se sentó en ella. Al verlo, los guardias se pusieron a temblar y se quedaron como muertos (Mt 28,1-6).

«¿Por qué buscan entre los muertos al que está vivo? No está aquí, ha resucitado. Recuerden lo que les dijo cuando estaba en Galilea que iban a crucificarlo y que Resucitaría al tercer día» (Lc 24, 5-7).

«Desde la tumba vacía este anuncio angélico se difunde en el mundo y llega a todos los rincones de la tierra, es un mensaje de esperanza para todos. Desde que el Nazareno crucificado Resucitó al alba del tercer día, la última palabra ya no la tiene la muerte, sino la vida. En el Señor Resucitado Dios ha revelado plenamente su amor a toda la humanidad»

(Juan Pablo II, 1º de abril de 2002).

Oración: Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que por voluntad del Padre, cooperando el Espíritu Santo, diste con tu Muerte y Resurrección la Vida al mundo, concede a quienes te contemplamos Resucitado, experimentar en nuestra vida tu Misterio Pascual, convirtiéndonos así, en tus mensajeros y testigos. Amén.

G. Del encuentro con Cristo Resucitado.

T. A la misión evangelizadora.

Canto: Alegre la mañana que nos habla de ti.

2º ENCUESTRO: JESUS RESUCITADO VISITA A MARÍA SU MADRE

G: Te alabamos Cristo Resucitado y te bendecimos.

T: Porque por tu gloriosa Resurrección hemos sido justificados.

«Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo a quien tanto amaba, dijo a su madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo. Después dijo al discípulo: Ahí tienes a tu madre» (Jn 19, 26-27).

«Toda la Iglesia participa de la alegría de la Virgen María por la Resurrección de su Hijo, después de haberla contemplado traspasada de dolor al pie de la Cruz y llena de esperanza en la aurora de la Resurrección. La Resurrección del Hijo es el gozo de la madre y la alegría de toda la Iglesia. Sí, alégrate, Virgen María, porque el Señor al que has merecido llevar en tu seno, ha Resucitado según su palabra... En los momentos en que les asalte la duda, la dificultad, el desconsuelo, sepan que la Virgen María es para ustedes consolación y paz. María les pide la entrega radical a Cristo. Les pide que se atrevan a seguirlo poniendo sus vidas en las manos de Dios, para que los convierta en instrumentos de un mundo mejor que éste en que vivimos» (Juan Pablo II, 8 de mayo de 1990).

Oración: ¡Oh Virgen María, tú que experimentaste el sufrimiento y luego te abriste al gozo de la Resurrección, alcánzanos la gracia saber unirnos en nuestras penas a Cristo crucificado, para luego participar con Él y contigo, de la alegría de la Resurrección. Amén.

G. Del encuentro con Cristo Resucitado.

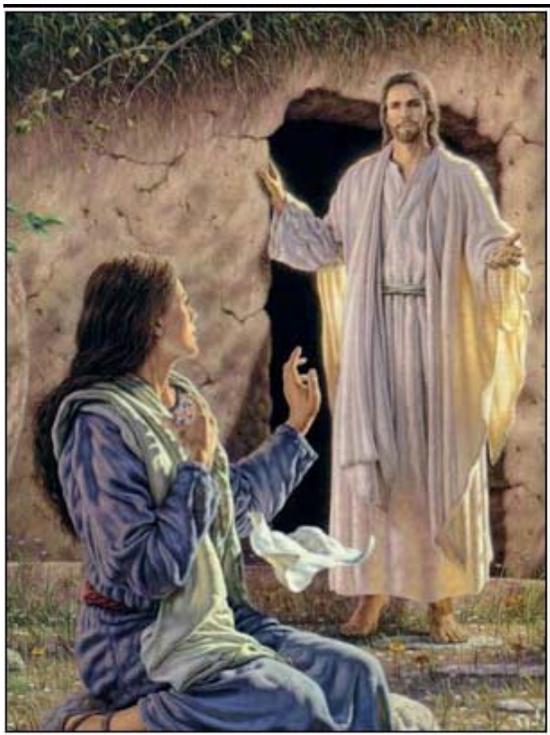
T. A la misión evangelizadora.

Canto: María ¡alégrate!

3ER. ENCUESTRO: MARÍA MAGDALENA RECONOCE A SU MAESTRO

G: Te alabamos Cristo Resucitado y te bendecimos.

T: Porque por tu gloriosa Resurrección hemos sido justificados.



«Jesús le preguntó: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién estás buscando? Ella, creyendo que era el jardinero le contestó: Señor, si te lo has llevado tú, dime donde lo has puesto y yo misma iré a recogerlo. Entonces Jesús le dijo: ¡María! Ella se acercó a Él y exclamó en arameo: ¡Rabuní! (que quiere decir Maestro)... María Magdalena, se fue corriendo a donde estaban los discípulos y les anunció: He visto al Señor. Y les contó lo que Jesús le había dicho» (Jn 20, 15-16.18).

«El Evangelio de Juan pone de relieve el papel especial de María de Magdala. Es la primera que encuentra a Cristo Resucitado... Por eso ha sido llamada «la apóstol de los apóstoles». Antes que a los apóstoles, María de Magdala fue testigo ocular de Cristo Resucitado, y por esta razón fue también la primera en dar testimonio de Él ante los apóstoles. (Juan Pablo II, Carta Apostólica sobre la dignidad y la vocación de la mujer n. 16).

Oración: Señor Jesucristo, Tu que quisiste que María Magdalena, fuera la primera en recibir el encargo de anunciar el gozo de tu Resurrección, concédenos que siguiendo su ejemplo, demos a conocer a todos, a los de cerca y a los de lejos, que Tú vives, inmortal y glorioso, ahora y por los siglos de los siglos. Amén.

Guía: Del encuentro con Cristo Resucitado.

Todos: A la misión evangelizadora.

Canto: Este es el día del Señor.

4º ENCuentRO: JESÚS RESUCITADO SE PRESENTA A SUS APÓSTOLES

G: Te alabamos Cristo Resucitado y te bendecimos.

T: Porque por tu gloriosa Resurrección hemos sido justificados.

«Aquel mismo domingo por la tarde, estaban reunidos los discípulos en una casa con las puertas cerradas por miedo a los judíos, Jesús se presentó en medio de ellos y les dijo: La paz esté con ustedes. Y les mostró las manos y el costado. Los discípulos, se

llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús les dijo de nuevo: La paz esté con ustedes» (Jn 20, 29-21).

Resuena en este día solemnísimo, el saludo de Cristo: ¡La paz con vosotros! ¡Paz a los hombres y mujeres de todo el mundo! ¡Cristo ha Resucitado verdaderamente y trae a todos la paz! Esta es la «Buena Noticia» de la Pascua. Hoy es el día nuevo «en que actuó el Señor» (Sal 117, 24), que en el cuerpo glorioso del Resucitado devuelve al mundo, herido por el pecado, su belleza inicial, radiante de nuevo esplendor... sólo la paz, don de Cristo Resucitado, es profunda y completa, y puede reconciliar al hombre con Dios, consigo mismo y con la creación» (Juan Pablo II, 31 de marzo de 2002).

Oración: Señor Jesús, que quisiste manifestarte lleno de gloria a tus apóstoles, para comunicarles tu paz; concede a la Iglesia y al mundo el tan deseado don de la paz. Bendice y acompaña a tus misioneros, para que siempre y en todas partes, sean pregoneros de la Buena Noticia de paz, justicia y amor. Amén.

G: Del encuentro con Cristo Resucitado.

T: A la misión evangelizadora.

Canto: Cristo nos da la libertad.



5º ENCuentRO: JESÚS SE HACE EL ENCONTRADIZO CON LOS DISCÍPULOS DE EMAÚS

G: Te alabamos Cristo Resucitado y te bendecimos.

T: Porque por tu gloriosa Resurrección hemos sido justificados.

Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos... Pero ellos eran incapaces de reconocerlo.

Al llegar al pueblo a donde iban, Jesús hizo ademán de seguir adelante. Pero ellos le insistieron: Quédate con nosotros. Y entró para quedarse con ellos. Cuando estaba sentado a la mesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se los dio. Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero Jesús desapareció de su lado (Lc 24, 13-35).

«La noche y la tiniebla de la muerte habían ocultado la figura del Maestro a los ojos de los discípulos. El camino hacia Emaús es el camino del desencanto, de la desilusión, del vacío. Pero Jesucristo Resucitado se hace el encontradizo para pronunciar en el interior palabras que vuelvan a despertar la ilusión y el entusiasmo que paraliza el miedo. No perdáis la esperanza. (Juan Pablo II, 8 de mayo de 1990).

Oración: Maestro Jesús, Tú que te hiciste compañero de camino de los discípulos de Emaús y encendiste sus corazones con el fuego de tu palabra, para presentarte luego a ellos, como el Señor Resucitado; concédenos la gracia de vivir la maravillosa experiencia de encuentro personal contigo, para convertirnos también en testigos y misioneros de esperanza. Amén.

G: Del encuentro con Cristo Resucitado.

T: A la misión evangelizadora.

Canto: Por el camino de Emaús.

6º ENCUENTRO: APARICIÓN DE JESÚS A LOS APÓSTOLES ESTANDO TOMÁS CON ELLOS

G: Te alabamos Cristo Resucitado y te bendecimos.

T: Porque por tu gloriosa Resurrección hemos sido justificados.

«Ocho días después, estaba también Tomás. Jesús se presentó en medio de ellos y les dijo: La paz esté con ustedes. Después dijo a Tomás: acerca tu dedo y comprueba mis manos; acerca tu mano y métele en mi costado. Y no seas incrédulo, sino creyente. Tomás contestó: ¡Señor mío y Dios mío! Jesús le dijo: ¿Has creído porque me has visto? Dichosos los que han creído sin haber visto» (Jn 20, 26-29).

«La misión es un problema de fe, es el índice exacto de nuestra fe en Cristo y en su amor por nosotros... En efecto, la misión renueva la Iglesia, refuerza la fe y la identidad cristiana, da nuevo entusiasmo y nuevas motivaciones. ¡La fe se fortalece dándola! La nueva evangelización de los pueblos cristianos hallará inspiración y apoyo en el compromiso por la misión universal» (Juan pablo II, La misión de Cristo Redentor nn. 2 y 11).

Oración: Padre Santo, Tú que concediste a Santo Tomás, reconocer a Jesucristo como su Señor y su Dios; por intercesión de este apóstol haznos crecer en la fe, para que creyendo más firmemente, podamos vivir la misión como un compartir la riqueza de la fe recibida. Por el mismo Jesucristo nuestro Dios y Señor. Amén.

Guía: Del encuentro con Cristo Resucitado.

Todos: A la misión evangelizadora.

Canto: Yo soy el pan de vida.

7º ENCUENTRO: APARICIÓN DE JESÚS JUNTO AL LAGO DE TIBERIADES

G: Te alabamos Cristo Resucitado y te bendecimos.

T: Porque por tu gloriosa Resurrección hemos sido justificados.

«Jesús se apareció otra vez a sus discípulos junto al Lago de Tiberiades... Al clarear el día, se presentó Jesús a la orilla del lago, pero los discípulos no lo reconocieron. Él les dijo: Muchachos, ¿han pescado algo? Ellos contestaron: No. Él les dijo: Echen la red al lado derecho de la barca y encontrarán peces... El discípulo a quien Jesús tanto amaba le dijo a Pedro: ¡Es el Señor! (Jn 21, 1-7).

«El cielo y la tierra cantan 'el nombre' inefable y sublime del Crucificado Resucitado. Todo aparenta ser como antes, pero, en realidad, nada es ya como antes. Él, la Vida que no muere, ha redimido y ha devuelto la esperanza a toda existencia humana.

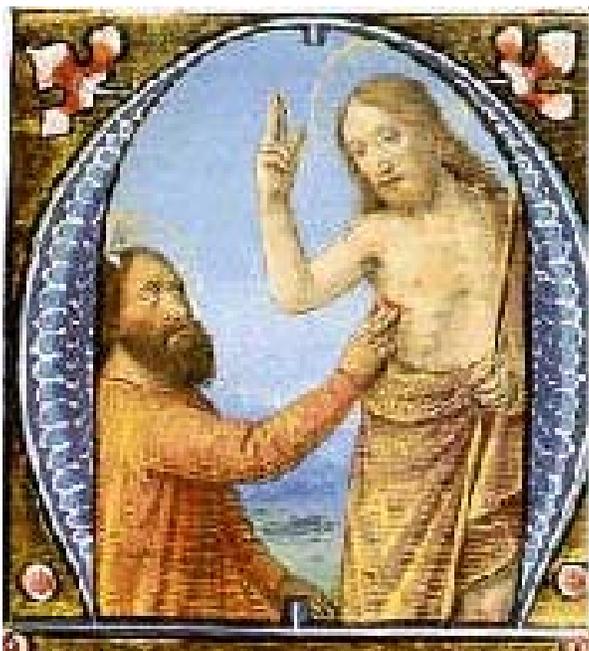
‘Pasó lo viejo, todo es nuevo’ (Cor 5, 17). Todo proyecto y plan del ser humano, esta noble y frágil criatura, tiene hoy un nuevo ‘nombre’ en Cristo Resucitado» (Juan Pablo II, 15 de abril de 2001).

Oración: Señor, danos la fe para reconocer tu presencia en nuestra vida, danos la fuerza para subir a tu barca, danos la docilidad para echar las redes según tu voluntad. La obra es tuya, nosotros somos simples colaboradores. Que con nuestro sencillo trabajo, pero hecho con amor, demos gloria a tu Padre, a ti Hijo y al Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

G: Del encuentro con Cristo Resucitado.

Todos: A la misión evangelizadora.

Canto: Tú has venido a la orilla.



8VO. ENCUENTRO: JESÚS ENCARGA SU IGLESIA AL APÓSTOL PEDRO

G: Te alabamos Cristo Resucitado y te bendecimos.

T: Porque por tu gloriosa Resurrección hemos sido justificados.

Simón, hijo de Juan, ¿me quieres? Pedro se entristeció, porque Jesús le había preguntado por tercera vez si lo quería, y le respondió: Señor Tú lo sabes todo. Tú sabes que te quiero. Entonces Jesús le dijo: apacienta mis ovejas» (Jn 21, 15-17).

«En el Cónclave, a través del Colegio Cardenalicio, Cristo me dijo también a mí, como en otro tiempo a Pedro a orillas del Lago de Genesaret: ‘Apacienta mis corderos’ (Jn 21, 16). Sentía en mi alma el eco de la pregunta dirigida entonces a Pedro: ‘¿Me amas? ¿Me amas más que éstos? (Jn 21, 15-16). ¿Cómo podía, humanamente hablando, no estremecerme?... En espíritu, contemplo la mirada benévola de Cristo Resucitado. Él, consciente de mi fragilidad humana, me anima a responder con confianza como Pedro: ‘Señor, Tú lo sabes todo; Tú sabes que te quiero’ (Jn 21, 17)».

Oración: Dios nuestro, que en tu providencia quisiste fundar tu Iglesia sobre la roca de Pedro, el jefe de los apóstoles, mira con bondad a nuestro Santo Padre, el Papa (N.), y ya que lo has constituido sucesor de Pedro, concédele que sea para tu pueblo principio y fundamento visible de la unidad de la fe y de la comunión en el amor. Ayúdalo con tu gracia para siga llevando adelante la obra misionera en los cinco continentes del mundo. Amén.

G: Del encuentro con Cristo Resucitado.

T: A la misión evangelizadora.

Canto: Señor, a quién iremos.



9NO. ENCUENTRO: JESÚS DA EL MANDATO MISIONERO A SUS DISCÍPULOS

G: Te alabamos Cristo Resucitado y te bendecimos.

T: Porque por tu gloriosa Resurrección hemos sido justificados.

«Los once discípulos fueron a Galilea, a la montaña donde Jesús los había citado. Al verlo, lo adoraron; ellos que habían dudado. Jesús se acercó y se dirigió a ellos con estas palabras: Dios me ha dado autoridad plena sobre cielo y tierra. Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos y bautícenlos para consagrarlos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, enseñándoles a poner por obra todo lo que les he mandado» (Mt 28, 16-20).

«La misión de Cristo Redentor, confiada a su Iglesia, está aún lejos de cumplirse... Esta misión se halla todavía en los comienzos, debemos comprometernos con todas nuestras energías en su servicio... No podemos permanecer tranquilos si pensamos en los millones de hermanos y hermanas nuestros, redimidos también por la sangre de Cristo, que viven sin conocer el amor de Dios...» (Juan Pablo II, La Misión de Cristo Redentor nn. 1 y 86).

Oración: Dios nuestro, que quieres que la humanidad de todos los tiempos y lugares se salve y llegue al conocimiento de la Verdad, mira la abundancia de tu mies y envíale operarios para que anuncien el Evangelio a toda criatura; a fin de que congregados por la Palabra que vida, sostenidos por la fuerza de los sacramentos, avance por el camino de la salvación y del amor. Amén.

G: Del encuentro con Cristo Resucitado.

T: A la misión evangelizadora.

Canto: Id amigos.

10º ENCUENTRO: EL ESPÍRITU SANTO, PROTAGONISTA DE LA MISIÓN

«Ustedes recibirán la fuerza del Espíritu Santo; Él vendrá sobre ustedes para que sean mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los extremos de la tierra» (Hch 1, 8).

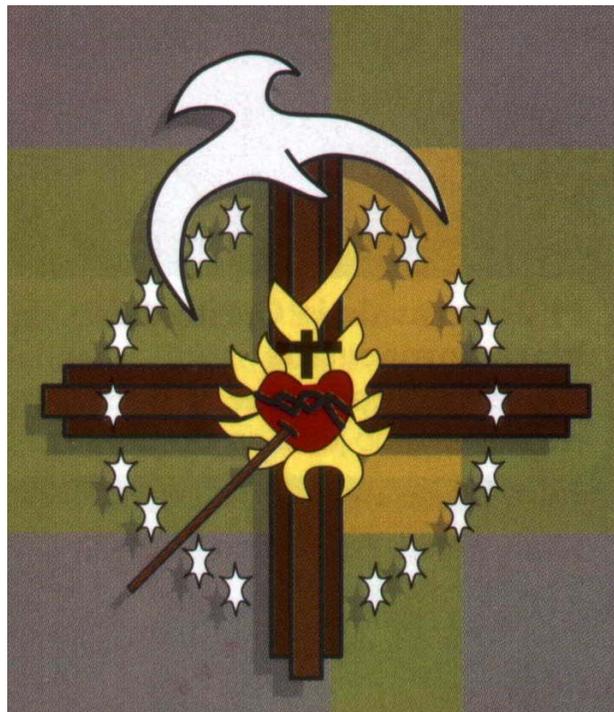
«La luz del Espíritu Santo irrumpe desde las primeras palabras del libro de los Hechos de los Apóstoles... El viento impetuoso del Espíritu divino precede y acompaña a los evangelizadores, penetrando en el alma de quienes los escuchan y extendiendo la Iglesia católica hasta los confines de la tierra, transcurriendo a través de todos los siglos de la historia'. Con estas palabras, pronunciadas en Pentecostés de 1960, el Papa Juan XXIII nos ayuda a captar el incontenible impulso misionero propio del misterio que celebramos en esta solemnidad. La Iglesia nace misionera, porque nace del Padre, que envió a Cristo al mundo; nace del Hijo que, muerto y Resucitado, envió a los apóstoles a todas las naciones; y nace del Espíritu Santo, que infunde en ellos la luz y la fuerza necesarias para cumplir esa misión» (Juan Pablo II, 3 de junio de 2001).

Oración: Dios nuestro que por el misterio de Pentecostés santificas a tu Iglesia, concédele los dones del Espíritu Santo, protagonista de la misión; para que bajo su guía, continúe realizando en la unidad y el amor la obra evangelizadora, que Cristo le ha confiado. Amén.

G: Del encuentro con Cristo Resucitado.

T: A la misión evangelizadora.

Canto: Espíritu Santo ven, ven.



HIMNO FINAL: RESUCITÓ EL SEÑOR

Ofrezcan los cristianos
ofrendas de alabanza
a gloria de la Víctima
propicia de la Pascua.
Cordero sin pecado
que a las ovejas salva,
a Dios y a los culpables
unió con nueva alianza.
Lucharon vida y muerte
en singular batalla
y, muerto el que es la Vida,
triumfante se levante.
Rey vencedor, apiádate
de la miseria humana
y da a tus fieles parte
en tu victoria santa. Amén.

Oración: Señor Jesucristo, vencedor del pecado y de la muerte, ya que nos has permitido meditar en este camino de gloria los encuentros que tuviste después de tu Resurrección con tus primeros discípulos misioneros, concédenos también a nosotros, vivir la alegría del encuentro contigo, para que renovados por Ti, lleguemos a resucitar a la luz de la Vida Eterna. Amén.

NOTAS:

- ¹ La numeración está tomada del IV Plan Diocesano de Pastoral T. II, Diócesis de San Juan de los Lagos, 2006.
- ² Secretariado Nacional de la Comisión Episcopal Litúrgica, El presidente de la celebración, Directorio litúrgico-pastoral, PPC, Madrid 2004, 54 págs.; Varios, Presidir la asamblea, PPC, Madrid 1970, 267 págs.; Varios, Presidir la Eucaristía (Cuad Phase 19) Barcelona 1990, 76 págs.
- ³ Sobre la necesidad de un presbítero para la celebración de la Eucaristía, cf. Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe (Card, Ratzinger) El ministro de la Eucaristía: Phase 139(1984)43-49.
- ⁴ P. MARINI, La eventual presidencia de los laicos en ausencia del sacerdote: Phase 158(1987)113-128.
- ⁵ El Ritual de la Ordenación presbiteral nos indica las líneas teológicas y espirituales del sacerdote, presidente nato de la Eucaristía cf. Varios, La Plegaria de ordenación presbiteral (Cuad Phase 144), CPL, Barcelona 2004, 72 págs.
- ⁶ A. G. Martimort, El valor de una fórmula teológica: «In persona Christi», en «Presidir la Eucaristía» (Cuad Phase 19) CPL, Barcelona 1990, 5-15.
- ⁷ secretariado de la Comisión Episcopal de Liturgia, El presidente de la celebración eucarística, Madrid 2004, p 15-16, P. Tena, La asamblea litúrgica y su presidente, en «Presidir la Eucaristía» (Cuad Phase 19) CPL, Barcelona 1990, 17-29. Id, Espiritualidad litúrgica del sacerdote, ibid, 31-38.
- ⁸ IGMR 50 dice su última versión de 2002, que «el sacerdote o el diácono o un ministro laico puede introducir a los fieles en la Misa del día con brevísimas palabras». Pero parece lo más lógico que se el ministro que preside la celebración quien dirija sus primeras palabras a la comunidad.
- ⁹ Cf. J. Castellano, El sacerdote «homo spiritualis», hombre del Espíritu. De la liturgia de la ordenación a la vivencia del ministerio, en «Fovenda sacra liturgia» (miscelánea Farnés) CPL, Barcelona 2000, 493- 505; j. Aldazábal, La celebración de la Eucaristía en la vida del sacerdote, en «Presidir la Eucaristía» (Cuad Phase 19) CPL, Barcelona 1990, 47-56; A. García, El modelo del presbítero según la actual «Prex Ordinationis Presbyterorum», Toledo 1995, 232 págs.
- ¹⁰ Respecto a la formación específica que necesita el sacerdocio, ya desde sus años de Seminario, cf. Asociación Europea de Secretarios Nacionales de Liturgia, Presidencia litúrgica y formación para el ministerio: Phase 191 (1992) y en Cuadernos Phase 49, «El arte de bien celebrar», Barcelona 1994; P. Laghi, La formación permanente del «presbítero presidente» de la celebración litúrgica: Phase 207 (1995) 187-193.
- ¹² Cfr. Javier Navarro Rodríguez y José Luis Chávez B., «Líneas del plan diocesano de Pastoral», Boletín de la vicaría de Pastoral-Diócesis de Guadalajara 109 (1995), 3-12.
- ¹³ Cfr. Equipo Diocesano de Pastoral de San Juan de los Lagos, «Pastoral de conjunto», Boletín de Pastoral 131 (1993), 47.
- ¹⁴ Oñatibia, «Iniciación cristiana», 298



“El concilio Vaticano II ha querido ver en la liturgia una epifanía de la Iglesia, pues la liturgia es la Iglesia en oración, congregada en un solo cuerpo por el Espíritu Santo que santifica y da la vida.

Celebrando el culto divino, la Iglesia expresa su catolicidad y su apostolicidad.

La auténtica conciencia eclesial nace del seguimiento y de la identificación con el Evangelio de Jesucristo, el Kyrios, en una apertura a la acción transformadora del Espíritu. Esto hace descubrir cómo la diversidad no es incompatible con la unidad. Mirar hacia adelante (progressio), en la Iglesia, supone tener en cuenta lo que nos circunda (cultura) y en lo que nos fundamentamos (traditio)”.

(Manuel González López-Corps, Traditio et Progresio)